
3 1761 09545906 1



LA PASION

LOS ROMÁNTICOS

G. MARTINEZ SIERRA

LA PASION LOS ROMÁNTICOS



RENACIMIENTO

MADRID — SAN MARCOS, 42
BUENOS AIRES — LIBERTAD, 172

1914

IMPRENTA RENACIMIENTO. — SAN MARCOS, 42.

LA PASIÓN

COMEDIA EN DOS ACTOS

Estrenada en el Teatro de Lara el 30 de Octubre de 1914.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ISABEL (23 años).............	Catalina Bárcena.
LEONOR (43 íd.).............	Leocadia Alba.
PILAR (20 íd.)...............	Carmen Seco.
PASCUAL (50 íd.)............	José Isbert.
ALFREDO (28 íd.)............	Luis Peña.
DON JULIAN (60 íd.).........	Manuel Collado.
EL SEGUNDO APUNTE........	Eduardo Zaragozano.

ACTO PRIMERO

La escena representa el cuarto de Isabel en el teatro. Al fondo el tocador, separado de la habitación por grandes cortinas. A la izquierda puerta que comunica con el teatro. El cuarto está arreglado con elegancia de mujer caprichosa y un poco desordenada. Hay por las mesas flores, dulces, libros, revistas, un quemaperfumes, un puñal morisco, una preciosa arquilla de esmaltes llena de polvo de benjuí, estoraque, incienso y canela para quemar en el quemaperfumes; otra de plata con cigarrillos turcos. Por las paredes infinitas fotografías de Isabel y de su madre, en trajes de teatro. Sobre el diván una elegantísima bata kimono. Debajo de una silla unas babuchas bordadas con todos los colores del arco iris. En una butaca una guitarra con una gran moña de cintas de colores. En una bandejita cartas y telegramas.

Al levantarse el telón, don Julián, sentado en un sillón, con el abrigo puesto, lee una revista extranjera de teatros. Pascual, sencillamente vestido con traje obscuro de americana, arregla en la bandeja las cartas y los telegramas. Pilar (la doncella) va y viene del cuarto al tocador, preparando ropas y afeites para que Isabel pueda vestirse.

Pasado un momento, durante el cual ninguno de los tres habla, aparece en la puerta de la izquierda el Segundo apunte.

SEGUNDO APUNTE

En la puerta.

Doña Isabelita, que si se empieza.

PASCUAL

Doña Isabelita no ha venido aún.

SEGUNDO APUNTE

Con mal humor.

Es que ya están todos, y están esperando por ella para empezar el ensayo.

PASCUAL

¿Qué quiere usted que yo le haga? No ha venido.

SEGUNDO APUNTE

Pero ¿va á venir ó no va á venir?

PILAR

Saliendo del tocador.

Sí, hombre, sí; va á venir ahora mismo. Que vayan ustedes ensayando, que ella pasará sus escenas á lo último, si no llega á tiempo.

SEGUNDO APUNTE

Es que el autor quiere que se pase toda la obra seguida, porque si no es un lío, y ya está harto de la informalidad de los cómicos, que cada uno sale con una exigencia y no hay quien los aguante.

PILAR

Con desgarro.

Y á usted, ¿quién le aguanta?

SEGUNDO APUNTE

Yo tengo que aguantaros á todos, ¡y eso es lo que siento!

ISABEL

Entra vivamente por la izquierda. Viene vestida de amazona. Es muy viva de movimientos, risueña y apasionada al mismo tiempo.

¡No te sofoques, hombre, y no des voces, que ya estoy aquí!

SEGUNDO APUNTE

Un poco confuso.

Doña Isabelita... usted dispense... es que el autor...

ISABEL

Sonriendo.

¡Bueno, hombre, bueno! Dile al autor que empiece cuando le dé la gana, y cuando me llegue á mí el turno, avisas.

Sale el segundo apunte.

¡Hola, Pascualillo!

Acercándose á Pascual, le hace una caricia de chiquilla.

¡Uy qué día de Abril más hermoso, y qué paseo he dado!

DON JULIÁN

Buenas tardes, Isabel.

ISABEL

Reparando en don Julián.

¡Ah! ¿Pero está usted aquí, don Julián? ¿Hace

mucho? Y yo corriendo por ahí como una loca. ¿Qué hora es?

PASCUAL

Que está visiblemente de mal humor.

Las cinco.

ISABEL

Por eso vociferaba ese infeliz. Vengo con cuarenta minutos de retraso. ¡Ja, ja, ja! Pero es que me ha ocurrido una aventura. ¡No frunzas el ceño, Pascualillo, que no ha sido de amor!

DON JULIÁN

Cariñosamente.

¿De dónde vienes, cabeza loca?

ISABEL

Del fin del mundo; pero ¡está tan cerca!

Suspira.

¡Ay!

DON JULIÁN

Siéntate.. Descansa.

ISABEL

¡Si no estoy cansada! ¡Ay! En estos días de primavera, cuanto más se corre, más se desearía correr. ¡Hemos llevado un trote por esa carretera! Dios mío, ¿por qué no habrá de veras caballos con alas? Este tirano de Pascual no me deja subir en aeroplano; pero lo que es este verano, subo y subo y subo. ¡No faltaría más!

Es una vergüenza tener veintitrés años y no haber volado todavía mas que en sueños.

Tirando á Pilar el sombrero y el látigo.

¡Toma, llévate eso!

Se sienta junto á don Julián y le coge la mano cariñosamente.

¡Ay, don Julianito de mi vida, escríbame usted un drama en que tenga que volar por fuerza!

PASCUAL

Bueno. Pero ¿qué te ha pasado? ¿Por qué has venido tarde?

ISABEL

¡Ja, ja, ja! Ya sabía yo que no tardabas ni cinco minutos en preguntármelo. Pues me ha pasado que, corriendo, corriendo, me he perdido, y me he encontrado en medio de un campo, que yo creí que era de todo el mundo porque no había en él mas que retamas; pero resulta que era el coto de caza de un duque, y un guarda, que estaba un poco borracho, me quería llevar á la cárcel por haber entrado sin permiso. Gracias á que ha llegado el duque, que estaba cazando con unos amigos, y ha dicho que me conocía y que era un furibundo admirador de esta actriz

Saludando.

deliciosa, y le ha echado al guarda la gran filípica por meterse con una señora, y me ha pedido la mar de perdones, y me ha dicho la mar

de piropos. ¡Una declaración en toda regla! ¡Lástima que tenía sesenta años lo menos! ¡Ja, ja, ja!

PASCUAL

¿De qué te ríes?

ISABEL

Con naturalidad.

De eso.

PASCUAL

Pues no tiene maldita la gracia.

Ella le mira con un poco de asombro.

Es una aventura muy desagradable que te ha sucedido, como otras muchas, por ese empeño que tienes de andar sola por todas partes.

ISABEL

Acercándose á él y hablándole con mimo y mala intención.

¿Te gustaría más que fuese acompañada?

PASCUAL

Vencido inmediatamente por la caricia de ella.

¡Déjame!...

ISABEL

A don Julián.

Pero ¿ve usted qué genio ha echado á la vejez este padrino mío? ¿Quién te quiere á ti, ogro? ¿Quién te quiere á ti?

Le abraza.

PASCUAL

Estás completamente loca...

ISABEL

Ya lo sé. Déjalo. Para eso es primavera. ¿No ha venido nadie?

PASCUAL

Aquí está el correo.

ISABEL

Pasando rápidamente los sobres y volviendo á echarlos en la bandeja sin abrirlos.

¡Una, dos, tres, cuatro!... ¡Bah! Todas con membrete. Serán facturas. Abrelas tú.

Cogiendo un telegrama.

¿Telegramas? Esto ya es más interesante, porque ha venido más de prisa.

Abre un telegrama.

De un empresario. ¡Ira de Dios!, como dicen los desesperados en sus dramas de usted, don Julián. ¿No habrá quien me escriba desde el otro mundo diciéndome que está loco por mí?

Da media vuelta y ve la guitarra.

¡Ah!

Acercándose á ella con emoción repentina.

La guitarra...

PASCUAL

Con disgusto disimulado.

Sí, la han traído antes...

PILAR

Asomando por la puerta del tocador, muy interesada.

De parte del señorito Alfredo, señorita...

ISABEL

Turbada.

Sí, sí; ya sé...

A Pascual.

¿Por qué no me has dicho que la habían traído?

PASCUAL

Refunfuñando.

¡Bien á la vista estaba!

PILAR

Con oficiosidad.

Tiene una carta, señorita.

ISABEL

Disimulando mal la emoción.

Ya, ya.

Saca de entre las cuerdas de la guitarra una carta, la desdobla, la lee con un poco de ansiedad, luego la estruja en una mano y, mirando al cielo, sonríe con arrobamiento y ternura.

DON JULIÁN

Sonriendo.

¿Viene del otro mundo el papelito?

ISABEL

Volviendo poco á poco á la realidad y sonriendo con turbación.

No...

DON JULIÁN

Pero da lo mismo.

Mientras Isabel lee la carta, Pascual la mira con mal disimulada angustia.

ISABEL

¡Bah!

Suspira. Después se sienta y, cogiendo y acariciando la guitarra, habla de prisa para disimular su turbación.

¡Qué cosa tan extraña es una guitarra! ¿Qué misterio, eh? Seis cuerdas, una caja hueca, y suena á todo lo que pueda soñar el corazón...

A don Julián, al mismo tiempo que preludia en la guitarra.

¿Usted no ha oído un fado portugués que canta: «¡Yo quiero que mi ataúd tenga una forma bizarra... la forma de un corazón... la forma de una guitarra!...»

La actriz canta la copla si puede, y si no, la declama á media voz, con apasionamiento.

Verdad es que la guitarra portuguesa tiene forma de corazón... La española... no sé... A un andaluz le oí decir un día que una guitarra es como una mujer...

Sin saber demasiado lo que dice.

¡Qué tristeza tan grande da una copla andaluza, ¿verdad?... aunque no diga nada de particular! Hay una que me hace á mí llorar sin remedio:

Cantando ó declamando.

«¡Mira qué bonita era!... ¡Se parecía á la Virgen... de Consolación de Utrera!...» ¡Bah!

Pasándose rápidamente la mano por la frente, como para apartar una idea tenaz.

¿Qué te ocurre á ti, Pascualillo, que pones una cara tan seria?

Levantándose y dejando la guitarra.

A éste no le gustan las coplas flamencas.

Con cariño.

¡Es baturro, baturro perdido! ¡No te apures tú, que ya te cantaré yo á ti aquello de: «¡A tu puerta planté un guindo... y á tu ventana un cerezo!...»

SEGUNDO APUNTE

Entrando.

¡Doña Isabelita!...

ISABEL

Vamos allá.

Vacilando un momento y fingiendo que no da importancia á lo que va á decir.

Pascual, que me traigan la comida al teatro, que no quiero salir antes de la función.

Sale con el Segundo apunte. Se la oye reir dentro.

DON JULIÁN

Tiene la misma risa de su madre.

PASCUAL

Y el mismo corazón...

Suspirando.

¡Y la misma cabeza! ¡Ay!

DON JULIÁN

¿Qué le sucede á usted, Pascual?

PASCUAL

¿No ha oído usted cómo ha leído esa carta?

DON JULIÁN

Sonriendo bondadosamente.

Con un poquito de interés, sí, señor.

PASCUAL

Desoladamente.

¡Diga usted con su mucho de amor!

DON JULIÁN

Y aunque así fuera... Tiene veintitrés años.

PASCUAL

Apasionadamente.

¡Por lo mismo, don Julián, por lo mismo! Tiene veintitrés años; tiene más que talento, ¡genio!; tiene la admiración apasionada del público, un porvenir de triunfo, de gloria, de riqueza... A su edad... ¿qué le falta?

DON JULIÁN

Le faltaba el amor.

PASCUAL

Con rencor.

¡El amor!

DON JULIÁN

Y, por lo visto, ya está en camino de encontrarle.

PASCUAL

Dolorosamente.

Para echarlo todo á perder, para acabar con todo, para hacerla sufrir, ¡para destrozarle la vida... ¡lo mismo que á su madre!

ISABEL

Entrando muy de prisa.

Ea, ya despachamos el primer acto. No hago mas que entrar y desmayarme, al ver á mi amante en brazos de mi mejor amiga. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué absurdo! ¡A buena hora me iba yo á desmayar en una situacioncita semejante! ¡Habiendo un puñal en el mundo! ¿Verdad, don Julián, que no se comprende que haya quien le tema á ninguna tristeza de este mundo teniendo en la mano la muerte?

Pascual da media vuelta, por no oirla.

DON JULIÁN

Hija mía, no es tan fácil morir como parece.

ISABEL

Con terquedad pueril.

Lo que es queriéndolo de verdad...

DON JULIÁN

Es que es muy difícil quererlo de verdad. Muchos hemos dicho sinceramente: ¡Me mataré si me sucede esto! Muchísimos más han pensado: ¡No podré vivir si me sucede esto otro! Y nos

ha sucedido esto, y lo otro, y lo de más allá, y seguimos viviendo, porque para vivir hemos nacido, ¡y la vida nos ata con lazos tan fuertes!, ¡y es tan astuta para encontrar pretextos! Las madres creen que no se matan por sus hijos, los hijos por sus madres, los creyentes por temor de Dios, los descreídos porque no vale la pena; y es que la vida tira, y mientras hay salud y no nos duele nada materialmente, no hay quien se quite de en medio, chiquilla. Todo el que se mata es que está enfermo, ó loco, que es lo mismo: el que voluntariamente renuncia á vivir es porque siente que la vida se ha despedido de él, y quiere darse el placer orgulloso de pensar que se muere por su gusto.

ISABEL

A media voz.

De todas maneras...

PASCUAL

¡Si quisieran ustedes hacer el favor de hablar de otra cosa!...

ISABEL

Poniéndose en pie.

¡Ja, ja, ja! No te apures, hombre, que no me mato. Ya lo has oído: todo el que se suicida está enfermo; y lo que es yo, otra cosa no tendré, pero salud... Si llega el caso de matar, mataré al otro.

A Pilar, que la está oyendo como si escuchase una escena de teatro.

¿Qué haces tú ahí? Anda, éntrate la bata y las babuchas, que en este segundo acto tengo una escena de amor sentimental con el infame que me está engañando, y lo que es vestida de amazona valiente no me puedo poner en situación.

Pilar coge la bata y las babuchas y entran las dos en el tocador. Pausa.

Don Julián, cuénteme usted algo.

Desde dentro de las cortinas.

DON JULIÁN

Hija mía, yo ya no tengo nada que contar; se me acabó la cuerda. La juventud tiene la palabra.

ISABEL

Desde dentro.

¡Ja, ja, ja! ¿Cuántos años tiene usted?

DON JULIÁN

¡Sesenta, hija, sesenta!

ISABEL

Dentro.

Y ¿cuántos dramas ha escrito usted?

DON JULIÁN

Sonriendo.

¡Sesenta y cinco!

Contando por los dedos.

Once de veneno, quince de pistola, catorce de arma blanca y veinticinco de desesperación irremediable.

Isabel se ríe dentro.

LEONOR

Entrando.

¡Jesús, qué atrocidad! Pues ha hecho usted más víctimas que la aviación. ¿Se puede?

Leonor tiene cuarenta años. Es una mujer del pueblo de Madrid, fiadora y corredora de ropas y alhajas. Viene repeinadísima, muy bien calzada, y trae mantón de flecos, de crespón negro. Al brazo un gran lío, con mantillas y mantones de Manila.

ISABEL

Dentro.

¿Eres tú, Leonor? Pasa, pasa...

LEONOR

La misma en cuerpo y alma, doña Isabelita. Allá voy. Buenas tardes, señores.

DON JULIÁN

Amablemente.

Felices, Leonor.

PASCUAL

Secamente.

Buenas tardes.

LEONOR

Mirando á Pascual de arriba abajo con sorna.

¡Jesús, y qué cara de pocos amigos tiene don Pascual esta tarde! ¿Es, por casualidad, porque he venido yo?

PASCUAL

Si fuera por eso no hubiera esperado esta tarde á tenerla, porque se pasa usted aquí la vida...

LEONOR

¿Le molesta á usted?

PASCUAL

Dando media vuelta.

Aunque me molestara sería lo mismo. De modo que no hablemos más.

LEONOR

Mirándole con burla.

¡Miá el viejo éste!

Pone el lío sobre una mesa y se dispone á desatarle.

¡Doña Isabelita!

ISABEL

¿Qué me traes, mujer?

LEONOR

La mar de cosas, doña Isabelita. Un mantón de chinos que quita el sentido, una mantilla negra que es una ganga... sesenta duros... de una pobre señora que está en un compromiso... un volante de encaje...

Para dar tiempo á que la actriz cambie de traje, todas las frases que siguen las dice Isabel asomando la cabeza por entre las cortinas del tocador. Leonor se acerca á ella.

ISABEL

En voz baja y con interés.

¿Has hecho el encargo?

LEONOR

Sí, señora, sí.

ISABEL

¿La has visto? ¿Qué te ha dicho?

LEONOR

Aquí traigo un papel...

SEGUNDO APUNTE

Desde la puerta.

¡Doña Isabelita... el segundo acto!

ISABEL

Allá voy.

A Leonor.

Espérame, vuelvo en seguida.

LEONOR

Sentándose, después de mirar á Pascual, que no la manda sentarse.

Vaya... me sentaré, con permiso de ustedes.

PASCUAL

Acercándose á ella con un poco de violencia.

¿Qué le ha dicho usted á Isabel por lo bajo?

LEONOR

Con burla.

¡Jesús, qué susto me ha dado este hombre!

PASCUAL

¡Déjese usted de bromas! ¿Qué le ha dicho usted?

LEONOR

Con calma.

¿Le importa á usted mucho?

PASCUAL

Muchísimo.

LEONOR

Pues, hijo, lo siento, porque es un secreto.

PASCUAL

Con enfado.

Es que le advierto á usted que aquí no viene nadie con secretitos. Isabel no necesita que nadie le trastorne la cabeza.

PILAR

Apareciendo entre las cortinas del tocador.

Como que ella le va á pedir á usted permiso el día que le dé la gana de perderla.

PASCUAL

Con ira, volviéndose hacia Pilar.

¿A ti quién te da vela en este entierro?

PILAR

¿Quién me la va á dar? El sentido común, que es el que á usted le falta.

PASCUAL

¡Insolencias también! Esta misma noche, en acabando la función, te vas á tu casita. ¡Ya lo sabes!

PILAR

Claro que me iré. Pero le advierto á usted que porque yo me vaya no va á dejar doña Isabelita de enamorarse de quien le parezca.

LEONOR

Muy convencida.

¡Y hará como una santa!

PILAR

¡A ver! Para eso es joven, y para eso es cómica. ¿La va usted á meter en una urna para que no la dé el aire? ¡Digo si yo estuviera en su pellejo, con el sin fin de hombres que hay bebiendo los vientos por ella! ¡Menuda vida se podía dar!

PASCUAL

Con ira.

¿Quieres callarte?

PILAR

Ya me callo. Pero lo que es para vivir como usted quiere que viva, se podía meter en un convento.

LEONOR

¡Quita, hija, eso es lo último! ¿Meterse monja? Después de un desengaño, ¡anda con Dios!; pero antes de saber lo que es bueno, ¡á cualquier hora!

PASCUAL

Desatinado.

Pero ¿usted oye esto, don Julián?

DON JULIÁN

Tienen razón, Pascual, tienen razón. La juventud tiene derecho al amor.

PASCUAL

Pero ¡si es el tormento de la vida!

DON JULIÁN

Es verdad. Pero el que no le sufre no la vive. El corazón que no ha llorado sus lágrimas de amor correspondientes no da ni flor ni fruto. Las lluvias de Abril traen las rosas de Mayo. Isabel se enamorará como todos, si se enamora, llorará como todas, pero cuando se le sequen las lágrimas se quedará tranquila, sabiendo lo que hay detrás del espejismo embustero de la pasión, sin la amargura de no haberse podido acercar al árbol prohibido. Créalo usted, amigo: los besos que se dejan de dar á los veinte años envenenan la sangre para toda la vida.

LEONOR

¡A ver! ¿Por qué tienen las solteronas tan mal genio? Porque nunca les ha dado un hombre ni un gusto ni un disgusto.

A Pascual.

¿Ha tenido usted novia alguna vez? ¿Le ha querido á usted una mujer de veras?

PASCUAL

Dando media vuelta.

¡Ni falta que me ha hecho!

LEONOR

¡Acabáramos! Por eso tiene usted tan malas pulgas.

PILAR

Echándose á reir cómo una loca.

¡Ja, ja, ja!

PASCUAL

Volviéndose á ella como un basilisco.

¿Te quieres tú quitar de en medio?

PILAR

Entre susto y burla.

¡Jesús!

PASCUAL

Más valiera que tuvieras todo esto arreglado, que parece este cuarto una leonera. ¡Largo! A decir por teléfono que traigan la cena al teatro. ¡Volandito!

PILAR

¡Ya voy, señor, ya voy!

Sale por la izquierda.

Pascual pasea un momento con agitación y luego se sienta.

LEONOR

Acercándose á Pascual, después de mirarle con sorna.

Desengáñese usted, don Pascual; no tiene vuelta de hoja. Usted quiere á doña Isabelita lo mismo que si fuera usted su padre, y hasta del aire la quisiera usted guardar; pero, como ha dicho muy bien aquí don Julián, pa llorar y pa

reir ha nacido una; y cuando pasan los años no sabe una de lo que le gusta más acordarse, si de lo que se ha reído una ó de lo que ha llorao. El caso es sentir algo por dentro y no tener la sangre de horchata de chufas. Ya ve usted yo: tres hombres he tenido: uno con todas las bendiciones y dos por detrás de la iglesia. El primero me llevaba en palmitas y se me murió cuando más nos queríamos; el segundo me pegaba; el tercero... le pegaba yo á él. Calcule usted si habré llorao en este mundo por culpa de un hombre. Pues lo que siento es que á la hora presente soy viuda del todo y que tengo ya cuarenta años... bueno, cuarenta y tres... á ustedes se lo puedo decir... y que no voy á encontrar el cuarto, ¡aunque fuera pa tirarme con él por el Viaducto!

PASCUAL

Con espanto.

Pero ¿es que las mujeres están ustedes todas locas de remate?

LEONOR

Y usté, ¿qué le ha sacao usted á la vida de estar siempre cuerdo? Que todo el mundo se haya divertido en sus narices de usted... y usté, ¡miau!

ISABEL

Entrando.

Se acabó la función. ¿De qué se habla?

DON JULIÁN

De amor, hija, por no variar.

ISABEL

Así me gusta. ¿A cuántas mujeres ha querido usted de veras, don Julián?

DON JULIÁN

¿Qué sé yo? A cuatro ó cinco... ya no me acuerdo.

ISABEL

¡Jesús! Y ¿cuántas le han querido á usted de verdad de verdad?

DON JULIÁN

Hija... eso no lo he sabido nunca.

ISABEL

¡Qué horror de hombres! Lo que es á mí, si me quieren, lo sabré de cierto, y si yo quiero, no se me olvidará.

DON JULIÁN

Sonriendo.

Como á todos. Dentro de treinta y tantos años, puede que si algún día tropiezas entre papeles viejos con ese que venía en la guitarra, te preguntes al leer la firma: ¿Fulano de tal? ¿Quién era éste?

ISABEL

Escandalizada.

¡Calle usted, calle usted!

DON JULIÁN

Levantándose.

Me callo y me voy, que es mi hora de comer, y la gastralgia pícara no me consiente faltas de puntualidad en el régimen. A los sesenta años, el estómago es tan tirano como el corazón á los veinte.

Con cariño y familiaridad.

Buenas tardes, nena. Adiós, Leonor, ¡y que parezca el cuarto! Buenas tardes, Pascual... No disgustarse, que no vale la pena.

PASCUAL

Mirando alternativamente á Isabel y á Leonor, que tienen visibles deseos de quedarse solas.

Salgo con usted.

Suspira y sale, acompañando á don Julián.

ISABEL

Acercándose á Leonor, con interés.

¿Qué? ¿Qué hay?

LEONOR

Sacándose un papel del pecho.

Aquí está. La he dicho que me lo ponga por escrito, porque yo, á lo mejor cambio una palabra, y estas cosas de los espíritus son muy serias.

ISABEL

Trae, trae.

Desdobla el papel con impaciencia.

¡Qué letra más extraña!

LEONOR

Muy seria.

Es que escribe con los ojos cerrados.

ISABEL

Leyendo.

«La persona que ha escrito el papel es hombre, soltero, joven...» Oye: todo esto no se lo habrás dicho tú.

LEONOR

Ofendida.

Doña Isabelita, ¡qué le voy á decir! Ni palabra. Llegué, pasé al salón de espera, que por cierto me hizo esperar lo menos media hora... no sabe usted la parroquia que tiene... ¡hasta señoras de automóvil, no vaya usted á creer!, ¡y hasta hombres!, que luego dicen ellos que si las mujeres creemos en brujerías... ¡Ya ve usted, brujerías los espíritus! Lo que dice la sonámbula: ¿No le enseñan á usted hasta los curas que tiene usted alma? Y cuando usted se muere y la entierran á usted, ¿adónde se va el alma? Pues las almas de los que se han muerto son los espíritus, que andan por esos mundos sufriendo ó gozando hasta el día del Juicio final. Y vamos á ver: el alma de una madre, es un suponer, ¿no se cae de su peso que si la llama su hija para preguntarla algo que la importe para su felicidad, se moleste en venir á darle un buen consejo? Pues eso es lo que pasa con los espíritus: que se los llama y vienen. Lo que es que

hay que creer en ellos, porque dice, y tie razón la mujer que le sobra, que ni á los espíritus ni á nadie les gusta de tomarse un trabajo por una persona *desconfiable*. ¡A ver!

ISABEL

Leyendo.

«Apasionado y vehemente»... Es verdad... «aficionado á los placeres del amor... generoso con las mujeres... valiente con los hombres... celoso cuando quiere de veras... tiene enemigos y penas de amor por causa de una mujer rubia»...

LEONOR

¿Lo ve usted?

ISABEL

«Pero de todo triunfará, porque ha nacido bajo el signo de la buena suerte»...

Volviendo la hoja, y con cierta desilusión al ver que no hay nada escrito.

¿Nada más?

LEONOR

Nada más.

ISABEL

Con un poco de vacilación y como si hablase consigo misma.

Bueno... pero ¿me quiere de verdad ó no me quiere?

LEONOR

Lo mismito le he preguntao yo; pero dice que para saber eso no tiene bastante el espíritu

con un papel escrito por la persona; que necesita un mechón de pelo de usted y otro de él.

ISABEL

¿Un mechón de pelo?

LEONOR

O un pedazo de piel.

ISABEL

Con un poco de susto.

¡De piel!

LEONOR

O las recortaduras de las uñas. Cualquier cosa viva... vamos, del cuerpo de los dos, para saber si las corrientes que salen de uno se entienden con las que salen del otro. Porque dice que eso de quererse los hombres y las mujeres parece muy sencillo, pero que no lo es, porque todo consiste en el magnetismo: una cosa así como la luz eléctrica, que si hay buena corriente salta la chispa, y si no, pues se queda una á obscuras... ¡Ah!... y que cuanto antes se le lleve, mejor.

ISABEL

Sí, sí...

LEONOR

¡Ah!... y que me ha cobrado veinticinco pesetas por la consulta, en lugar de las quince que tiene por costumbre, porque dice que la letra es muy enrevesada, y que había un espíri-

tu burlón que no la dejaba entenderse con el de siempre, y que le ha costado muchísimo trabajo.

ISABEL

Cogiendo un portamonedas.

Toma...

LEONOR

No corre prisa, doña Isabelita.

ALFREDO

Apareciendo por la puerta de la izquierda.

¿Se puede entrar?

Tiene veintiocho años; es moreno, elegante y muy cuidado en toda su persona.

ISABEL

Con emoción.

¡Ah!

LEONOR

Ya tenemos ahí al interfecto.

ISABEL

Un poco temblorosa.

Adelante, adelante.

A Leonor.

Quita eso de en medio.

Guarda rápidamente el papel de la sonámbula en una carterita y se adelanta á recibir á Alfredo.

ALFREDO

Buenas tardes, Isabel.

ISABEL

Buenas tardes, Alfredo.

Se dan la mano y se sonríen, mirándose largamente, sin separarse.

¿Qué me mira usted?

ALFREDO

Que está usted más bonita que nunca.

ISABEL

Que no sabe lo que dice.

¿De veras? ¡Bah!

LEONOR

Sonriendo.

¡Me parece que sí hay magnetismo! Doña Isabelita, si no manda usted nada, me retiro.

ALFREDO

¡Hola, Leonor! ¿Estaba usted ahí? Usted dispense... no la había visto. Está tan obscuro por esos pasillos, que al entrar aquí...

LEONOR

¡Claro! Al entrar aquí, como da la casualidad que están todas las luces encendidas... pues no se ve gota.

Isabel se ríe.

Mira cómo se ríe doña Isabelita.

ISABEL

Por decir algo.

¡Qué ocurrencia!

LEONOR

¡Ea, no canso más! Pasarlo bien.

Recoge su lío y va á salir.

ALFREDO

Amable.

¿Qué lleva usted ahí?

LEONOR

Unas cuantas cosas bonitas y baratas; pero doña Isabelita no está hoy de humor de compras... y eso que llevo una mantilla que parece que la han pintado para ella, con ese garbo de reina madrileña que la ha dado Dios... pero ¡cómo ha de ser! Si quiere usted obsequiar á alguna amiga...

ALFREDO

Puede... si es tan bonita como usted dice... A ver.

ISABEL

¿Qué ha de ser? ¿Qué ha de ser? Una antigualla.

A Leonor.

No te molestes.

LEONOR

Nada, que no se hace changa... Otra vez será. Ea, muy buenas tardes, y que aproveche.

ISABEL

¿Qué dices?

LEONOR

Nada, doña Isabelita, no se enfade usted, que yo acá me entiendo. ¡Quién tuviera veinte años!

Suspira.

¡Cómo ha de ser!

Sale.

ISABEL

Un poco avergonzada.

¡Qué cosas tiene esta Leonor!

ALFREDO

¿Está usted sola?

Isabel ha de tener durante toda la escena la inquietud y el desconcierto del amor apasionado y bastante sensual, que intenta dominar inútilmente: durante la primera parte de la escena, á duras penas sabe lo que dice: el instinto la hace acercarse á Alfredo, y el temor ruboroso, también inevitable en el primer amor, la obliga á separarse de él siempre que él se acerca: habla al principio con afectada indiferencia, pero mira siempre con adoración.

ISABEL

En tono que quiere ser indiferente.

Por ahí dentro debe andar Pilar... la doncella...

ALFREDO

Sonriendo.

Esa no cuenta. Quiero decir si no está el ilustre don Pascual.

ISABEL

Dolida.

¿Le molesta á usted mi padrino?

ALFREDO

A mí no: él es quien no me puede sufrir.

ISABEL

¿Por qué?

ALFREDO

Eso pregunto yo: ¿Por qué?

ISABEL

Con cariño.

Me quiere mucho el pobre.

ALFREDO

Acercándose á ella.

¡Es que yo la quiero á usted muchísimo más!

Isabel, sin responder, se levanta y echa polvos en el quemaperfumes.

¿Qué hace usted?

ISABEL

Perfumar esto un poco, porque cuando se marcha Leonor deja un olor á patchulí que apesta...

Mirando la columna de humo que se levanta del quemaperfumes.

¿Qué bonito es el humo, verdad?

ALFREDO

Acercándose á ella.

¿Qué quema usted?

Alfredo la habla siempre muy de cerca y con entonación insinuante, aunque diga cosas indiferentes.

ISABEL

Una mezcla: benjuí, estoraque, incienso, canela, clavo... ¿Huele bien, no?

ALFREDO

Huele á cuento de las mil y una noches.

ISABEL

Sonriendo.

Es que es un secreto de Arabia... Mi madre lo quemaba siempre. La dieron la receta en El Cairo... allí nací yo.

ALFREDO

¿En El Cairo?

ISABEL

Sí, señor, en El Cairo: soy de Egipto, gitana legítima. ¿No se lo había dicho á usted nunca?

ALFREDO

Muy de cerca y con apasionamiento.

¡Por eso tiene usted en los ojos todo el sol de Oriente!

ISABEL

Turbada, pero sin acertar á separarse de él.

¡Bah!

ALFREDO

Y en la voz todo el fuego escondido de la tierra que se está abrasando.

ISABEL

Apartándose un poco.

¡Bah!

ALFREDO

Siguiéndola.

Ya lo creo... Es usted de otro mundo, de otra raza... distinta de todas las mujeres... A veces, mirándola á usted, oyéndola hablar... ahora mismo, cuando estaba usted quemando esos perfumes, parecía usted, no una mujer, un sueño... algo lejano, imposible, Isabel...! Y, sin embargo, otras veces la siento á usted tan cerca, tan parecida á mí, tan de aquí mismo... Porque, tiene razón Leonor: junto con ese encanto de mujer misteriosa y extraña, tiene usted empaque de maja madrileña...

ISABEL

Sonriendo para ocultar la turbación.

¡Ya! Como que mi madre nació en la calle del Avemaría.

ALFREDO

¿Y su padre de usted?

ISABEL

Apartándose bruscamente.

¿Mi padre?

Entre pena y orgullo.

¡Yo no tengo padre!

Hablando muy de prisa.

¿No lo sabía usted? ¡No tengo padre!... ¿Le parece á usted extraño?... Ya ve usted...

Va á sentarse en el diván y se queda con el gesto contraído, mirando al suelo.

ALFREDO

Acercándose á ella, sinceramente confuso, y sentándose á su lado.

¡Isabel! ¡Isabel!... Perdone usted... ¡Le juro á usted que no sabía...! ¡Perdóneme usted!... Tal vez con esta torpeza he renovado, sin querer, una pena... ¡Perdón... Isabel!

ISABEL

Mirándole y nerviosa.

No, si no es pena... ¡No se apure usted!... No es pena; es que... es así. Si le hubiera tenido, y le hubiese querido, y se me hubiera muerto... ¿Pero así? Ya ve usted... No tengo padre,

Con altivez, levantándose.

pero, en cambio, ¡soy hija de mi madre!

Se acerca al espejo, poniéndose de espaldas á él, que se queda sentado en el diván.

¿Usted no vió nunca trabajar á mi madre?

Habla nerviosamente, para serenarse.

Era una gran actriz... mucho mejor que yo.

El hace un gesto de protesta galante, que ella ve en el espejo.

¡Oh, ya lo creo! Pregúnteselo usted á don Julián. Usted no puede acordarse... hace ya diez

años que se ha muerto... me acuerdo... fué al entierro todo Madrid, y eso que hacía un día de nieve... ¡qué frío!

Estremeciéndose.

¡Si viera usted qué miedo me da á mí el frío!... Es porque una vez, de pequeña, me caí al agua... en Amsterdam... en un canal... con mi madre.

Ya más serena, se acerca á él.

¿No lo ha oído usted contar nunca?

ALFREDO

Sí... creo... tengo una idea.

ISABEL

Sentándose junto á la mesita.

Entonces se hizo actriz, porque perdió un poco la voz... Antes era cantante de ópera... Me acuerdo, así como en un sueño, de muy pequeña yo... Cantaba *Carmen* como dicen que nunca la ha cantado nadie.

El se ha levantado y está en pie, cerca de ella, al otro lado de la mesita. Ella levanta los ojos para mirarle.

No sé por qué le hablo á usted de estas cosas.

ALFREDO

Apasionadamente.

Porque puede usted hablarme, Isabel; porque comprende usted, porque siente usted, aunque no quiera usted reconocerlo, que todo lo que

á usted se refiere me interesa, más, me apasiona ¡no sabe usted cómo!

ISABEL

Con un poco de tristeza.

¿Qué va usted á decir?

ALFREDO

¿Por qué no quiere usted creer en mi cariño, en mi amor?

ISABEL

¿Yo?

ALFREDO

Como si implorase.

¡Isabel!

ISABEL

Con voz de sonámbula.

¿Qué?

ALFREDO

¿No quiere usted quererme, de verdad, de verdad? ¿Por qué? Míreme usted. ¿Le han dicho á usted algo contra mí? No soy un santo, Isabel, es verdad... pero ¡la quiero á usted de un modo! Todas las palabras son necias... se ha dicho todo, ¡todo!, tantas veces... pero la quiero á usted desatinadamente, con el corazón abrasado... Míreme usted. ¿Por qué no quiere usted mirarme?

Le coge una mano.

ISABEL

Retirando suavemente la mano, y casi entre dientes.

Tengo miedo...

ALFREDO

Como si le doliese lo que ella dice.

¿Miedo? ¡De mí!

ISABEL

Sonriendo, con la boca seca.

No, no...

ALFREDO

Volviendo á cogerle la mano y mirándola á los ojos.

¿Entonces?...

ISABEL

Retirando la mano, cogiéndose al diván y humedeciéndose los labios con la lengua, al mismo tiempo que intenta sonreir.

Muchas gracias por haberme enviado la guitarra.

ALFREDO

No las merece. ¿La ha probado usted ya?

ISABEL

No he tenido tiempo.

Coge la guitarra y hace unos arpegios.

Suena bien.

ALFREDO

Muy de cerca.

¡Tengo unos deseos de oirla á usted cantar!

ISABEL

No canto nunca.

ALFREDO

¡Con esa voz!

ISABEL

De chica sí cantaba... pero ahora me da pena: me acuerdo de mi madre.

ALFREDO

Pero para mí sí cantará usted, ¿verdad? Una sola copla... aunque sea en voz baja.

Bajando él la voz para hacerla más cariñosa.

Yo, de todos modos, la he de oir á usted... ¡y la he de comprender! ¿No? ¿Somos amigos ó no somos amigos? *Ella sonríe.*

Considere usted que es lo primero que pido, ¡y lo único!, cuando quisiera pedir tanto, Isabel... Y que lo tengo bien ganado... digo, si es que el cariño merece algo... ¿No, de veras, de veras? *Con zalamería.*

ISABEL

¡Vaya por Dios! *Sonriendo.*

ALFREDO

Sonriendo.

Vaya por mí, que estoy un poquito más cerca.

ISABEL

Preludia en la guitarra y canta á media voz.

La pena y la que no es pena
todo es pena para mí.
Ayer penaba por verte;
hoy peno porque te vi.

Pero á mitad de copla, aunque hace esfuerzos por dominarse, se echa á llorar.

ALFREDO

¡Isabel!

ISABEL

Queriendo sonreir.

Nada... que no puedo cantar... ya se lo he dicho á usted... ¡Soy más tonta!

El esfuerzo nervioso que hace por dominarse la obliga á llorar más, y, sollozando, da media vuelta en el sofá y esconde la cara entre los almohadones.

ALFREDO

Inclinándose hacia ella.

¿Qué tiene usted? ¿Por qué llora usted de ese modo? ¿Es que realmente le da á usted tanta pena cantar?... ¿O es que... sí, verdad? ¿Llora usted?... ¡Vida mía, mi alma! ¿Lloras porque me quieres?... ¿Lo mismo que yo á ti? ¿Me quieres?

Con deseo y fiebre.

¿Me quieres? Ya sé que tengo muchos enemigos en tu corazón; pero tu corazón está por mí; ¿verdad, mi vida? Hazle tú caso... Mira que no te engaña. ¡Te quiero! ¡Te quiero para siempre... más que á mi vida... hasta la muerte!...

ISABEL

Volviéndose de pronto á mirarle, con la cara llena de lágrimas y los ojos brillantes.

¿Hasta la muerte?

ALFREDO

¡Sí!

ISABEL

Juntando las manos.

¡Mira lo que dices!... Yo no he querido nunca... ¡á nadie! Pero sé que no voy á querer mas que una vez...

ALFREDO

¡A mí!

ISABEL

¡A ti!

El la quiere coger las manos, pero ella se retira.

Pero ¡míralo bien! Tengo miedo... Me tengo miedo á mí, ¿sabes?, ¡á mí! Aún estás â tiempo. Otras mujeres son más buenas que yo... son humildes... se resignan. ¡Yo, no; yo, no!

Con excitación grandísima.

¡Yo te pido la vida, ¿lo oyes?, la vida entera, si te he de dar la mía!... ¡La vida entera! ¡Piénsalo bien!... ¡La vida! ¡Piénsalo!

ALFREDO

Sonriendo.

¡Ya está pensado!

Va á besarla en la boca.

ISABEL

Defendiéndose todavía, pero ya rendida.

¡No, no! ¡Eso, no!

ALFREDO

Con persuasión apasionada.

¿Por qué, Isabel? ¡Si me quieres, si sabes que te quiero, que estoy muerto por ti!... ¡Si pu-

dieras sentir el fuego que me enciende en la sangre el rojo de esos labios!... ¡Déjame... sé buena conmigo... si tiene que ser!... ¡No me hagas sufrir más... vida mía... mi alma!...

En voz muy baja y muy cerca de ella.

¡mi amor! ¿Quieres? ¡No tengas tú nunca miedo de mí... chiquilla mía!... ¡Qué bonita eres... cuando cierras los ojos!... ¡Así!

Se va acercando cada vez más á ella y, aprovechando el instante en que ella cierra los ojos, la coge violentamente por la cintura y la besa en la boca.

ISABEL

Echándose hacia atrás, casi desvanecida.

¡Ay!

ALFREDO

Con susto.

¿Qué te pasa? ¿Qué tienes?

ISABEL

Abriendo los ojos é intentando sonreir.

Nada... no te asustes... No lo sé... Déjame...

ALFREDO

Poniéndose en pie.

¿Es que te sientes mal? ¿Quieres algo?...

ISABEL

Con la voz rota y llena de amor.

No... deja... No sé qué me ha pasado... Es que soy tonta.

Se reclina de medio lado en el diván y, sin mirar-

le, le alarga la mano. El, que está en pie á un lado, la coge y se la besa suavemente.

Pero estoy bien... demasiado bien... como si estuviera muy lejos... en otro mundo... como dices tú... contigo...

ALFREDO

¡Mi vida!

ISABEL

Sin volverse á mirarle y en voz muy baja.

¿Me quieres?

ALFREDO

En un momento de emoción sincera.

¡Cómo no te voy á querer!

Inclinándose hacia ella, la besa en el pelo suavemente. Ella, entonces, se vuelve con súbito apasionamiento y, cogiéndole la cabeza con las dos manos, le atrae hacia sí con violencia. El cae, medio de rodillas, medio sentado, junto á ella en el diván y se abrazan largamente en silencio. Pasado un instante, se oye ruido en el pasillo.

Separándose un poco, pero sin susto.

Vienen.

ISABEL

Serenamente.

Será mi padrino.

ALFREDO

Levantándose.

Entonces...

Sonriendo.

yo me voy.

Levantándose también, y quedándose en pie, muy cerca de él, con caricia inconsciente en todos los movimientos.

Sí, vete... pero vuelve... no salgo... como aquí... voy á vestirme para la función... pero no salgo... vuelve.

ALFREDO

Sí.

Entra Pascual. Alfredo le saluda afectuosamente.

Buenas noches, señor don Pascual.

PASCUAL

Secamente.

¡Buenas noches!

Los mira alternativamente y con ansiedad, como queriendo adivinar lo que ha pasado entre ellos. Luego, dirigiéndose á Isabel, como si Alfredo no estuviera delante, dice ásperamente.

Te advierto que es muy tarde, y que si has de cenar y vestirte...

ALFREDO

Isabel, con permiso de usted, me retiro. Hasta luego.

ISABEL

Sonriendo.

Hasta luego.

ALFREDO

Don Pascual...

PASCUAL

Como si no le hubiese oído, volviéndole la espalda.

¿Dónde está esa pécora, que no ha puesto la mesa? ¡Pilar! ¡Pilar!

ISABEL

A Alfredo, queriendo disculpar á Pascual.

¡Pobrecillo!... Es que...

Alfredo mira á Pascual con un gesto de desafío y sale.
Isabel se queda mirando á Alfredo hasta que desaparece. Pascual vuelve la cabeza y se la queda mirando á ella. Al observar la expresión de ternura que hay en la mirada de Isabel, hace un gesto de despecho. Ella se sienta, le mira un momento con conmiseración cariñosa, y le llama.
Con cariño.

¡Pascual!

El no responde, y ella vuelve á llamarle, sonriendo.

¡Pascual!

El tampoco responde.

¿No me oyes?

Levantando la voz, con un poco de impaciencia.

PASCUAL

Volviéndose hacia ella.

¿Se ha marchado ya ese necio?

ISABEL

En tono de protesta.

¡Pascual!

PASCUAL

¡Ah! ¿Te ofende que le llame necio?

ISABEL

Intentando conservar la serenidad.

Me molesta que hables así... de nadie... sin motivo ni fundamento.

PASCUAL

Motivo y fundamento tengo de sobra.

ISABEL

Ya nerviosa.

¡Ah! Y ¿se puede saber por qué?

PASCUAL

Porque es un miserable, y tú una infeliz que te estás dejando engañar con cuatro palabras embusteras.

ISABEL

Con dureza.

Mira, Pascual; ni una palabra más. Me quieres mucho, y yo te lo agradezco, pero no estoy dispuesta á seguir consintiendo esta tiranía ridícula.

PASCUAL

Con desolación.

¡Isabel!

ISABEL

Con violencia.

¿Qué quieres de mí? ¿Qué pretendes? ¿Que no hable con nadie, que no mire á nadie, que no quiera á nadie?

PASCUAL

¡Isabel!

ISABEL

Sin oirle.

¿Qué vida va á ser la mía, entonces? ¿Para qué he nacido? ¿Para qué soy mujer, si voy á

vivir como los niños del Limbo, sin pena ni gloria? Cien veces te he hecho caso, ¡pero ésta, no; ésta, no!

Pascual, al oirla, se entristece hondamente.

¿Qué te pasa? ¿Por qué me miras con esos ojos?

Con un poco más de suavidad.

¿Qué tienes que decirme? ¡Habla! ¡Habla de una vez! ¿Qué quieres?

PASCUAL

Sordamente.

No quiero mas que tu felicidad.

ISABEL

No sé cómo la voy á conseguir, si me apartas de todo lo que pudiera hacerme feliz.

PASCUAL

Es que ese hombre no te merece.

ISABEL

¿Por qué?

PASCUAL

Bajando la cabeza.

Porque no te merece.

ISABEL

¡Pues ni que fuera yo la princesa Micomicona!

PASCUAL

¡Eres una mujer honrada, y basta!

ISABEL

¿Y él? ¿Es algún criminal, es algún bandolero, algún leproso? ¿Es anarquista? ¿Es hijo del verdugo?

PASCUAL

¡Es un señorito golfo y sin vergüenza!

ISABEL

Sordamente.

¡Pascual!

PASCUAL

Un niño elegante con muchos vicios y poco dinero, amigo de aventuras, lleno de deudas, mujeriego...

ISABEL

Como si implorase.

¡Pascual!

PASCUAL

Imperturbable.

Jugador, avezado á pedirle á la vida la satisfacción de todos sus caprichos, acostumbrado á hacer la ley y á aprovechar la trampa, egoísta, charlatán, embustero...

ISABEL

Humildemente.

No digas, que de buena familia sí que es... ya lo sabes... su padre es ministro.

PASCUAL

Y él diputado de la mayoría... ¡Ya lo sé!...

Se levànta y pasea muy excitado.

ISABEL

En tono de chiquilla, quitándose y poniéndose las sortijas mientras habla.

Ya sé que no es un santo... él mismo me lo ha dicho. Es que ha vivido como un chiquillo loco... sin pensar... pero ahora, si me quiere... ya será otra cosa...

PASCUAL

¡Si te quisiera!

ISABEL

Con apasionamiento.

¿Por qué no ha de quererme?

PASCUAL

Con amargura.

¿Por qué te ha de querer?

ISABEL

¿Por qué?

Con exaltación.

¿Tan despreciable soy? ¿Tan poca cosa? ¿Tan incapaz de despertar en nadie un poco de cariño? ¿Es que no hay en mí, no ya en mi persona, en mi arte, nada que pueda conmover el corazón de un hombre? Entonces, ¿por qué me decís todos, ¡tú el primero!, que en esas tablas tengo pendiente de mi voluntad el alma de todos vosotros, que tembláis escuchándome, que lloráis viéndome sufrir, que hay en todo mi cuerpo y en todo mi espíritu una fuerza que domina y arrastra? ¿Por qué me lo decís? ¿No es verdad?

Pues si tantos encuentran motivo de aplaudirme, ¿por qué no ha de encontrar siquiera uno razón para quererme?

PASCUAL

Emocionado.

Todo lo que hay en ti admirable y único, él no es capaz de comprenderlo.

ISABEL

Pues si no me quiere ni me comprende, ¿porqué se acerca á mí?

PASCUAL

¡Inocente! Porque eres mujer, una de tantas, otra, una que todavía no se ha tenido, y eso basta para despertar el capricho de un hombre como él... Y además eres joven, y bonita, y famosa, ¡sobre todo, famosa!, y se sabe que no has querido á nadie; y, además, ¿cómo no había de acercarse á ti, si tú le estás llamando?

ISABEL

Ofendida.

¿Yo? ¿Llamándole yo?

PASCUAL

A todas horas... siempre... con la voz, con el gesto, con los ojos, con ese incomparable poder tuyo de sugestión. Todo es caricia en ti cuando él se acerca: la mirada, la palabra, el silencio... Todas las armas de tu oficio de có-

mica las pones, sin darte cuenta de ello, al servicio de esta aventura triste. ¿Cómo no había de acercarse á ti, si tú le estás diciendo á voces que le quieres?

ISABEL

Con arrebato é iluminación

¡Sí, le quiero, le quiero! ¡Más que á mi vida, más que á mi alma! ¡Le quiero! Desde siempre. desde que entró por esa puerta. Nunca le había visto, y al verle comprendí que era mi destino. Cuando me saludó me eché á temblar. ¡Sí, le quiero, le quiero como ni sospechaba yo que pudiera quererse! Tengo el alma nueva; todo el mundo es nuevo desde que le conozco... Tienes razón: le habré llamado, porque el deseo llama; sí, le habré llamado, deseando, callando, suspirando por él, pero él me ha oído, y me quiere, y es mío, mío hasta la muerte, la suya ó la mía, ¡qué más da!

PASCUAL

¡Calla, calla!

ISABEL

Con lágrimas en los ojos.

¡Si no importa morirse, Pascualillo... si todo es igual!... Pero, no, no me quiero morir, porque la vida es buena, ¡y es tan corta! ¿Crees tú que habrá tiempo para quererse todo lo que se quiere uno querer? Antes pensaba yo algunas

veces: ¿Para qué habrá venido una á este mundo? ¡Qué tonta era! Ahora ya lo sé.

Con exaltación ilusionada.

Ha venido una al mundo para querer y saber que se quiere; para despertarse pensando: ¡le voy á ver!, y saltar de contento; para dormirse recordando: ¡le he visto!, y llorar de cariño; para olvidar las horas y contar los minutos; para morirse de inquietud y resucitar de alegría... ¿verdad, Pascualillo, verdad que sí? ¡Abrázame, ríete conmigo, que soy la mujer más feliz de la tierra!

Le abraza, y él, abrazándola también, se queda un momento sin hablar; después, apartándola un poco, dice con voz entrecortada.

PASCUAL

¡Isabel... hija... Isabel! ¡Señor, otra vez! Pero..., entonces... entonces, ¿no hay remedio?

ISABEL

Alarmada por el aire de extravío de él.

¿Qué dices?

PASCUAL

Apartándose.

¡Déjame!

ISABEL

Con cariño.

¿Te doy rabia?

PASCUAL

¡Me das terror!

ISABEL

¿Por qué?

PASCUAL

Mirándola largamente antes de responder.

¡Esas palabras que estás diciendo tú, se las oí á tu madre hace veinticinco años!

ISABEL

En voz muy baja.

¡A mi madre!

PASCUAL

¡Y después lloró tanto por ellas! «¡Le quiero, le quiero... es mi vida, es mi alma, es mi destino!».... Esa misma locura que te brilla en los ojos encendía los suyos al decirlo... Y por esa locura naciste tú sin padre, ¡y por ese delirio tu madre, abandonada, buscó en el agua negra de un canal su muerte y la tuya!... ¿No dices que te acuerdas del frío de aquel agua? Siempre te hemos dicho, y acaso tú lo habrás creído, que aquella caída fué un accidente. ¡Fué que tu madre no quería vivir porque había puesto la vida en un amor tan desatinado como el tuyo... y tenía veinticinco años, y tenía, como tienes tú, la gloria en la mano y el mundo á los pies; y, lo mismo que tú, era un pájaro alegre, y no sabía mas que reir, hasta que encontró lo que ella, como tú, llamaba la felicidad de su vida!

ISABEL

Entonces... ¿es que... mi padre...?

PASCUAL

¡No pienses en tu padre, que no mereció serlo!

ISABEL

Con vacilación.

¿Vive?

PASCUAL

Con mal humor.

Viven otros como él, para vergüenza de la humanidad y desgracia de las insensatas que creéis en ellos.

Pasea un momento con exaltación, y luego, acercándose al diván donde ha vuelto á sentarse Isabel, intenta persuadirla, con emoción apasionada y tierna.

Hija, créeme, ten confianza en mí... ¡Si todavía estás á tiempo, renuncia á ese amor, que ha de ser el tormento de tu vida!... ¡Por amor de Dios, hija, Isabel! ¿Has podido creer que es egoísmo mío? ¡Es por ti, por ti sola!... ¿Es que no sabes cómo te quiero? ¡Si á costa de mi vida pudiera arrancar de la tuya hasta la sombra de un dolor! Isabel, yo he soñado para ti toda la alegría del mundo... Mírame.

Le coge la cara con las dos manos.

Yo no sé decir como tú las palabras que arrastran y convencen; pero ¡ten compasión de ti misma! Mira que te lo pide un pobre hombre que no tiene en el mundo más felicidad que oirte á ti reir... ¿No me dices nada?

Ella mira al suelo con obstinación.

¿No quieres?

ISABEL

Levantando la cabeza y hablando con apasionamiento triste.

¡No puedo... no puedo! Aunque fuera verdad lo que dices,

Estremeciéndose.

aunque no me quisiera, ¡le quiero yo á él! No puedo vivir, no quiero vivir sin este engaño mío, si es engaño, ¡y no lo es! Me quiere, ¡ahora me quiere! ¡Le he sentido temblar al acercarse á mí! Me quiere... Me olvidará... sí, puede que me olvide... se alejará de mí,

Con exaltación.

¡pero ahora me quiere! ¿No comprendes? ¡Ahora! Y ahora es la eternidad, ¡aunque la eternidad no dure mas que un día!

Con alucinación.

Por una hora de sentir que es mío, doy la vida, ¡y no es nada!

Con ilusión.

¡Una hora!, y morirse para no despertar si era sueño, para no recobrar la razón, si era locura...

PASCUAL

Interrumpiéndola con ira.

¡Calla, calla! ¡Señor! ¿De qué barro infame estáis hechas todas las mujeres, que en cuanto se os acerca un miserable estáis deseando perderos por él?

ISABEL

Con ira.

¿De qué piedra tienes tú el corazón, que no has sido capaz de perderte por nadie?

PASCUAL

¡Isabel!

ISABEL

Con desprecio y crueldad.

¡Dichoso tú, y bienaventurado, que has podido vivir sin amor! Mejor para ti... ó peor... ¡allá tú! ¡Pero deja en paz á los que tenemos sangre en las venas, y no hables de lo que no sabes!

PASCUAL

Sordamente.

¡Ojalá no lo hubiera sabido nunca!

ISABEL

¿Qué dices?

PASCUAL

Con mal genio.

¿No lo has oído? Digo que ojalá tuvieras razón y no hubiera querido nunca á nadie; ¡eso me hubiera ahorrado de padecer!

ISABEL

¡Tú!

PASCUAL

Con mal humor.

¡Sí, yo! ¿Te sorprende, verdad? Pascual el viejo,

Con ironía triste.

Pascual el impasible... ya ves tú; Pascual el viejo ha tenido veinte años, y ha tenido la sangre tan caliente como el que más, aunque alguien no lo crea, y sabe lo que se dice cuando dice que el amor es la calamidad más grande de este mundo, porque ha sabido amar... y sufrir por su amor... aunque alguien se figure lo contrario.

ISABEL

Con cariño, acercándose á él.

¡Por tu amor! ¿Quién ha sido tu amor?

PASCUAL

Con mal humor.

¡Nadie!... ¿No dices que no he tenido nunca sangre en las venas?

ISABEL

Acercándose á él y acariciándole.

Perdóname... yo no sabía... Como siempre estás diciéndole á una: ¡no quieras, no quieras!, ¿quién se iba á figurar que tú también...? Oye... y si has querido de verdad de verdad, ¿cómo le tienes tanta rabia al amor?

Pascual baja la cabeza y no responde.

¡Será que habrás querido á una mala mujer!

PASCUAL

Con violencia, sin saber lo que dice.

¡Tu madre era una santa!

ISABEL

Con asombro tan grande que es casi espanto.

¡Mi madre! ¿Has dicho mi madre?

PASCUAL

Con mal humor contra sí mismo por haber dejado escapar su secreto.

¡No, no he dicho tu madre! ¡No!

ISABEL

En voz baja.

¡Sí, Pascual, sí lo has dicho!...

PASCUAL

¡Pues no sé lo que digo! No me hagas caso, ¡ea! Me trastornas el juicio con tanto desatino.

ISABEL

Como hablando consigo misma, llena de asombro sincero.

¿Has querido á mi madre... y me quieres á mí... que no soy hija tuya?

PASCUAL

Con emoción.

Lo eres suya, y me basta.

ISABEL

Con emoción.

¿A mi madre? Y ella, ¿lo sabía?

PASCUAL

Sordamente.

¡No lo sé!... No... Hablemos de otra cosa.

ISABEL

Insistiendo, con dulzura.

¿Por qué? ¿Está mal que tú y yo hablemos de ella? ¿No dicen que las almas de los que se han muerto andan por esos mundos y pueden acercarse á los que conocieron y amaron en vida? Puede que ahora, si hablamos de ella, venga á sentarse aquí entre los dos... y, mira tú, se alegrará de oir que la querías tanto, si, como dices, no se enteró en vida, que sí se enteraría, porque lo que es eso...

PASCUAL

Las mujeres no os enteráis nunca del amor verdadero que tenéis cerca, porque el verdadero amor habla poco y mal, y vosotras vivís de palabras... de palabras bonitas y embusteras. No se enteró. ¿Cómo se iba á enterar? ¡Era yo á su lado tan poca cosa!... Yo la quise siempre, desde chiquillos... nos criamos juntos... No se lo dije nunca, porque aquel cariño me parecía á mí tan natural, tan evidente como la luz del día... y, además, porque ella siempre se estaba riendo, y á mí el quererla me ponía serio, y me daba miedo por si acaso se burlaba de mí... y, además, porque aunque yo tenía tres años más que ella, ella era más alta que yo, y me daba vergüenza, y quería ser hombre y conquistar un reino para ella... Pero, los reinos, ¿dónde están, y cómo se conquistan? Se me

murió mi padre; mi madre era pobre; mi padrino me hizo estudiar para boticario; ¡ya ves tú qué carrera de conquistador! Y mientras yo me quemaba las cejas sobre los libros, ella iba y venía al Conservatorio, de prisa, pisando menudito, y un día, no sé cómo, se echó á volar... y cuando volvió, al cabo de tres años, ¡era célebre!, y ganaba muchísimo dinero; y á mí se me había muerto el padrino que me pagaba los estudios, y no había acabado la carrera, y no tenía pan que llevarme á la boca; y ella, que era más buena que nadie, me dijo: «Pascualillo, ¿por qué no te vienes conmigo, de administrador?» Y con ella me fuí, y seguí queriéndola, y seguí callando, porque ella era la reina del mundo. Pero era feliz, no vayas á creer, sólo con estar á su lado... Hasta que un día pasó... lo que pasó... y yo le dije, como te digo á ti: «¡Ese hombre es un miserable!», y lo era; pero ella no me quiso creer, y tuve que marcharme... Y pasaron los años, cuatro ó cinco, y un día se tiró al agua contigo... y perdió la voz... y estaba sola... y yo la fuí á buscar... ¡y estabas tú con ella! Y ella decía: «Pascualillo, ¿tendrá esta hija mía una suerte tan perra como yo?» Y yo le contestaba que no y que no, y que allí estaba yo para impedirlo. Y ya siempre he vivido con vosotras... y ella volvió á ser célebre y yo á ser feliz, ¡y te he querido no sabes tú cómo! Y has sido la segunda ilusión de mi vida,

y algunas veces he llegado á alegrarme de que no tengas padre, para que no le quieras más que á mí... Y ahora dices, como tu madre:

Con desolación.

«¡Este hombre es mi destino!» ¡Y es también un mal hombre,

Con energía.

Isabel, hija mía, te lo juro! No son celos de padre, no es egoísmo, no es obstinación... ¡Isabel, hija mía, déjalo!

Casi llorando.

ISABEL

Hondamente.

¡Tú me pides eso!... ¿Me pides que renuncie á un amor que me dan, cuando has perdido tú toda la vida por el que no te han dado? ¡Pascualillo! Piensa que una sola vez te hubiese dicho ella: ¡te quiero!... piensa que un solo instante hubieras podido apretarla contra tu corazón... ¿Hubieras renunciado á ese instante por todo lo del mundo? ¿Por qué has callado tú la vida entera? ¡Porque no has podido gritar tu amor! Pero yo puedo, ¡es mío! Tengo mi hora. Que pase ó que no pase; pero aunque me arrancaran el corazón, mi amor se quedaría sangrando en el pecho y gritando por mí...

Echándosele al cuello.

¡Pascualillo, tú que me quieres tanto, déjame ser feliz!

PASCUAL

Desolado.

Isabel... hija... no llores tú... no llores...

Se oye ruido dentro.

ISABEL

Entre lágrimas.

Si no lloro... ¿Quién viene?

Levantándose.

¡Ay!... Voy al cuarto... á arreglarme. ¿Qué hora es?

Mira al reloj.

Sí, á vestirme...

PASCUAL

Muy agitado.

Pero come algo antes... ¡Pilar!

ISABEL

No, no... deja... no llames.

Entra en el tocador.

PASCUAL

Hija...

ALFREDO

Entrando con unos claveles en la mano.

¿Se puede?

PASCUAL

¡Ah! Este...

Le mira con odio, pero, por un esfuerzo violentísimo, cambia de expresión y se dirige á él con amabilidad.

Pase usted, pase usted...

ALFREDO

Con un poco de asombro.

Buenas noches...

PASCUAL

Acentuando la amabilidad, pero muerto de pena.

Muy buenas... Siéntese... Isabel está dentro... arreglándose, pero sale en seguida.

Pascual se aparta á un lado y luego sale despacio, mientras cae el telón.

TELON

ACTO SEGUNDO

Saloncito en casa de Isabel. Habitación alegre, amueblada con elegancia completamente moderna. Gran ventanal con cortinas de muselina blanca. Flores, plantas. Sobre una mesita auxiliar, á un lado de la escena, servicio de té. Es por la tarde y hay mucha luz.

Al levantarse el telón están sentados á la mesa, tomando el té, Isabel, Pascual y don Julián. Isabel viste elegante traje de casa: lleva otro peinado que en el primer acto y parece más mujer. Don Julián y Pascual visten trajes obscuros. En la mesita está servido el té, frutas, dulces, helados. Servicio de plata y cristal. Isabel, nerviosamente, mientras come unos dulces, repasa en voz baja un papel de teatro que tiene á su lado sobre la mesa.

DON JULIÁN

Quitándole con cariño el papel de la mano.

Deja ese papel, que de sobra lo sabes.

ISABEL

Sonriendo.

Estoy nerviosa.

DON JULIÁN

Sujetándole la mano cariñosamente sobre la mesa.

¡Ea, ea, tranquilízate, que no es para tanto!

PASCUAL

Mirándola con solicitud.

Bebe un poco de leche, que no has comido nada.

ISABEL

Gracias. No...

Prestando atención á un ruido que se supone en la calle.

¡Un coche!

Escucha con esperanza, como si pusiera el alma en el oído; después hace un gesto de decepción.

Pasa... no viene aquí...

DON JULIÁN

¿Esperas á alguien?

ISABEL

Mintiendo.

No... á nadie... Es que estoy impaciente. Siempre me sucede lo mismo, ¿verdad, Pascual?, cuando represento una obra por primera vez, ¡y ésta, más!

Acentuando la expresión cariñosa hacia don Julián y apretándole la mano.

¡Ay, don Julián! ¡A ver si le echo yo á perder á usted el homenaje!

DON JULIÁN

Sonriendo.

No hay cuidado.

ISABEL

¿De veras cree usted que estoy bien?

DON JULIÁN

Más que bien. Estás extraordinaria.

ISABEL

Que no le escucha, porque se supone que ha oído sonar el timbre de la puerta.

¡Han llamado!

Volviéndose á don Julián, con una sonrisa ausente.

¿De veras? ¿Usted cree...?

A Pilar, que entra.

¿Quién llamaba?

PILAR

Que trae una carta en la mano.

El cartero, señorita.

ISABEL

Con ansiedad.

¿El cartero? ¡A ver! Trae acá.

PILAR

Es para don Pascual, señorita.

Da la carta á don Pascual.

ISABEL

Quedándose pálida.

¡Ah!

Volviéndose á don Julián.

¡Ay, don Julián! ¡Si viera usted qué miedo tengo!

A Pilar.

¿Telegrama no ha venido ninguno mientras yo he estado fuera?

PILAR

No, señorita, no ha venido nada.

PASCUAL

No tomes té. Estás excitadísima.

ISABEL

Por lo mismo. Hay que conservar la tensión nerviosa para esta noche, ¿verdad, don Julián? ¡Ay, no sabe usted cuánto le agradezco que haya usted venido á comer conmigo! Hoy precisamente... ¡el día en que toda España se reúne para aclamarle á usted, para rendirle el homenaje que merece toda una vida de trabajo, para ofrecerle á usted el laurel renovado de tantos triunfos...! ¡Cuántos personajes de campanillas desearían haberle á usted obsequiado en su casa, y usted ha preferido venir á honrar la de esta pobre cómica!... ¡Qué bueno es usted!

DON JULIÁN

O qué egoísta. Aquí estoy contigo, privilegio que me envidiarían también no pocos personajes empingorotados.

Ella hace un mohín de suave coquetería.

Tu juventud me templa un poco el frío de los huesos... y no he tenido que soportar en la mesa ni trufas ni discursos.

ISABEL

Para discurso, el que le echaré yo á usted esta noche, al entregarle la corona.

Levantándose.

¿Quiere usted verla?

DON JULIÁN

No... gracias... Tiempo tengo.

Con leve amargura.

ISABEL

Mirándole con atención.

¡Cómo lo ha dicho usted! ¿No está usted contento?

DON JULIÁN

Serenamente.

Hija, estos homenajes, estas consagraciones oficiales, ¡se parecen tanto á un entierro!... Ya ves... ¡hasta corona! Hoy está mi retrato en todos los periódicos; todos hablan de mí con un respeto... ¡No hay una discrepancia en el elogio... ya nadie me discute... ya no le estorbo á nadie!

Pausa breve.

Esta noche el público aplaudirá ruidosamente, aunque le aburra la comedia...

ISABEL

¡Aburrirle... y es la obra maestra de usted!

DON JULIÁN

Sonriendo.

Sí... de hace treinta años... Me proclamaréis inmortal en prosa y en verso... y mañana á mí mismo me sorprenderá un poco andar todavía vivo por las calles.

ISABEL

Cariñosamente.

¡Qué cosas dice usted!

DON JULIÁN

He pasado, chiquilla... Todo pasa... ¿Quieres que te confiese una cosa? Hace diez años... desde que se murió tu madre, no había yo vuelto ni á leer mi comedia... mi obra maestra, como dices tú... mi obra de combate... Recuerdo que cuando se estrenó era un escándalo de atrevimiento... pues ahora, al ensayarla de nuevo, á mí mismo me ha parecido un poquillo inocente... No sé qué le ha pasado: ha perdido la fuerza...

ISABEL

Con un poco de tristeza.

Será porque la hago yo, y tal vez no acierte á darle la emoción... Sí... yo misma noto en algunos momentos que no saco el efecto que quisiera...

DON JULIÁN

Es verdad...

ISABEL

¿Lo ve usted?

DON JULIÁN

Pero no tienes tú la culpa.

ISABEL

¡Mi madre era mucho mejor actriz que yo!

DON JULIÁN

Eres tan gran actriz como tu madre... acaso más... Pero eres de tu tiempo, y la emoción que sientes y puedes transmitir es la de este momento del mundo, la de los que han nacido cuando tú, la que ahora mismo está haciendo temblar la mano de los que escriben las comedias. La pasión es la misma desde que el mundo es mundo; pero, de cuando en cuando, cambia de manera de hablar.

ISABEL

Con alarma.

¡Ay, me parece que llora la niña!

PILAR

No, señorita, no; si está dormida.

PASCUAL

¿La habréis dejado sola?

Se acerca á la puerta.

PILAR

No, señor; si está el ama con ella.

ISABEL

¡Pobre hija de mi alma!

DON JULIÁN

¡Pobre! ¿Por qué?

ISABEL

Con exaltación.

Es verdad. ¿Por qué? ¡Hija mía!

Con embeleso triste.

¡Es más bonita!

Don Julián sonríe.

No se ría usted, que sí que lo es.

A Pilar.

Anda á ver, de todas maneras.

Pilar sale.

La semana que viene la pongo de corto. ¡Ay! Se cría sin sentir; pero siempre estoy asustada... si tose, si está descolorida, si está sofocada...

PASCUAL

Esta, para todo es lo mismo; todo lo toma siempre por la tremenda, y con la dichosa chiquilla, ni vive, ni nos deja vivir.

ISABEL

Mira tú quién habla... y en cuanto respira un poco fuerte el ángel de Dios, ya está él que no le llega la camisa al cuerpo. Esta noche, sin ir

más lejos, me pareció que la oía toser... salté de la cama á toda prisa... ¡pues ya estaba él allí, tomándole el pulso!... Si nos ve usted, se ríe, porque ¡hacíamos un cuadro él en batín y yo en camisón!...

PASCUAL

Ahora sí que creo que llora...

Sale precipitadamente.

ISABEL

Mirándole salir.

¡Pobre Pascual!

DON JULIÁN

¿Por qué le compadeces?

ISABEL

No lo sé...

Sentándose.

Hay días en que le da á uno lástima todo el mundo... empezando por uno mismo. ¿Verdad que la vida es una cosa absurda?

DON JULIÁN

¿Tan mal te va en ella?

ISABEL

No me va mal...

Sin sinceridad.

es que... por muy bien que le vaya á uno... no sé... hay días en que se tiene el corazón cansado... cansado, no... mareado, aburrido... Se toma uno tantas cavilaciones tontas, y de re-

pente dice: Pero ¿á qué tanta prisa y tanta inquietud, si no vas á ninguna parte?

Todo esto como si hablase consigo misma.

Porque, en resumidas cuentas, nunca va uno á ninguna parte. ¿No le parece á usted? ¡Qué ganas de dormirse dan á veces, y de no despertar en un siglo... ó en una eternidad!; porque, la verdad, mirándolo bien, ¿qué le ata á uno á la vida?

DON JULIÁN

Con suave reproche.

¿Eso dices tú, que tienes una hija?

ISABEL

Es verdad. ¡Hija de mi alma!

Se levanta.

¡Ay, don Julián, si hubiera un filtro para asegurar la felicidad de los hijos, aunque hubiese que correr el mundo con los pies sangrando para encontrarle!

Se ha acercado, mientras habla, á una mesita, y cogiendo de un cestillo una baraja, extiende las cartas sobre la mesa.

¡De qué vale haber dado la vida á una criatura, si, ni aun dando la vida por ella, puede uno asegurarle que será dichosa!

DON JULIÁN

Que levanta la cabeza y la ve echando las cartas.

¿Qué haces?

ISABEL

Echar las cartas. ¿Se ríe usted de mí?

Don Julián sonríe.

DON JULIÁN

Sonriendo.

¡Dios me libre! ¿Qué dice el oráculo?

Acercándose á ella, con broma cariñosa.

ISABEL

Tirando la baraja.

¡Mujer morena!

DON JULIÁN

Con cariño.

¿Qué te importan á ti las mujeres morenas?

ISABEL

Con despecho, yendo á sentarse al otro extremo de la habitación.

Es verdad... ¡Qué me importa!

DON JULIÁN

Acercándose á ella, con solicitud serena.

¿Qué te pasa?

ISABEL

Mintiendo.

¿A mí? ¡Nada!

DON JULIÁN

Entonces, ¿por qué estás así?

ISABEL

Levantándose.

¿Nerviosa? ¡Qué sé yo!... Será que estoy cansada, que he trabajado demasiado todo este

invierno, que me preocupa la función de esta noche...

DON JULIÁN

La función de esta noche te trae perfectamente sin cuidado.

ISABEL

Ofendida.

¡Don Julián!

DON JULIÁN

Y así debe ser. Sabes perfectamente tu papel, te lucirás muchísimo, no es un estreno, no va interés ninguno en el éxito de la representación... tú dirás...

ISABEL

No me pasa nada... y aunque me pasara, como yo me tengo toda la culpa... ¡aguantarse!

Don Julián va á responder, pero entran Pascual y el Ama: ésta lleva en brazos á la niña, que es un montón de batistas, lazos y encajes.

ISABEL

¿Dónde vais?

PASCUAL

¿Dónde vamos á ir? A que tome la niña un poco el aire antes de que se ponga el sol. ¡Si te parece, la tendremos encerrada como á un criminal!

ISABEL

Inclinándose sobre la niña y besándola con apasionamiento.

¡Hija! ¡Vida! ¡Locura de tu madre! ¡Mire us-

ted qué ojos tiene, don Julián!... ¿Quién te quiere á ti?

PASCUAL

Con celos.

¡No la besuquees, que se va á despertar!

ISABEL

¡Ah! ¿No voy á poder besar á mi hija?

DON JULIÁN

Al ama.

Anda, anda, que ahora son los días muy cortos y hay que aprovechar antes que caiga el sol...

ISABEL

¿Lleváis el cochecito?

PASCUAL

Ofendido.

¡Claro que llevamos el cochecito!... ¡Ibamos á estar esperando que tú lo mandaras!...

Despidiéndose.

Buenas tardes... Don Julián, usted dispensará que no asista á la solemnidad, porque ahora no salgo de noche. *Mirando á la niña.*

ISABEL

Con un poco de tristeza, emocionada.

Es verdad; desde que ha nacido la chiquilla, no ha vuelto á poner los pies en el teatro. Está chocho con ella.

Salen Pascual, el Ama y la Doncella. Pausa breve.

DON JULIÁN

¿Por qué no sales tú también? No te vendría mal tomar un poco el aire.

ISABEL

No, no... me quedo en casa.

DON JULIÁN

Sonriendo.

A esperar...

ISABEL

Con desesperación súbita.

¡A esperar lo que no ha de venir!

DON JULIÁN

Con bondad.

¿Así estamos?

ISABEL

¡No sé cómo estamos!

Se sienta en un rincón del sofá y mira al suelo obstinadamente.

DON JULIÁN

Paseando por la habitación y sin querer dar demasiada importancia al caso, para no desesperar más á Isabel.

Cierto que hace días no veo á ese feliz mortal por los alrededores.

ISABEL

Sin mirarle.

No está en Madrid hace tres semanas.

DON JULIÁN

Con naturalidad.

¡Ah!... Entonces...

ISABEL

Levantando la cabeza, como para desafiar á la suerte.

Y no sé nada de él hace dos días...

DON JULIÁN

Quitando siempre importancia al asunto.

Mujer... dos días...

ISABEL

Tira sobre la mesa un telegrama que saca del bolsillo.

Y hace tres recibí este telegrama.

Viendo que don Julián no hace intención de cogerle.

Lea usted, lea usted...

DON JULIÁN

Leyendo, con un gesto de resignación.

«Estoy bien. No te inquietes. Tuyo como siempre.»

ISABEL

Con ansiedad.

Usted, que es hombre... ¿qué quiere decir eso?

DON JULIÁN

Mujer, bien claro está: Tuyo como siempre...

ISABEL

Con rabia sorda.

¡Mío como siempre!

Se acerca á un mueblecito y saca de una caja llena de papeles una postal.

Y hace cuatro, esta postal... contestando á una carta mía, desesperada.

Entrega la postal á don Julián, que no tiene deseo ninguno de leerla.

Lea usted.

DON JULIÁN

Leyendo.

«No me sucede nada. ¿Qué me va á suceder? No te atormentes con cavilaciones. Hay que ser razonable.»

ISABEL

Mordiendo las palabras.

¡Hay que ser razonable!

DON JULIÁN

Con una sonrisa.

¡Tiene razón!

ISABEL

¡Es que en cuanto el amor es razonable deja de ser amor!

DON JULIÁN

Leyendo en la postal.

«Te quiero como siempre.»

ISABEL

Con ira dolorosa.

No sabe otra canción.

DON JULIÁN

Sonriendo con simpatía.

Hija mía, en protestas de amor no caben demasiadas variaciones. El tema, en sí, es monótono y está un poquitillo gastado.

ISABEL

Con pasión.

¡Las mismas palabras no significan siempre lo mismo!

DON JULIÁN

Condescendiente y acercándose á ella.

Pero ¿qué motivos tienes para pensar...?

ISABEL

Mirándole con desolación, pero poniendo en sus palabras y en su mirada un poco de esperanza de que él pueda decirle algo que la tranquilice.

Motivo... ninguno... Serán cavilaciones, como él dice... Es verdad. Otras veces se ha marchado lo mismo... pero siempre que ha estado fuera he recibido yo á diario telegrama y carta...

Con amargura contenida.

Verdad es que las cartas siempre me han dado más pena que alegría... porque...

Vacilando.

bueno... los hombres escriben siempre así

Con pasión.

¡de golpe y porrazo!... Se figuran que en diciendo ¡te quiero! ya está dicho todo.

Con desesperación repentina, sentándose y echándose á llorar.

¡Hija de mi vida, qué será de ti!

DON JULIÁN

Acercándose con respeto compasivo á su dolor y acariciándole el pelo como á una niña.

¿A qué viene eso ahora?

ISABEL

Sordamente, hablando consigo misma.

Porque yo... bien merecido tengo lo que me pasa... Me dijo: ¡Te quiero con locura!... Le creí porque quise creerle... Me dijo: ¡Te respeto como á nadie en el mundo! ¡Eres mi mujer!

Con apasionamiento creciente.

¡La única!... Nos casaremos cuando yo sea alguien, cuando pueda vivir por mí mismo... ahora dependo de mi padre... tú te ganas la vida... dirían que me caso contigo para que me mantengas...

Con explosión de amargura.

¡Le creí porque quise... me perdí porque quise perderme!

Pausa breve. Después, con extraña mezcla de dolor é ilusión.

Cuando nació mi hija...

Bruscamente, como si despertase, poniéndose en pie.

¡Váyase usted, don Julián, váyase usted!

DON JULIÁN

¿Por qué?

ISABEL

Paseando, nerviosísima, de un lado para otro.

Porque es muy tarde... porque tendrá usted algo que hacer... y porque no quiero marearle á usted más... Estoy loca... no sé lo que me digo...

Con apasionamiento.

¡Déjeme usted, váyase usted ahora mismo!

DON JULIÁN

Que, en realidad, se alegraría de marcharse

Y tú, ¿te vas á quedar sola?

ISABEL

Pascual vuelve en seguida... y además, no teniendo nadie á quien molestar, me callaré, estudiaré el papel...

Escuchando con ansiedad.

¿Llaman?

Acercándose á la puerta.

¿Quién es?

LEONOR

Dentro.

Servidora, doña Isabelita.

ISABEL

Con un gesto de horrible decepción.

¡Leonor!

Con súbita esperanza, por si le trae noticias.

Pasa, pasa.

LEONOR

Entrando.

Muy buenas tardes.

ISABEL

Á don Julián.

Ya ve usted, no estoy sola... puede usted marcharse tranquilo.

DON JULIÁN

Ea, pues siendo así, sí que me voy...

Con cariño.

Tranquilidad... y hasta la noche.

Va á salir.

ISABEL

Como pidiendo perdón y con cariño.

Usted perdone el rato que le he dado...

DON JULIÁN

¡Bah! Que no sea nada.

LEONOR

Felicidades, don Julián. Ya tengo tomadas mis dos delanteras de anfiteatro para esta noche

DON JULIÁN

¿Dos... eh?

LEONOR

Con rubor de jamona enamorada.

¡Cosas de la vida!...

DON JULIÁN

Vaya, pues tantas gracias... y que sea también enhorabuena.

LEONOR

Muy seria.

Quite usté... si estas cosas del querer... nunca sabe una si son para bien ó para mal.

DON JULIÁN

A Isabel, que quiere salir á acompañarle.

No te molestes.

ISABEL

¡No faltaría más!

Salen don Julián é Isabel. Leonor suspira, mira de un lado á otro con filosofía, y viendo la baraja sobre la mesa la recoge y empieza á echar las cartas. Entra Isabel.

Impetuosamente.

¿Qué... qué hay? ¿Te has enterado de algo?

LEONOR

De todo; sí, señora.

ISABEL

En el colmo de la impaciencia.

Y ¿qué hay?

LEONOR

Pues... que se casa.

ISABEL

Con espanto.

¿Que se casa?

Con apasionamiento.

¡Mentira!

LEONOR

Sin inmutarse, pero bajando un poco los ojos.

Eso me han dicho.

ISABEL

Sordamente.

¿Quién?

LEONOR

Sencillamente.

El ama de llaves de su madre... Se han ido juntos él y su padre al pueblo...

ISABEL

Interrumpiendo.

Sí... á preparar las elecciones.

LEONOR

No, señora... á que conozca á una señoritinga, que dice que es más fea que un tiro, pero que tiene una porción de millones... y es hija de un cacique.

Isabel, sin decir palabra, se desploma en un sillón, y escondiendo la cara entre las manos, solloza hondamente.

Leonor se acerca á Isabel, con piedad maternal.

No se ponga usté así, doña Isabelita, que no hay hombre que se lo merezca.

Pausa larga. Isabel se muerde las manos para no gritar. Leonor la mira con hondísima compasión y con los ojos llenos de lágrimas.

Le advierto á usted

Acercándose á ella y hablando en voz baja.

que ha vuelto á Madrid.

ISABEL

Poniéndose en pie de un salto.

¿Ha vuelto?

LEONOR

Sí, señora... esta mañana... en el tren de las ocho.

ISABEL

Con extravío.

¿Qué hora es?... Las cinco... Yo á las siete tengo que estar en el teatro... pero...

Va de un lado á otro como una leona.

LEONOR

Que la mira con susto.

Doña Isabelita, ¿qué va usté á hacer?

ISABEL

No lo sé... ¡déjame!...

PILAR

Apareciendo en la puerta.

El señorito Alfredo.

ISABEL

Da un grito extraño.

¡Ah!

Después de un instante de extravío, y con la voz completamente cambiada.

Que pase.

Pilar sale. Leonor desaparece por la puerta de la derecha sin pronunciar palabra. Isabel queda un instante sola, presa de indescriptible agitación, y apoyándose en la pared, lejos de la puerta por donde ha de entrar él, se agarra á la tapicería con las dos manos. Parece un tigre que va á saltar. Entra Alfredo, y al pronto no la ve y va á sentarse en un sillón, de espaldas á ella, con aire preocupado. Ella le mira largamente: primero, con odio y espanto; luego, con duda, como si pensara: «No es posible... Me han engañado... Me engaño yo misma...»; luego, con piedad y tristeza de sí misma, como pensando: «Sí es posible, es posible... Y entonces, ¿qué va á ser de mí?» Por último, vence el inevitable magnetismo, la atracción irresistible de la presencia física, y acaba por mirarle con amor y apasionamiento. Todo esto, naturalmente, es un monólogo sin palabras, que ha de expresar la actriz sólo con la expresión de la cara, porque sigue apoyada de espaldas en la pared é inmóvil. Alfredo se agita un poco, con preocupación hasta malhumorada, hasta que, atraído por la insistente mirada de ella, vuelve los ojos y la encuentra.

ALFREDO

Levantándose y queriendo sonreir. El supone que ella no sabe nada.

¡Ah! ¿Estabas ahí?

ISABEL

Acercándose precipitadamente y echándose en sus brazos.

¡Alfredo!

Abrazo largo, en el cual ella parece querer apoderarse de él y encerrarle dentro del corazón, y él muestra cierta complacencia de vanidad satisfecha.

ALFREDO

Al separarse de ella, con un poco de fatuidad.

Ya me tienes aquí... Ya estarás tranquila.

ISABEL

A quien el tono ligero de él vuelve á la realidad de la duda, poniéndole las dos manos en los hombros y mirándole fijamente.

¿Tú crees que puedo estar tranquila?

ALFREDO

Con un poco de alarma.

¿Por qué dices eso?

ISABEL

Imperiosamente.

Respóndeme... ¿Tú crees que puedo estar tranquila?

Le arrastra hasta sentarse con él en el sofá.

Contéstame.

Sin dejar de mirarle.

Pero la verdad... toda...

Mordiendo las palabras.

No vayas ahora á tener compasión de mí... porque... eso... sería lo que más me ofendiese...

El aparta un poco la vista.

¿Por qué apartas los ojos?

Le coge las manos con violencia.

¡Mírame!... cara á cara... ¡Así!...

Con ironía amarga.

Ten valor, hombre... ¡Dime lo que me tengas que decir!

ALFREDO

Evasivamente.

¿Yo?

ISABEL

Casi insultante.

¡Sí... tú!

ALFREDO

Sin querer soltar prenda y tanteando el terreno.

Pero ¿qué te figuras?

ISABEL

Con tensión nerviosa, sin dejar de mirarle á los ojos.

¡Todo... mientras tú sigas no diciendo nada!

ALFREDO

Levantándose y haciendo comedia de desesperación.

¡Estoy desesperado, Isabel!

ISABEL

Levantándose también y mirándole de lejos.

¿Porque te casas con una mujer fea y millonaria?

ALFREDO

Volviéndose.

¿Quién te ha contado...?

ISABEL

Sin dejarle terminar, con espanto y trastorno absoluto.

¡Es verdad!

El baja la cabeza por toda afirmación.

¡Es verdad!

Con desolación trágica, pero hablando en voz baja.

¡Miserable de mí, que hasta que tú lo has dicho no he querido creerlo!

Se desploma de golpe en el sofá y apoya la cabeza en el respaldo, con las manos sobre los ojos. Después deja caer las manos y se qũeda con los ojos cerrados, completamente inmóvil, como muerta.

ALFREDO

Acercándose, realmente asustado.

¡Isabel!

ISABEL

Como si la quemaran, al sentirle cerca, de un salto va á caer al otro extremo del sofá.

¡No me toques!

ALFREDO

Desconcertado.

Pero... escucha...

ISABEL

Con horror, entre dientes.

¿Es verdad... es verdad que te casas con otra... que tú...

Marcando el tú.

puedes casarte... con otra?... Pero, entonces...

Con violencia.

si á pesar de lo que hay... entre tú y yo...

Sin poder hablar.

es posible que... tú... te cases con otra, ¿qué soy yo?

Escondiendo la cara entre las manos y sollozando con lágrimas.

¡Madre! ¡Madre!

Levantando la cara, anegada en llanto, con espantosa serenidad.

Antes me lo decía la conciencia y no quería oirla... ahora me lo dice también el corazón: ¡Soy una mujer perdida!

ALFREDO

Con protesta sincera.

¡Isabel!

ISABEL

Complaciéndose en ahondar la herida.

¡Una mujer perdida!

Levantándose.

Tú dirás...

Esto lo dice respondiendo á un gesto de protesta de él.

ALFREDO

Eres mi amor.

ISABEL

Con extravío, pero sin gritar.

Soy tu amor... es verdad.

Como si dijera: «Se me había olvidado».

Soy tu amor... y soy, además, la madre de tu hija...

Suspira.

También tú eres mi amor... también tú eres el padre de mi hija...

Con ironía amarga.

Pero eso es poca cosa... Ahora tú necesitas tu mujer... y para eso...

Mordiendo las palabras.

para esa honra tan grande de ser tu mujer... ¡la madre de tu hija!... ¡aunque sea tu amor!... ¡no es bastante...!

ALFREDO

¡No hay honra ni deshonra, Isabel!...

Ella le mira sin comprender.

y tú eres para mí...

Vacilando.

la mujer más digna del mundo...

Ella sigue mirándole con interrogación ansiosa, como si preguntara: «¿Entonces?»

No hay mas que la triste necesidad...

ISABEL

Repitiendo inexpresivamente, como un eco, la última palabra de él.

Necesidad...

ALFREDO

Tu amor ha sido...

ISABEL

Interrumpiendo con dolor.

¡Ha sido!

ALFREDO

Que no ha dejado de hablar.

... y es la gloria de mi vida...

Sin sinceridad.

las mejores horas de mi juventud son las que me ha dado tu cariño...

ISABEL

Interrumpiéndole con violencia.

¿Qué estás diciendo ahí?

ALFREDO

Asustado.

Que te quiero, que te he querido siempre... no sabes tú cómo...

ISABEL

Entre dientes, con amargura.

Ya lo voy aprendiendo...

ALFREDO

Pero...

ISABEL

Con ironía amarga.

¡Ah!... pero...

ALFREDO

Bajando los ojos.

La vida es tan difícil...

ISABEL

Insultante.

¡Deja en paz á la vida, que no tiene la culpa de que tú seas un miserable!

ALFREDO

Con un poco de excitación, y esta vez, como se trata de él mismo, con un poco de amargura sincera.

No soy un miserable, Isabel... Soy un hombre que tiene que vivir... como todo el mundo... tengo treinta años... me han educado de una

manera absurda... como si fuera un príncipe... no sirvo para nada fuera de la política, y la política para mí es mi padre... Estoy en sus manos... El no comprende ya, no reconoce el derecho á la vida de esta locura nuestra... Es viejo... está cansado... Después de tantos años de vida activa, á pesar de su fama de político poco escrupuloso... es pobre, con la peor de las pobrezas... Ya ves tú: ¡la miseria disfrazada con una cesantía de ministro, que á duras penas podrá volverlo á ser!...

Casi con ira, un tanto dolorosa.

Tengo tres hermanas que no se casan; tengo dos hermanos que no acaban nunca la carrera... Estamos todos con el agua al cuello...

Con apasionamiento malhumorado.

¡Mi vida eres tú! ¡Te juro que mi vida eres tú!

ISABEL

Que le ha mirado con desprecio casi compasivo mientras ha estado hablando.

En vista de lo cual, te casas con otra... para seguir viviendo.

ALFREDO

¡Isabel!

ISABEL

Con apasionamiento doloroso.

Tu vida soy yo... y ¡naturalmente! la mujer... esa con quien te casas lo sabe. ¡Cómo no ha de saberlo!

Con dolor infinito.

Yo no he ocultado á nadie mi cariño,

Con dolor.

porque tenía orgullo de quererte... Tú lo has ido pregonando á los cuatro vientos,

Con amargura

tal vez por vanidad de que yo te quisiera.

Con pasión.

¡Lo sabe todo el mundo! Entonces, ella ¿qué quiere de ti? Si no le importa, ¡cómo te desprecia!; y si le importa, ¿cómo quiere casarse contigo? Tú eres pobre; ella, rica. ¿Tú sabes para qué necesita marido?

ALFREDO

Ofendido.

¡Isabel!

ISABEL

Con ferocidad.

Y te habrá elegido por eso. Porque sabrá que eres tan pobre y tan villano que te puede comprar con su dinero.

ALFREDO

Precipitándose hacia ella.

¡Calla, calla!

ISABEL

Con tono de fiereza y desafío.

¿Por qué me he de callar?

Ante la fiera actitud de ella él retrocede, bajando la cabeza. Ella, al verle retroceder, cambia la

expresión de desafío por la de dolor. Se ha quedado en pie en el centro de la habitación y habla como si estuviese sola.

¿Es posible? ¿Es posible?

Con desvarío, como si tuviese delante á un fantasma.

Soy yo... eres tú... y estamos aquí hablando de...

Como si tuviese miedo de pronunciar la frase, se detiene y dice entre dientes.

de esto...

Con apasionamiento doloroso.

¡Y era mentira todo!...

Con angustia.

Y tenían razón los que decían que tú...

Con dolor.

Una más... una más... una pobre mujer ciega y loca...

Con violencia, dirigiéndose á el.

Pero, ¡tú no tenías derecho!, porque yo estaba ciega... pero, ¡tú, no; tú, no!... y te dije:

Hondamente.

¡Piénsalo bien! ¿Te acuerdas?

Con llanto.

¡Para toda la vida!

Como una chiquilla afligida.

¡Y yo tenía miedo!... pero tú me dijiste: ¡ya está pensado!

Con un resto de ilusión de amor en la frase.

¡Para toda la vida!...

Con amargura.

¡Y era esto!

Sentándose con infinito cansancio.

¡Era esto!...

ALFREDO

Isabel...

ISABEL

Que parecía haberse olvidado de su presencia, encarándose con él violentamente.

Y has tenido valor, sabiéndolo... y creyendo que yo no lo sabía... de venir á esta casa... Y ¿has sido capaz... mientras estabas preparando esta infamia... de escribir para mí... tuyo como siempre?...

ALFREDO

Con violencia.

Sí... ¡tuyo, como siempre!...

ISABEL

Con desvarío, no queriendo comprender.

¿Qué dices?

ALFREDO

Tú y yo estamos por encima de todas las miserias del mundo...

ISABEL

Eh...

ALFREDO

¿Qué importa que yo tenga que cambiar lo exterior de mi modo de vivir para que tu cariño siga siendo lo que ha sido siempre?... Te quiero, te he querido y te querré, sea como sea...

ISABEL

Comprendiendo.

Mi cariño... sea como sea... ¡Ah, esto más!... Sea como sea... Es decir, que tú piensas que yo... ¡Miserable! ¡Cobarde!... Pero, ¿por quién me tomas?

ALFREDO

Isabel... óyeme.

ISABEL

Es decir... que tú piensas que otra mujer puede ser tu mujer y yo... ¡yo!

Con locura.

Entonces es lo que has pensado siempre... Entonces es que siempre he sido para ti... eso... ¡eso! Madre mía... ¿dónde he estado yo?... Pero, ¿es posible?... Y yo te he dado el alma con tanta nobleza... y yo pensaba: este amor mío es lo mejor del mundo... Y era una infamia... y era esta infamia... y tú pensabas que yo era tan infame como tú...

ALFREDO

¿Estás loca, estás loca?...

ISABEL

Y me lo dices

Sordamente.

porque estoy sola, completamente sola, sin nadie que me ampare; porque soy cómica...

ALFREDO

¿Qué tiene que ver eso?

ISABEL

Porque no tengo padre... También te lo dije, también te lo dije... también lo sabías, y porque lo sabías, pensaste: No tiene padre... no tiene honra...

ALFREDO

Cálmate..., por favor..., cálmate.

ISABEL

No te acerques... Pues sí la tengo... y tengo lo que no has tenido tú en toda tu despreciable vida... tengo ¡conciencia!... Te he querido... no sabes tú cómo, no lo puedes saber. Ahora comprendo que nunca lo has podido saber... pero, ¡cómo te odio!

ALFREDO

Isabel...

ISABEL

¡Cómo te odio... y cómo me aborrezco á mí misma por haberme podido engañar tan miserablemente!... ¡Vete, vete!

ALFREDO

Isabel... no he querido ofenderte... te juro que...

ISABEL

¡Vete y no vuelvas nunca!

ALFREDO

Perdóname...

ISABEL

Y á mí, ¿quién me perdona?...

Sombríamente.

Pero, ¿aún estás ahí?

ALFREDO

No quisiera marcharme sin decirte...

ISABEL

Tapándose la cara con las dos manos para no verle y llorando desesperadamente.

Vete... por favor... ¡vete!... ¡No comprendes que al verte veo mi perdición y no puedo vivir con esta afrenta! ¡Vete, vete!

ALFREDO

Con respeto.

¡Adiós, Isabel!

Sale.

ISABEL

Después de una pausa.

¡Adiós, Isabel!... ¡Ah! ¿Qué he hecho?...

Acercándose á la puerta.

¡Alfredo! ¡Alfredo!

Oyendo el ruido del coche, que se aleja.

¡El coche!... Para siempre... ¡Ay de mí!

Se deja caer de rodillas en el suelo, junto al sofá, con las manos en la cabeza, y después se desploma, cayendo sobre el sofá de bruces, siempre arrodillada en el suelo y con los brazos extendidos. Solloza convulsamente. Pasa un momento.

Leonor aparece en la puerta, la mira, suspira, se acerca á ella, la levanta y la sienta en el sofá. Isabel se deja hacer sin dejar de sollozar, cada vez más intensa y dolorosamente. Leonor habla, queriendo calmarla.

LEONOR

¡Doña Isabelita... doña Isabelita... no se ponga usté así, que es usté muy joven para desesperarse!... Mire usté que la vida es muy larga y que hay más hombres de los que hacen falta.

Pausa. Isabel sigue sollozando.

¡Déjele usté, que bueno va... que estas feas ricas, como compran el marido con su dinero, le quieren tener amarrao á la pata de la mesa... y ya se puede el hombre despedir del mundo!

Pausa.

¡Doña Isabelita! ¡Doña Isabelita!

Isabel no responde. Mirando hacia la puerta por donde ha salido Alfredo.

¡Miá el hijo de ministro con la que ha salido á última hora!

Mirando con admiración á Isabel.

¡Hay que ver!... ¡teniendo una mujer como ésta, y sin costarle un real al condenao!

Pausa.

¡Doña Isabelita!

Limpiándole á Isabel las lágrimas con el pañuelo.

Doña Isabelita... vamos, que ya ha llorao usté bastante, y no es pa tanto, ¡qué demonio! Peor hubiera sido que fuera su marido de usté y que

se la hubiera á usté muerto, si á mano viene, como á mí me pasó, llevándose la llave de la despensa... Usté, después de todo, en su casa se queda usté, tan reina como antes, ganándose la vida tan ricamente, y á usté, ¿quién la tose?

ISABEL

Rendida del tremendo ataque de llanto, suspira quedamente.

¡Ay! ¡Ay!

LEONOR

Sosteniéndola.

A ver si se pone usté mala, que eso sería lo peor... ¿Quiere usté que mande por antistérica?

ISABEL

Sin voz.

No..., gracias... deja...

LEONOR

Que oye ruido.

Ya creo que está ahí don Pascual.

Se levanta y se acerca á la puerta. Isabel levanta la cabeza, se pasa las dos manos por la frente y mira hacia la puerta con extravío. Entra Pascual, y detrás de él el Ama, con la niña en brazos. Rápidamente, sin dar explicaciones, Leonor coge á la niña, y empujando al Ama la hace salir de la habitación y cierra la puerta, para que no se entere de lo que pasa.

PASCUAL

Asustado al ver llorar á Isabel, se acerca á ella.

¡Isabel! ¡Llorando tú! ¿Qué tienes?

ISABEL

Sin saber lo que dice.

¡Déjame!...

PASCUAL

Desconcertado.

Pero... ¿qué ha sucedido?

LEONOR

Que tiene la niña en brazos y la está paseando, sin detenerse para hablar.

Casi na. Que ha estao el interfecto á decir que se casa con otra, y doña Isabelita se ha tomao el disgusto consiguiente.

Sigue paseando á la niña.

PASCUAL

Con infinita compasión.

¡Isabel!

ISABEL

Con amargura cruel é injusta.

¡Tenías tú razón! ¡Ya estarás contento!

PASCUAL

Sin ofenderse por la injusticia de ella, pero dolorosamente.

¡Isabel... hija mía!

Se acerca á ella para acariciarla.

ISABEL

Al sentir la caricia reacciona y se desconsuela, perdiendo la fiereza anterior, y habla llorando como una criatura.

Tenías razón... ¡Entonces es que todo es

siempre mentira!... ¡Es que no hay nada... nada!...

Con cansancio infinito.

¡Yo me quiero morir... yo me quiero morir!...

LEONOR

Acercándose, muy afligida y sorbiéndose las lágrimas.

¡No diga usté eso, doña Isabelita, que eso sí que es lo último! Además, que usté tié que vivir pa mirar por su hija, que la pobre no tiene culpa de na...

ISABEL

Viendo á la niña cerca, la coge con violencia y dice en un sollozo:

¡Hija mía!

Luego se la pone en la falda y se inclina sobre ella, mirándola con fijeza maniática, hasta que la sobrecoge una ráfaga de locura.

¡Hija!

Con la voz cambiada y ronca, desvariando por completo.

¡Sólo mía!... ¡Sólo de tu madre!... Como yo... ¡Sin padre... sin padre... como yo!

Aprieta á la chiquilla como si quisiera ahogarla, y le habla muy de cerca.

Todo es mentira... todo es infamia... ¡todo! ¡todo! ¡todo!

Con locura sombría.

No hay mas que morir... ¿sabes? ¡No hay mas que la muerte!... ¡Las dos... tú y yo!

Se levanta violentamente y va hacia el balcón para tirarse con la chiquilla.

PASCUAL

Interponiéndose, demudado y con violencia.

¡Trae acá esa niña!

ISABEL

Con locura, apretando á la niña contra el pecho.

¡Es mía!

PASCUAL

Acercándose.

¡Suelta! ¡Dámela!

ISABEL

¡Es mía! ¡Sólo mía!

Luchan desesperadamente por la chiquilla, y al cabo, Pascual se la arranca de un empujón violento.

PASCUAL

Arrancando la niña á Isabel.

¡Pero no la mereces!

ISABEL

Desvariando.

Es mi amor... es mi infamia... ¡debe morir conmigo!

PASCUAL

Severamente, desafiándola.

¡Calla, calla! Estás desatinando... Todas esas locuras que dices no son tuyas: son de las co-

medias que representas. ¡Muérete si te quieres morir, pero no digas más insensateces!

Mientras Pascual la riñe, Isabel, mirándole fijamente, se calla y retrocede lentamente como un animalejo castigado y va á sentarse en un rincón, vencida.

LEONOR

Conciliadora, acercándose á Pascual.

Vamos, don Pascual, no se ponga usté así tampoco. ¡Hay que considerar la píldora que tiene la infeliz dentro del cuerpo!

ISABEL

Sollozando como una criatura.

Estoy sola... estoy sola...

LEONOR

Acudiendo á ella.

¡Qué va usté á estar, señora, qué va usté á estar!

PILAR

Apareciendo en la puerta.

¿Se puede?... ¡Señorita, que ya está el coche!

Repitiendo como si no comprendiese.

El coche...

Acordándose de la obligación.

El coche...

Con inquietud.

¿Qué hora es?... Las siete menos cuarto...

Pasándose la mano por la frente como para despertar.

Ah... sí... el teatro...

Sordamente.

¡Hay que ir al teatro!

Con intensidad.

¡Hay que ir *hoy* al teatro!

Con arrebato.

¡Maldito oficio!

LEONOR

No reniegue usté del trabajo, doña Isabelita, que es lo único en este mundo que la hace á una ir pasando las penas... ¡Ande usté, que la está á usté esperando medio Madrid pa volverse loco de gusto!

ISABEL

Poniéndose maquinalmente el abrigo y la echarpe que le ha traído Pilar.

¿No se me olvida nada?

Habla con voz apagada y angustiosa.

¡Ay, la corona de don Julián!

PILAR

Ya está en el coche, señorita.

LEONOR

Empujando á Pilar y haciéndola salir.

Pues ¡anda tú pa alante!

Termina ella de ayudar á Isabel á ponerse el abrigo.

¡Ay de mí!

LEONOR

Arreglándola.

Límpiese usté los ojos... ya llorará usté luego, ó mañana, si le queda á usté un rato de más.

ISABEL

¡Vamos allá!

Al ir hacia la puerta se detiene y mira á Pascual, que está á un lado mirando á la niña para ver si su madre le ha hecho daño. Quisiera decirle algo, pero no encuentra palabras. Leonor interviene.

LEONOR

A Pascual por lo bajo.

Dígale usté algo...

PASCUAL

Con remordimiento por su violencia anterior.

Yo iría contigo... pero...

Señala á la niña.

ISABEL

Con esfuerzo.

Sí... sí... quédate...

Mirando á su hija, pero sin acercarse á ella.

¡Hija!... ¿á qué habrás tú venido al mundo?...

PASCUAL

Con indecisión entre acompañarla ó quedarse con la niña.

El caso es que...

LEONOR

No tenga usté cuidao... voy yo con ella...

ISABEL

Echa á andar para salir, pero al llegar al quicio de la puerta se apoya en él desfallecida.

No puede ser... no puede ser...

Leonor se acerca á ella y la sostiene, haciéndola salir. Salen las dos. Pascual se queda solo y habla apasionadamente con la niña.

PASCUAL

A la niña.

¡Tú eres más bonita que todas... y no serás loca como ellas... y serás feliz... y no querrás á nadie que no se lo merezca... porque aquí está Pascual para impedirlo!

Mientras aún està hablando cae el telón.

FIN

LOS ROMANTICOS

COMEDIA EN CUATRO ACTOS

Basada en las *Scènes de la vie de bohême* de Henri Murger.

Estrenada por la Compañía de Margarita Xirgú.

PERSONAJES

MIMI
MUSETTE
FELICIA
RODOLFO
MARCELO
COLLINE
SCHAUNARD
PABLO
ALEX
MR. LEON
UN COBRADOR

ACTO PRIMERO

Habitación modestísima y aguardillada, con las paredes completamente desnudas. Cortando en línea oblicua uno de los ángulos, un gran ventanal, á través del cual se ven los tejados de las casas próximas. A la derecha, en primer término, la chimenea, sin lumbre. En el fondo la puerta de entrada, pequeña. A la izquierda, en el fondo, una cama, medio oculta por un biombo. Un armario. Una mesa con libros, papeles y dos candeleros. Un sillón y una silla. Todos los muebles modestísimos. Es la habitación de Rodolfo. Anochece.

ESCENA PRIMERA

RODOLFO y COLLINE

Rodolfo, sentado, escribiendo, y Colline, sentado en el sillón, fumando su pipa, junto á la chimenea.

COLLINE

¿Qué haces?

RODOLFO

Poesía íntima. ¿Y tú?

COLLINE

Yo estoy soñando.

RODOLFO

¿Con qué?

COLLINE

¿Con qué va uno á soñar cuando es joven y hay estrellas en el cielo y canciones en el aire?

RODOLFO

Habla en prosa.

COLLINE

Sueño con una mujer.

RODOLFO

¿También tú?

COLLINE

¿Cómo también yo? Eso es decir que tú...

RODOLFO

Sí; estoy enamorado.

COLLINE

¿Desde cuándo?

RODOLFO

Me ha entrado de repente, como un dolor de muelas... en el corazón.

COLLINE

¿Y de quién?

RODOLFO

No lo sé: de una mujer que sea para mí toda la poesía. La presiento; será pálida, con manos de reina, con boca de risa; le daré una aureola

de rimas y le pondré un collar de lágrimas al cuello.

COLLINE

A ella le gustaría más un sombrero ó unos zapatos de charol.

RODOLFO

No me amargues el sueño con la prosa de tu filosofía. Presiento que me aguarda una gran pasión.

COLLINE

¡Ya; un amor en diez tomos!

RODOLFO

Un poema lírico con noches de luna, con puestas de sol, citas bajo los árboles, suspiros, celos... Necesito abrazar, abrazar algo; tengo el corazón en ayunas hace tanto tiempo...

COLLINE

¿Sólo el corazón? ¿Cuántos meses llevamos sin almorzar dos días seguidos?

RODOLFO

Y estamos en un día inmoral, escandaloso; debe ser San Cupido.

COLLINE

Es Nochebuena.

RODOLFO

Llevo doce horas sin ver otra cosa que parejas enamoradas. Me levanto, me pongo á traba-

jar: á través del tabique oigo á los vecinos que se arrullan escandalosamente. Huyo: en la escalera Marcelo y Musette se besan. En el portal un galán abraza á la portera.

COLLINE

Hay momentos en que hasta las porteras se vuelven mujeres.

RODOLFO

Entro en el Luxemburgo: en los senderos, figuras misteriosas huyen en busca de la sombra; la estatua de Hércules le dice madrigales á una ninfa de los alrededores; el cisne del estanque nada á toda prisa, en busca de su Leda; al salir oigo una música sentimental que me parece la Marsellesa del amor. Siento que en el corazón me nacen elegías; soy mitad cordero, mitad tórtola; balo, arrullo; mírame bien.

COLLINE

¿Qué has bebido?

RODOLFO

Nada, por desgracia. Ayúdame á buscar una mujer.

COLLINE

¡Pobre de mí!

RODOLFO

Sí; con ojos azules y guantes blancos.

COLLINE

¡No pides tú poco! Ojos azules, no digo que no; pero guantes... son demasiado caros. En fin; buscaremos; conozco una beldad de poco comer que acaso te convenga.

RODOLFO

Me parece bien. Vamos á buscarla y le dices que la amo.

COLLINE

¿Por qué no se lo dices tú?

RODOLFO

No, no; en todas mis novelas de amor los amigos se encargan de escribirme el prólogo; yo no sé nunca por dónde empezar.

COLLINE

Con tal de que sepas cómo concluir...

Llaman ruidosamente á la puerta.

ESCENA II

DICHOS, MUSETTE y MARCELO

MUSETTE

¿Se puede entrar?

RODOLFO

Adelante.

MARCELO

¿Dónde vais?

COLLINE

Al baile. Rodolfo tiene mal de amor y quiere que le busque una novia.

MARCELO

¿Mal de amor? Esto es una epidemia.

MUSETTE

Suspirando.

¡Una epidemia!

COLLINE

¿Qué dices?

MARCELO

Nos ocurre una cosa muy grave.

MUSETTE

Gravísima; pero nosotros nos tenemos la culpa; no hemos tomado bastantes precauciones, y éste es el resultado.

RODOLFO

Pero ¿qué es ello?

MARCELO

Ocurre que Musette y yo acabamos de hacer un descubrimiento terrible: ¡nos amamos!

RODOLFO

¿Es posible?

COLLINE

¿Y cómo os habéis enamorado?

MARCELO

No sé; durmiendo.

COLLINE

Me parece que no.

RODOLFO

Pruebas, necesito pruebas. Creo que exageráis el peligro.

MARCELO

¡Ay, no! Los síntomas son mortales; no nos podemos sufrir con paciencia...

MUSETTE

Y no nos podemos separar.

RODOLFO

Entonces, hijos míos, no cabe duda; habéis querido jugar con el amor y habéis perdido ambos. ¿Qué piensas de esto, filósofo?

COLLINE

Siempre en tono sentencioso.

No me coge de susto: el amor es un juego de azar; el que se acerca se prende; pero no conviene que el hombre viva solo.

ESCENA III

DICHOS, SCHAUNARD y FELICIA

FELICIA

Entrando como un torbellino.

¡El aguinaldo, el aguinaldo! Esta noche es Nochebuena. ¡Qué serios están ustedes! ¿Qué pasa?

RODOLFO

Pasa que Marcelo está chiflado por Musette; la tiene un amor de treinta y seis quilates.

FELICIA

¡Pobre muchacho; él, que es tan celoso!

RODOLFO

Y por su parte Musette está loca por Marcelo, y no quiere separarse de él.

FELICIA

¡Pobre muchacha; ella, que tiene tan buen apetito!

MARCELO

¿Quién iba á figurarse que de tan poca cosa iba á nacer una pasión?

COLLINE

Todo está en todo: los arroyuelos forman ríos; las sílabas, versos; las montañas están hechas de granos de arena... .

SCHAUNARD

Y el amor es el choque de dos caprichos.

MARCELO

Pero si disputamos todos los días...

SCHAUNARD

Nosotros llevamos dos calendarios peleándonos de día y de noche; así es como se eternizan los matrimonios.

RODOLFO

No hay mas que resignarse.

FELICIA

Y celebrarlo.

MUSETTE

Felicia tiene razón; demos una fiesta é invitémonos á nosotros mismos.

FELICIA

Redacta el programa, Rodolfo.

COLLINE

Justo; esta noche hay que hacer un extraordinario.

RODOLFO

Es verdad.

MARCELO

¿Qué vamos á tomar?

SCHAUNARD

Pidamos cosas sobrenaturales.

COLLINE

Estas señoras son las que deben decidir el orden y la marcha de las libaciones.

MUSETTE

A mí me gustaría beber champagne.

MARCELO

¿Estás loca? En primer lugar, el champagne no es vino.

COLLINE

Porque el primer deber del vino es ser rojo.

RODOLFO

Que se ha sentado á la mesa y escribe.

Rechazado el champagne.

MUSETTE

Lo siento; á mí me gusta porque hace ruido.

FELICIA

Yo quisiera un vino de esos que traen en un cestito con muchas telarañas.

SCHAUNARD

¿Has perdido la cabeza?

FELICIA

No, pero quiero perderla.

COLLINE

Ya que estamos de humor, gastemos cien mil francos. Por una vez, ¿quién lo va á saber?

MARCELO

¡Qué sorpresa se va á llevar el dueño del café!

RODOLFO

Hoy no se quejará de que le hacemos poco gasto.

MUSETTE

Yo tengo un hueco en el estómago; me gustaría comer jamón.

FELICIA

Y á mí sardinas con manteca.

MUSETTE

Y rábanos... con un poco de carne alrededor.

SCHAUNARD

Decid de una vez que queréis cenar.

MUSETTE y FELICIA

No nos vendría mal.

COLLINE

Sí; entreguémonos á un festín espléndido: debemos á estas damas la más estricta obediencia; el amor vive de abnegación; el vino es el jugo del plaçer; el placer es el deber de la juventud;

las mujeres son flores y hay que regarlas. ¡Reguemos!

RODOLFO

Levantándose y leyendo.

Programa de la fiesta. A las siete: Apertura de los salones; conversación viva y animada. A las ocho: El señor Schaunard, distinguido artista, ejecutará al piano una sinfonía...

SCHAUNARD

Eso del piano es una figura retórica.

RODOLFO

»A las nueve: Primera lectura de la Memoria sobre la abolición del drama histórico. A las nueve y media: Se pasará al buffet. Helados, trufas, salmón, faisán, langosta, postres variados, licores...

MUSETTE

Falta el café.

COLLINE

Señora, el café es originario de la Arabia, donde fué descubierto por una cabra; su uso pasó á Europa; Voltaire tomaba setenta y dos tazas al día; á mí me gusta sin azúcar, pero muy caliente.

RODOLFO

¡Silencio! A las diez: El señor Rodolfo, poeta, contará sus primeros amores; el señor Schaunard le acompañará al piano...

Todos protestan.

A las once: Segunda lectura de la Memoria sobre la abolición del drama histórico. A las doce: El señor Colline, desnudándose modestamente, imitará los juegos atléticos de la cuarta Olimpiada. A las dos: Empezará el baile, que se prolongará hasta el amanecer. A las seis: salida del sol y coro final.—Nota: Durante toda la fiesta funcionarán los ventiladores.—Otra: Toda persona que intente leer ó recitar versos será inmediatamente arrojada del salón y entregada á la policía.—Se suplica á los concurrentes que no se lleven los cabos de vela.—Nota final: La vida es corta.

TODOS

¡Bravo, bravo!

SCHAUNARD

Pero ese es un programa pantagruélico y que nos va á costar un dineral.

RODOLFO

¡Bah! Unos trescientos francos.

MARCELO

La única dificultad para su ejecución está en que no tenemos un céntimo.

COLLINE

A ver ese programa.

Leyéndole.

«Helados». ¡Vaya un capricho! «Helados». Suprimidos. Los invitados que los deseen pueden traerlos de su casa. «Salmón, faisán, langosta...»

SCHAUNARD

La langosta es un mito.

COLLINE

Sustituyamos estos animales inverosímiles por un surtido de fiambres. «Trufas». Las trufas serán reemplazadas por la mayor cordialidad. Resumen: alimentos, diez francos; bebidas, otros diez; total, veinte. Con veinte francos se salvó la patria. Y ahora nieguen ustedes mis dotes de economista. ¿Se aprueba por unanimidad?

TODOS

Aprobado.

RODOLFO

¿Y quién va en busca de todo esto?

MARCELO

Echémoslo á suertes: uno, dos, tres... ¡Colline!

COLLINE

Perfectamente; vengan los veinte francos.

TODOS

Mirándose unos á otros.

¡Veinte francos!

RODOLFO

A Colline.

¿Sabes tú si nos queda dinero en casa?

COLLINE

Ni en casa ni fuera.

MUSETTE

Pues la fiesta no se puede suspender.

FELICIA

¡Imposible!

SCHAUNARD

Llegó la hora de apelar á los recursos supremos.

COLLINE

Busquemos en los muebles, en los sillones. Dicen que en tiempo de Robespierre los emigrados escondían en ellos sus tesoros. ¡Quién sabe! Acaso este sillón habrá pertenecido á algún emigrado.

MARCELO

Ese es un recurso de *vaudeville.*

COLLINE

Muy duro está; seguramente tiene metales dentro.

Buscando.

¡Nos hemos salvado!

TODOS

Acercándose.

¿Qué?

COLLINE

Estaba seguro de que aquí se ocultaban caudales. Mirad.

MUSETTE

¿Qué es eso?

COLLINE

Una moneda.

SCHAUNARD

Con tristeza.

¡Carlovingia!

FELICIA

Si está llena de cardenillo...

COLLINE

Tiene valor artístico: en la inscripción, felizmente conservada, se lee la fecha del reinado de Carlomagno; lo menos vale...

MARCELO

Ochenta céntimos.

COLLINE

Ochenta céntimos bien empleados dan mucho de sí. Corro á cambiarla á casa del judío de la esquina. Si hubiese por ahí algo más que empeñar... *Todos buscan.*

MUSETTE

Un pantalón escocés.

FELICIA

Un sombrero gris.

SCHAUNARD

Una corbata encarnada.

MARCELO

Un guante que fué blanco.

MUSETTE

Otro, negro.

COLLINE

Bueno; diré que son dos guantes negros.

FELICIA

Una bota.

SCHAUNARD

Otra bota.

COLLINE

¡Fatalidad! Las dos del mismo pie.

RODOLFO

En sacándoles lustre no se nota.

COLLINE

¿No hay más?

RODOLFO

No hay más.

COLLINE

En marcha.

TODOS

En marcha.

RODOLFO

Quedan ustedes invitados para las siete en punto. Mientras las señoras hacen su *toilette* y

el señor Colline busca los comestibles, adornaré el salón.

Salen todos menos Rodolfo. En la escalera se oye cantar á Musette.

ESCENA IV

RODOLFO y MIMÍ

Rodolfo solo. Pasea un momento, mira por la ventana y se sienta á la mesa, disponiéndose á escribir.
Mimí aparece en el hueco de la puerta, que ha quedado entreabierta, y da dos golpecitos en ella.

RODOLFO

¿Quién? Adelante.

MIMÍ

Usted dispense.

RODOLFO

Señorita...

MIMÍ

Perdone usted... Usted, sin duda, no me conoce.

RODOLFO

No la conozco á usted, pero estoy dispuesto á adorarla.

MIMÍ

¿Tan pronto?

RODOLFO

Hace una eternidad. ¿Por qué tiene usted los ojos azules?

MIMÍ

¿Le gustan á usted los ojos azules?

RODOLFO

Y las manos blancas. Permítame usted que le bese las manos... en la persona de sus mejillas.

MIMÍ

Caballero, va usted muy de prisa.

RODOLFO

Es para llegar antes.

Mimí finge enfadarse y va hacia la puerta.

¡Cómo! ¿Se aleja usted, cruel, sin decirme siquiera á qué debo el honor de su visita?

MIMÍ

Es verdad. Yo, señor...

RODOLFO

Rodolfo.

MIMÍ

¿Se llama usted Rodolfo? Yo me llamo Lucía; pero me llaman Mimí, no sé por qué.

RODOLFO

¡Mimí!

MIMÍ

Soy vecina de usted.

RODOLFO

Trágicamente cómico.

¡Y yo no lo sabía!

MIMÍ

Es natural: no hace mas que dos horas que he alquilado la habitación de la derecha; subía para tomar posesión de ella, y en la escalera una corriente de aire me ha apagado la luz. No tenía cerillas; he pensado en bajar á buscarlas.... pero como hay seis pisos...

RODOLFO

Seis pisos. ¡Ay de mí!

MIMÍ

Y he visto aquí luz... he pensado: entraré... ¿Quiere usted permitirme que encienda?

RODOLFO

Precipitándose sobre su vela.

Con muchísimo gusto.

Al acercarse á Mimí, la corriente de aire apaga también la vela de Rodolfo. Los dos tropiezan y se ríen; al choque se cae la vela y la llave que Mimí tiene en la mano.

MIMÍ

¡Ay, mi llave!

RODOLFO

¿Dice usted?

MIMÍ

¡Qué fastidio! Dispense usted tanta molestia y tenga usted la bondad de encender la luz para buscar la llave que se me ha caído.

RODOLFO

Inmediatamente. ¡Ah!

MIMÍ

¿Qué pasa?

RODOLFO

Otra complicación: no tengo cerillas; he gastado la última para encender la luz hace un momento. ¿Qué hacer?

MIMÍ

Busquemos.

RODOLFO

Busquemos.

Los dos buscan la llave. Rodolfo la encuentra y la coloca lejos de Mimí.

MIMÍ

¿Y cómo entro yo en mi cuarto sin llave?

RODOLFO

La luna está escondida entre las nubes, pero va á salir dentro de un momento y nos ayudará en nuestras pesquisas. ¿Quiere usted que esperemos á que salga?

MIMÍ

¡Qué remedio! Esperemos.

Se acercan á la ventana. Pausa.

¿Es usted artista?

RODOLFO

Para servir á usted.

MIMÍ

¿Pintor?

RODOLFO

Poeta.

MIMÍ

Me alegro.

RODOLFO

Yo también.

MIMÍ

¿Y hace usted versos?

RODOLFO

¿Le gustan á usted los versos?

MIMÍ

Mucho, cuando son cortos y hacen reir.

RODOLFO

Es usted alegre...

MIMÍ

Tengo veinte años.

RODOLFO

¿Y no ha llorado usted nunca, nunca?

MIMÍ

No he tenido tiempo. ¿Y usted?

RODOLFO

Algunas veces.

MIMÍ

¿Muchas?

RODOLFO

Siempre que he querido mucho á una mujer.

MIMÍ

A mí no me gustan los amores tristes.

RODOLFO

¿Qué hace usted cuando quiere?

MIMÍ

Querer... y reirme.

RODOLFO

Pues ríase usted.

MIMÍ

¿Para que usted llore?

RODOLFO

Para lo que usted quiera.

MIMÍ

Tiene gracia... Ahora no me puedo reir; me ha contagiado usted la melancolía.

Pausa.

Mucho tarda la luna; bien escondida está; ahora se ve un poco detrás de aquella nube... ya sale... se ha escondido otra vez...

RODOLFO

¿Le gusta á usted la luna, Mimí?

MIMÍ

Sí, pero me gusta más el sol.

RODOLFO

Porque es alegre como usted.

MIMÍ

Y porque cuando sale dan tantos deseos de estar contenta y de cantar y de hacer locuras, y porque cuando está una trabajando y entra por la ventana da un calor tan suave en las manos... Yo siempre tengo las manos frías.

Rodolfo le coge las manos.

¿Qué hace usted?

RODOLFO

Tiene usted unas manos admirables, Mimí.

MIMÍ

¡Oh! Son muy pálidas.

RODOLFO

Le besa las manos; ella hace ademán de retirarlas.

No me las quite usted. Con las manos juntas se entiende uno mejor cuando habla.

MIMÍ

¿De veras?

RODOLFO

Pregúnteselo usted á su corazón.

MIMÍ

No me dice nada.

RODOLFO

Porque se calla para oir al mío, que le dice sus sueños.

MIMÍ

¿Usted sueña despierto?

RODOLFO

¿Usted no?

MIMÍ

Pocas veces. No me gusta soñar, porque siempre, cuando despierto y veo que toda aquella dicha era mentira, me pongo triste.

RODOLFO

Cuénteme usted sus sueños, Mimí.

MIMÍ

¿Quiere usted ponerlos en verso?

RODOLFO

Acaso.

MIMÍ

Pues empiece usted á buscar consonantes color de rosa. Mi sueño grande, grande, el que

más me alegra cuando le estoy soñando y más pena me da cuando me despierto, es un traje de seda.

RODOLFO

Desilusionado.

¿Cómo?

MIMÍ

Color de rosa, ya se lo he dicho á usted; con muchas cintas y muchos encajes, con muchos volantes para hacer fru-fru, con un sombrero de paja de Italia con flores y una pluma...

Hace un ademán que indica inmensidad.

¡oh, las plumas!, tan suaves, tan blancas, tan ligeras... y un manguito de piel para no tener ya nunca, nunca frío en las manos, y para hundir la cara y encontrarle tan tibio, para jugar con él como con un gato. ¿Le gustan á usted los gatos? Yo me muero por ellos. Tengo uno rubio, rubio que se llama Mimí como yo. ¡Qué serio está usted! ¿En qué está usted pensando?

RODOLFO

En una noche con estrellas y en un lago con luna, adonde quisiera que su sueño la hubiese llevado á usted.

MIMÍ

¿Por qué no? El estar bien vestida no impide pasear, que yo sepa, en las noches de estrellas á la orilla del agua; además, la seda color de

rosa debe estar muy bonita á la luz de la luna. ¿Dónde está ese lago que usted dice?

RODOLFO

¿Se atrevería usted á venir conmigo?

MIMÍ

Yo soy muy valiente.

RODOLFO

Pero yo soy muy pobre.

MIMÍ

No importa; yo también.

RODOLFO

Y aceptándome por compañero de viaje se expone usted á que su sueño color de rosa no llegue á ser nunca de seda.

MIMÍ

¡Qué le hemos de hacer! Esta mañana he visto en el bazar un percal precioso.

RODOLFO

Es usted adorable, Mimí.

MIMÍ

Pues adóreme usted.

RODOLFO

¿Usted me lo permite?

MIMÍ

Me resigno.

RODOLFO

Abrazándola.

Ya sabía yo que el amor rondaba mi barrio.

MIMÍ

¿Por eso había usted dejado la puerta abierta?

La escena se ilumina.

¡La luna!

En este momento Mimí ve la llave en el suelo, sonríe, y disimuladamente la esconde con el pie debajo del sillón.

¡Ah!

ESCENA V

DICHOS y COLLINE

COLLINE

Desde la puerta.

¡Bravo, bravo!

MIMÍ

¿Qué? ¿Quién?

RODOLFO

¡Ah! Es Colline.

Entra sin verlos, lleno de gozo; viene seguido de un mozo de café que trae comestibles, y de otro muchacho que trae un haz de leña. El trae un paquete y dos botellas, que deja sobre la mesa.

¡Provisiones! ¡Bujías! Pronto: unos candelabros.

Enciende dos velas. A los mozos, que se van.

Está bien.

Al cruzar la escena ve á Mimí; hace un gesto de asombro é inmediatamente una gran reverencia.

¡Señorita! *Se arrodilla junto á la chimenea.*

Encendamos la lumbre. ¡Qué susto se va á llevar la chimenea!

Se oye gran ruido en la escalera. Musette canta; los otros que vienen con ella hacen coro. Mimí hace un gesto de interrogación.

RODOLFO

Son mis amigos.

ESCENA VI

DICHOS: MUSETTE, FELICIA, MARCELO y SCHAUNARD

Entran todos y se callan de pronto al ver á Mimí.

RODOLFO

Cogiendo á Mimí de la mano.

¿Se sorprenden ustedes al encontrarme tan bien acompañado? *A Mimí.*

Permítame usted que haga las presentaciones La señorita Mimí... nuestra vecina.

SCHAUNARD

Precipitándose hacia Mimí.

Señorita, es usted hermosa como una flor silvestre.

MIMÍ

Riendo.

Gracias.

RODOLFO

Mi amigo Marcelo, pintor, muchacho de talento á quien el porvenir está bordando una casaca de académico.

MARCELO

¡Horror! Y la señorita Musette...

RODOLFO

Muchacha encantadora, que no tiene más defecto que el de dejar con demasiada frecuencia la llave puesta en la puerta de su corazón.

MARCELO

De lo cual no me quejo, porque así es como pude entrar yo en él un día de lluvia.

RODOLFO

Alejandro Schaunard, huérfano por vocación, pintor por gusto, músico por hacer algo y poeta para no hacer nada. Pasa la mitad de la vida buscando dinero para pagar á sus acreedores y la otra mitad huyendo de sus acreedores cuando ha encontrado el dinero.

SCHAUNARD

El retrato es parecidísimo, pero no pinta mas que la mitad de mi persona: permítame usted que le presente la otra mitad. Felicia...

RODOLFO

La señorita Felicia, mujer llena de abnegación... cuando ha comido.

COLLINE

Adelantándose.

Y Gustavo Colline, filósofo.

RODOLFO

Tesorero de nuestra asociación.

COLLINE

¡Una canongía!

RODOLFO

El hijo estudioso y soñador de la Bohemia.

MIMÍ

¿La Bohemia?

MARCELO

Sí, la nuestra: limitada al Norte por la esperanza, el trabajo y la alegría; al Sur por la pobreza y el valor; al Este y al Oeste por la calumnia y el hospital.

SCHAUNARD

La Bohemia somos nosotros.

MIMÍ

Entonces ¡viva la Bohemia!

RODOLFO

Nosotros, que no podemos dar dos pasos por el boulevard sin encontrar á un amigo.

COLLINE

Ni tres por ninguna parte sin tropezar con un acreedor.

SCHAUNARD

Que cuando llega el invierno, con los bolsillos llenos de catarros y las manos de sabañones, nos calentamos filosóficamente quemando las sillas.

MIMÍ

Eso se llama mudarse por la chimenea.

TODOS

Aplauden.

¡Bravo, bravo!

SCHAUNARD

Pero nuestro invierno tiene compensaciones.

TODOS

¡Oh!

SCHAUNARD

Estas señoritas son nuestra alegría: las adoramos como locos, y ellas acaso nos amasen siempre...

FELICIA

Si siempre no fuese tan largo.

MUSETTE

¡Y si los trapos no costasen tan caros!

MARCELO

Están á nuestro lado mientras tienen corazón, y se marchan en cuanto tienen cabeza.

MIMÍ

Señoras y caballeros...

TODOS

¡Atención! ¡Atención!

MIMÍ

Para corresponder á la cordialidad de ustedes, debo presentarme á mí misma. Me llamo Mimí; tengo veinte años... menos dos semanas; me levanto riendo y me acuesto cantando; me gusta el cielo azul, la música alegre, las rosas encarnadas, los besos, las fresas, los días largos y las noches alegres, el sol y el cariño; todo mi caudal son dos tazas de china y un gato rubio; todo el vino es bueno mientras tenga espuma y toda hora feliz mientras tenga risa. La vida es corta y no hay mas que una juventud. He dicho.

Aquí hay un estruendo de entusiasmo.

TODOS

¡Bravo! ¡Bien! ¡Admirable!

MIMÍ

Y puesto que la mesa está dispuesta, propongo que comience el festín

TODOS

A la mesa, á la mesa.

MIMÍ

Y me invito á mí misma, si ustedes quieren aceptarme.

Grandes señales de aprobación. Se acercan á la mesa.

FELICIA

Pero esto es magnífico. ¡Hay velas!

MUSETTE

Y jamón.

FELICIA

Y sardinas.

MUSETTE

Y rábanos... con carne.

MIMÍ

¡Y champagne!

MARCELO

De á dos francos la botella: es un saldo.

MIMÍ

¡Qué lástima que no esté *frappé!*

COLLINE

El champagne frappé necesita hielo; el hielo se forma por la condensación del agua, *aqua* en latín; el agua se hiela á cuatro grados, y

hay cuatro estaciones: primavera, verano, otoño é invierno.

MIMÍ

¡Lo que sabe este señor! Pero no hay sillas.

SCHAUNARD

Es verdad: no puede uno sentarse mas que moralmente.

MARCELO

En el corredor de la guardilla hay cuatro colgadas.

Salen precipitadamente Marcelo y Schannard.

MUSETTE

Serán de algún vecino.

RODOLFO

¡Qué importa!

Marcelo y Schannard vuelven con las sillas. Todos se sientan alrededor de la mesa.

COLLINE

Señores: antes de comenzar el banquete tributemos un homenaje de gratitud al buen emperador Carlomagno: su escudo me valió quince francos, y gracias á él...

TODOS

¡Bien por Carlomagno!

COLLINE

Rodolfo: escancia un hemistiquio de champagne.

MIMÍ

¿Qué dice?

RODOLFO

Un hemistiquio quiere decir medio vaso. ¿Para qué lo quieres?

COLLINE

Para brindar por Carlomagno y por la Bohemia.

Rodolfo llena los vasos. Todos se levantan.

Señores: hay quien vive de su experiencia; nosotros queremos vivir de nuestra imaginación; hacemos de ella todo lo que nos pidan: triste, alegre, dramático...

SCHAUNARD

Sentimiento en ayunas y sainete después de comer.

RODOLFO

Nuestro capital está aquí.

Señala la frente con un gesto de orgullo.

Y aquí.

Señala el corazón.

COLLINE

Empresa soberbia, bajo la razón social inspiración y compañía.

MIMÍ

Capital: valor, amor, ingenio. Para nosotros todo el sol y todas las flores, porque tenemos veinte años y queremos vivir; para nosotros todas las canciones que hay en el mundo, porque sabemos querer y queremos. A vosotros los sueños, y á nosotras la risa; vuestros versos para nuestros ojos; nuestros besos para vuestra frente; el amor para todos y la alegría para el amor. ¡Viva la Bohemia!

Entusiasmo, aplausos, ruido.

CAE EL TELÓN RÁPIDAMENTE

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero.

ESCENA PRIMERA

MIMÍ y RODOLFO; después un COBRADOR

Mimí arregla un poco los trastos. Rodolfo pasea por la habitación.

RODOLFO

¿Sabes lo que he soñado esta noche? Que se me había muerto un tío y me había dejado en el testamento una provincia entera del Perú..., con peruanas y todo. ¿Qué te parece?

MIMÍ

Displicente.

Bien.

Llaman á la puerta.

RODOLFO

¿Quién? Adelante.

Entra un cobrador del Banco de Francia; al verle entrar, Mimí se acerca á la ventana y queda de espaldas al público, sin hacer caso de la escena.

¡Cielos, un polizonte! No: es un cobrador del Banco de Francia: ¡con un saco lleno! Comprendo, Mimí: es el principio de nuestra herencia: este hombre viene del otro mundo; pero ¿cómo no es negro?

COBRADOR

Caballero...

RODOLFO

Ya sé, ya sé. Póngalo usted ahí, encima de la mesa. Gracias.

COBRADOR

Si quiere usted enterarse de esto...

RODOLFO

Desea usted un recibo: es muy justo. Pronto, Mimí: una pluma, un tintero.

COBRADOR

No se moleste usted: vengo á cobrar.

RODOLFO

¿A cobrar?

COBRADOR

Una letra de ciento cincuenta francos. Hoy es 15 de Abril.

RODOLFO

Cogiendo la letra.

¡Ah!... A la orden de Birman, mi sastre.

Mirando alternativamente á su ropa y á la letra.

¡Ay! Las causas se van y los efectos vuelven. 15 de Abril..., es raro, todavía no he comido fresa.

COBRADOR

Hasta las cuatro de la tarde puede usted pagar.

El cobrador sale.

ESCENA II

MIMÍ y RODOLFO

RODOLFO

Para las gentes honradas todas las horas son buenas.

Mimí, apoyada en la ventana, canta á media voz.

Muy alegre estás, Mimí.

MIMÍ

¿Quisieras que estuviese triste?

RODOLFO

Bien sabes que no.

MIMÍ

¿Entonces...?

RODOLFO

Es que me sorprende oirte cantar. ¿Por qué cantabas?

MIMÍ

Figúrate que porque hace sol, y porque va á llegar la primavera.

RODOLFO

No es eso, Mimí.

MIMÍ

¿Qué te pasa?

RODOLFO

Eso pregunto yo.

Acercándose á ella.

¿Quieres ser sincera, sincera conmigo?

La coge las manos.

Mírame.

MIMÍ

Ya te estoy mirando.

RODOLFO

Pero no me ves.

MIMÍ

Si tú te empeñas...

RODOLFO

No, Mimí; no me empeño en nada mas que en quererte; díme que tú también me quieres todavía, que eres la de otras veces, la de siempre, la de los días buenos...

MIMÍ

¿Me creerías si te lo dijese?

RODOLFO

Yo siempre te quiero creer, pero tú no me dejas... ¡Hace tiempo que no te oigo reir!

MIMÍ

Sois graciosos los hombres. Hace un momento te molestaba que cantase; ahora me pides cuentas porque hace mucho tiempo que no me río. ¡No te entiendo!

RODOLFO

¡No te entiendo...!

MIMÍ

¿También eso te ofende?

RODOLFO

¿Has visto á Musette?

MUSETTE

Un momento. Como todos los días.

RODOLFO

Y ¿qué te ha dicho?

MUSETTE

Puedes figurártelo: que á Marcelo le han rechazado el cuadro, que anoche se acostaron sin cenar, y que hoy no se han desayunado. Nosotros tenemos más suerte: cenamos ayer...

RODOLFO

Y comeremos hoy.

MIMÍ

Con risa forzada.

¿Estás seguro?

RODOLFO

No te rías, Mimí.

MIMÍ

Lloraré.

Tose.

RODOLFO

¿Toses? ¿Estás peor? Y yo te estoy atormentando: perdóname.

MIMÍ

¿Para que vuelvas á empezar?

Con cariño.

Eres insoportable.

RODOLFO

Porque te quiero.

MIMÍ

¡Bonita manera de querer! Cuatro disputas en ocho días: celos por la mañana, sospechas por la tarde...

RODOLFO

Es que tengo miedo, Mimí.

MIMÍ

¿De qué?

RODOLFO

De la vida: tienes veinte años y París está lleno de escaparates.

MIMÍ

¡Qué gracia! ¿Te vuelves filósofo, como Colline?

RODOLFO

No lo sé: hace unos días noto en ti algo extraño: te pasas la vida en la calle.

MIMÍ

¡Hace tanto frío dentro de casa!

RODOLFO

¡Mimí!

MIMÍ

Si no te echo la culpa: contigo no se puede hablar... Mira qué frías tengo las manos.

Le coge las manos.

¡Ay, qué calor! Dices que no te quiero, ingrato...

Mirándose las manos sin separarlas de las de Rodolfo.

Mira, esta raya que sube por aquí quiere decir cariño: figúrate si es larga, larga... Esta otra significa alegría: ya ves si voy á estar alegre en este mundo. Esta que baja es la de la vida: cortita es, pero... ¿qué le haremos? Me moriré pronto...

RODOLFO

No digas tonterías.

MIMÍ

Pero seré feliz. ¿A ver tú? Te has puesto otra vez serio porque te he dicho que me voy á morir. No seas tonto: como si la muerte estuviese detrás de la puerta para entrar en cuanto se la nombra... Más voy á vivir que Matusalén. Ríete, hombre.

Tose.

RODOLFO

No, Mimí: te esfuerzas por parecer alegre. ¡Dios te lo pague! Pero yo no te conozco...

MIMÍ

¿Otra vez?

RODOLFO

Y sé que dentro de esa cabecita hay algo que es muy triste para mí.

MIMÍ

Bueno: dame un abrazo. ¡Ay, poeta loco!

Se abrazan.

¿Te quiero ó no te quiero? Responde.

RODOLFO

Hoy sí; pero mañana...

MIMÍ

Mañana es una estupidez del calendario, un pretexto que los locos como tú han inventado para no disfrutar en paz lo bueno que tienen. Mañana, mañana... ¡Quién te dice que mañana no nos aplasta á todos un terremoto! Hoy es la tierra firme: ¡disfrutémosla!

ESCENA III

DICHOS: MARCELO y MUSETTE

Se oye disputar en la escalera.

MIMÍ

¿Qué es eso?

RODOLFO

¿Qué pasa?

MIMÍ

¡Ah! Marcelo y Musette... que disputan.

Salen y vuelven al cabo de un instante, Mimí con Musette y Rodolfo con Marcelo, tranquilizándolos.

MIMÍ

Vamos, Musette...

RODOLFO

Un poco de filosofía.

MUSETTE

A Marcelo.

Eres un monstruo.

RODOLFO

¡Silencio! Sepamos el motivo.

MUSETTE

No hay motivo.

MARCELO

Estoy seguro de que Musette me engaña.

MUSETTE

Y haría muy bien. Esto no puede continuar...; se me ha olvidado de qué color es el dinero y á qué sabe la carne.

MARCELO

Ya tranquilo.

Estamos en Cuaresma.

MUSETTE

Y si esto continúa ocho días más voy á tenerte que pedir prestados unos pantalones para salir á la calle.

MARCELO

Tranquilízate: me deben once francos en una casa rica: si logro recobrarlos, los consagraré á comprarte una hoja de parra... de última moda.

MUSETTE

Pero, entretanto, mi único vestido se cae á pedazos.

MARCELO

Toma.

MUSETTE

¡Quince céntimos!

MARCELO

Todo lo que poseo: compra hilo y agujas y cósetele: con eso te instruirás deleitándote: *utile dulci.*

MUSETTE

Bueno: adiós.

MARCELO

¿Dónde vas?

MUSETTE

A ver un terciopelo que me han dicho que cuesta ocho francos el metro; es inverosímil de barato: hay que verlo.

Sale Musette.

MIMÍ

Se pone el sombrero.

Yo también me voy.

RODOLFO

Mimí...

MIMÍ

¿Qué quieres?

RODOLFO

¿Dónde vas?

MIMÍ

No lo sé: á cambiar de aire.

RODOLFO

¿Y si yo te pidiese que no salieras?

MIMÍ

Contrariada.

Me quedaría.

RODOLFO

Vete, vete: no me hagas caso.

MIMÍ

Alejándose.

Hasta luego.

RODOLFO

Deteniéndola.

¿Volverás pronto?

MIMÍ

Claro que sí. ¿Dónde quieres que vaya? Adiós.

Rodolfo la deja marchar; después de un momento se acerca á la puerta y la llama: «¡Mimí! ¡Mimí» Nadie responde.

ESCENA IV

RODOLFO y MARCELO

MARCELO

¡Pobrecillas! Con poco se contentan; pero hay que darles siquiera ese poco.

RODOLFO

Y desde hace algún tiempo las bellas artes y la literatura marchan que es un primor.

MARCELO

¿Estás melancólico?

RODOLFO

Casi, casi.

MARCELO

Te entiendo. No hay que hacerse ilusiones: antes de llegar á ser académicos, tenemos que comer mucho pan duro.

RODOLFO

Y no estamos solos.

MARCELO

Naturalmente: como el Creador nos ha hecho sensibles, cada uno de nosotros se ha buscado una cada una á quien ha ofrecido compartir su suerte..., y como aun viviendo con la más estricta economía, cuando no se tiene nada, es difícil ahorrar...

RODOLFO

¿Adónde vas á parar?

MARCELO

A ninguna parte; pero Mimí y Musette tienen razón: si después de ocho días de no cenar alguien les ofrece faisán esta noche, ¿tenemos el derecho de llamarlas traidoras?

RODOLFO

¡Ay, Mimí!

MARCELO

Siempre es un consuelo saber que le engañan á uno con una cena ó con un sombrero.

ESCENA V

DICHOS y el señor LEÓN

LEÓN

Entrando.

Buenos días..

RODOLFO

Señor León, buenos días. ¿A qué debo el placer de su visita?

LEÓN

Vengo á decirle á usted que hoy es 15 de Abril.

RODOLFO

¿Ya? Qué pronto pasa el tiempo: es extraño. Entonces tendré que comprarme un pantalón de entretiempo. ¡15 de Abril! Si no llega usted á venir se me olvida completamente. Le debo á usted el mayor agradecimiento.

LEÓN

Me debe usted también ciento sesenta y dos francos, y me parece que ya es tiempo de liquidar la cuentecita.

RODOLFO

A mí no me corre prisa ninguna. No se moleste usted, señor León. Tome usted todo el tiempo que quiera: la cuentecita irá creciendo y...

LEÓN

Es que ya hemos esperado bastante.

RODOLFO

Entonces liquidemos, liquidemos, señor León: me da lo mismo hoy que mañana. Además, todos somos mortales...; liquidemos. ¿Cuánto le debo usted?

LEÓN

Primeramente tres meses de alquiler á 25 francos: total, 75.

RODOLFO

Salvo error. ¿Qué más?

LEÓN

Más tres pares de botas á 20 francos.

RODOLFO

Un momento, un momento, señor León. Esa cantidad no corresponde á la cuenta del casero, sino á la del zapatero: necesito factura aparte: los números son cosa seria.

LEÓN

Está bien: haremos factura especial para el calzado: tres pares de botas á 20 francos, total, 60. Además le he prestado á usted...

RODOLFO

¡Alto ahí! Ese dinero me lo ha prestado usted como amigo: salgamos de los dominios del calzado y entremos en los de la confianza y la amistad, que también exigen cuenta aparte. ¿Cuánto vale mi amistad para usted?

LEÓN

27 francos.

RODOLFO

Barato compra usted un amigo. En fin, acabemos: 75, 60 y 27. ¿Total?

LEÓN

162 francos.

MARCELO

¡Qué cosa tan admirable es la suma!

RODOLFO

Siendo así, puesto que hemos liquidado y sabemos á qué atenernos, podemos dormir tranquilos. El mes que viene volveré á pedirle á usted el recibo, y como de aquí á entonces nuestra amistad y la confianza con que usted me honra no habrán podido menos de aumen-

tar, podrá usted concederme una nueva prórroga, si es necesaria. Y si el casero y el zapatero tuvieran en usted demasiada prisa, suplicaré al amigo que les haga entrar en razón. Es extraordinario, señor León: siempre que pienso en su triple carácter de usted de casero, zapatero y amigo, me dan ganas de creer en la Santísima Trinidad.

LEÓN

Caballero: no estoy dispuesto á consentir que se burle usted de mí. Me parece que ya he esperado bastante: puede usted buscar otra habitación, y si esta misma noche no he recibido el dinero, veré lo que tengo que hacer.

RODOLFO

¡El dinero, el dinero! ¿Y si no le tengo?

MARCELO

Y aunque le tuvieras harías muy mal en dársele: es martes.

LEÓN

Lo dicho. Ya lo sabe usted.

RODOLFO

Dando al señor León un saquito vacío que se ha dejado encimadela mesa.

¡Eh! Señor León: que se le olvida á usted el saco.

LEÓN

¡Qué oficio! Preferiría pasarme la vida domando leones.

Sale.

ESCENA VI

RODOLFO y MARCELO; después COLLINE

RODOLFO

Esto no puede seguir así: tengo que marcharme á la calle: la invasión va á durar todo el día: es preciso huir.

MARCELO

Y almorzar.

RODOLFO

Iremos á casa de Colline, nos invitaremos á su mesa y le pediremos que nos preste algo.

MARCELO

Con cien francos acaso tendríamos bastante.

RODOLFO

Vamos.

Entra Colline.

MARCELO

¡Ah, Colline!

RODOLFO

¡Eres tú!

COLLINE

Hoy no se puede dar un paso: las calles están empedradas de acreedores. Buenos días. Vengo á que me des de almorzar.

RODOLFO

En mala hora llegas. Mimí ha salido y no sé cuándo volverá.

MARCELO

En este momento íbamos á tu casa á pedirte lo mismo.

COLLINE

Entonces préstame cien francos.

RODOLFO

¿Tú también vienes à pedirme dinero? Te unes á mis enemigos.

COLLINE

Te lo devolveré el lunes.

MARCELO

No te acuerdas en qué día vivimos.

RODOLFO

No puedo servirte; pero no hay que desesperar; aún puede que tropieces con la Providencia, que nunca se levanta antes de las doce.

COLLINE

¡Ay! La Providencia tiene bastante que hacer con alimentar á los pajaritos. Iremos á buscar á Schannard.

Llaman.

ESCENA VII

DICHOS y SCHAUNARD

SCHAUNARD

Entrando.

Aquí me tenéis.

COLLINE

Mala cara traes.

SCHAUNARD

Hace quince días que estoy en Semana Santa.

MARCELO

Nosotros también.

SCHAUNARD

¡Demonio! Lo siento. Yo que venía...

MARCELO

¿A pedirnos cien francos?

SCHAUNARD

Precisamente.

COLLINE

Vives en plena fantasía. Venir á pedirnos esa cantidad mitológica en una época en que está uno pasando el Ecuador de la necesidad. Tú has almorzado hatchich.

SCHAUNARD

No he almorzado nada.

MARCELO

¡Las doce! La campana con su voz piadosa llama á la humanidad al refectorio.

RODOLFO

En efecto: es la hora solemne en que las personas decentes pasan al comedor.

COLLINE

No estaría de más que tratásemos de convertirnos en personas decentes.

SCHAUNARD

¡Ay! Las cuatro comidas de mi infancia, ¿qué se hicieron?

MARCELO

Y pensar que á estas horas hay en París más de cien mil chuletas en la parrilla.

RODOLFO

Y otros tantos beefsteaks.

SCHAUNARD

Y que hay gentes impías que comen pavo trufado sin arrodillarse ante él.

COLLINE

El viento sopla al Norte: hoy no almorzaremos: los elementos se oponen.

MARCELO

¿Por qué?

COLLINE

Es una observación atmosférica que he hecho: el viento Norte significa casi siempre abstinencia, y el viento Sur placer y buena mesa. Es lo que la filosofía llama «avisos del cielo».

Rodolfo se ha quedado un poco triste junto á la chimenea sin lumbre.

SCHAUNARD

A Rodolfo.

¿Qué meditas, poeta?

MARCELO

Melancolías. Corren aires de divorcio: Musette sueña á voces con encajes y pieles, y Mimí...

SCHAUNARD

Comprendo. Historia Universal.

COLLINE

¿También Felicia?

SCHAUNARD

Sí. Felicia ha encontrado un alma ingenua que le ha ofrecido su corazón, muebles de caoba y una sortija de sus cabellos rojos..., y, naturalmente...

RODOLFO

Y tú te resignas...

SCHAUNARD

¡Qué remedio! Es la conclusión inevitable.

COLLINE

La conclusión es el término del discurso, como el amor es el término de la vida, y el matrimonio el término del amor.

SCHAUNARD

Aforunadamente, todo esto durará poco. Seremos ilustres, seremos ricos.

MARCELO

Cierto. ¡La gloria y la riqueza nos esperan!

COLLINE

Pero entretanto el tiempo pasa.

RODOLFO

Y Mimí no vuelve.

SCHAUNARD

Y aquí no hacemos nada de provecho: la

Fortuna aborrece los quintos pisos. Si fuésemos á buscarla al boulevard...

COLLINE

Tienes razón.

MARCELO

¿Vienes, Rodolfo?

RODOLFO

Me quedo: id vosotros.

SCHAUNARD

En marcha.

COLLINE

Hasta luego.

Salen Colline, Marcelo y Schannard. Un momento después se oyen los saludos de los que salen y Mimí, á quien se supone que encuentran en la escalera.

ESCENA VIII

MIMÍ y RODOLFO

Mimí entra muy vivamente: trae un lindísimo chal y viene muy alegre.

RODOLFO

¡Ah! Eres tú.

MIMÍ

Yo. Si vieras..., hace un día hermoso, con un sol y un airecito más tibio... Anda, anímate, y damos un paseo.

Rodolfo señala á la mesa.

¿Papelotes? No, no: hoy no se escriben versos, se viven.

RODOLFO

Lleno de esperanza.

¿Estás contenta de verdad, Mimí?

MIMÍ

¿No lo ves? Contentísima.

RODOLFO

¿Por qué?

MIMÍ

Tapándole la boca con la mano.

¿A ti qué te importa? Porque sí, porque quiero, porque lo estoy ¡ea! Alégrate tú.

RODOLFO

Gracias, gracias, Mimí: si supieras... tenía una angustia tan grande, pensaba...

Se detiene de pronto al acercarse para cogerle las manos.

MIMÍ

¿Qué te pasa? ¿Qué miras? ¡Ah! Mi chal. Qué bonito es ¿verdad? De crespón de seda.

RODOLFO

¿De dónde le has sacado?

MIMÍ

¿No te gusta?

RODOLFO

¿Quién te ha dado ese chal?

MIMÍ

¡Qué curioso eres!

RODOLFO

¡Mimí!

MIMÍ

No te lo digo, vaya.

RODOLFO

Está bien.

MIMÍ

¡Ay! qué tonto... Me lo ha dado una amiga... Sidonia; es decir, me lo ha prestado, sólo para esta tarde... más roñosa es... figúrate que no quería dejármele... y yo empeñada en ponerme elegante para dar un paseo contigo.

RODOLFO

Sidonia... Sidonia...

MIMÍ

He almorzado con ella.

Mimosa.

Pero no quería decírtelo, porque como no quieres que vaya á su casa...

RODOLFO

¿De veras?

MIMÍ

Creo que no tengo para qué mentir.

RODOLFO

Y sin embargo, mientes.

MIMÍ

Estás hoy muy galante.

RODOLFO

¿Quieres que te diga quién ha comprado ese chal?

MIMÍ

Me gustaría saberlo.

RODOLFO

¿Te gustaría?

MIMÍ

Sí: ya que estás tan bien enterado...

RODOLFO

Eso que estás haciendo es una infamia.

MIMÍ

¿Tragedia tenemos?

RODOLFO

Porque tú lo quieres.

MIMÍ

¿Yo? Me gusta la desfachatez. Me levanto

hoy alegre... que ya es levantarse, cuando sabe una desde la víspera que no se va á desayunar.

RODOLFO

¡Eres cruel!

MIMÍ

Estoy en mi derecho... me parece. Me pongo á cantar: el señor se enfada: hago mi escena de cariño...

RODOLFO

Más vale que no sigas.

MIMÍ

Como quieras: tú te lo pierdes: has de saber que hoy podía ser uno de esos días buenos que tú dices; hoy estaba yo alegre; hoy nos hubiéramos querido como á mí me gusta... riéndonos desde la mañana á la noche, sin pensar en ayer ni en mañana.

RODOLFO

Yo siempre pienso en mañana cuando pienso en nuestro cariño.

MIMÍ

Yo no.

RODOLFO

Haces mal.

MIMÍ

Hago bien. Quién sabe si mañana nos querremos.

RODOLFO

Entonces es que tú no me has querido nunca.

MIMÍ

Cuando tú lo dices...

RODOLFO

¡Mimí!

MIMÍ

Burlándose.

¡Rodolfo! ¡Ja, ja, ja!

RODOLFO

Descompuesto.

¿De qué te ríes?

MIMÍ

De ti... naturalmente.

RODOLFO

Está bien; ríete, síguete riendo... ¿Tienes bastante?

MIMÍ

Cariñosa.

No, no tengo bastante... ni tú tampoco. A ver esos ojos: ¡ay qué cara tan fúnebre! Mírame á mí: ¿por qué no estás alegre como yo?

RODOLFO

Porque tu alegría de hoy me insulta.

Ella le mira con asombro.

MIMÍ

¿Qué dices?

RODOLFO

Sí, porque no soy yo la causa de ella.

MIMÍ

¿Y á ti qué te importa la causa si eres tú quien la gozas?

RODOLFO

¡Mimí!

MIMÍ

Sí, hijo, sí: yo no puedo, no puedo entender esas cavilaciones tuyas.

RODOLFO

No son cavilaciones.

MIMÍ

Son celos. ¡Ja, ja, ja¡... ¡Celos! ¿Los tengo yo de ti?

RODOLFO

Tú no tienes motivo.

MIMÍ

¡Motivo...¡ Vamos á ver, ¿qué te han contado?

RODOLFO

No me han contado nada.

MIMÍ

Pero lo sabes tú sin que te lo cuenten. Mírame bien, así, de frente; que te lea en la cara los pensamientos; yo soy un poco bruja. Veo, veo...

RODOLFO

Acaba de una vez.

MIMÍ

¡Ay, qué mal genio! Veo á un vizconde rubio, guapo, buen mozo...

RODOLFO

Cállate.

MIMÍ

Buen mozo, con monocle, con bastón de junco y puño de marfil, con un frac avellana. ¡Ay, Rodolfo, si tuvieses tú un frac como ése!

RODOLFO

¿Quieres volverme loco?

MIMÍ

Mírame. Con un tronco de caballos magnífico... y una berlina azul... y un cochero... ¡Ay¡ Veo que este vizconde adora á la señorita Mimí...

Rodolfo hace un gesto de furiosa impaciencia; ella le coge las manos y le sujeta mimosamente.

La escribe cartas...

RODOLFO

¿Cartas?

MIMÍ

Sí: cuatro ó cinco; luego las leerás para que me digas si están bien escritas; la sigue en la calle, la envía un chal de crespón de seda con su amiga Sidonia...

RODOLFO

Empujándola.

¿Lo ves?

MIMÍ

¿Qué? El me regala un chal y yo le acepto para ponerme guapa y marcharme á paseo contigo... ¡Peor para él! ¿Qué vas tú perdiendo con eso?

RODOLFO

¿Y qué vas tú ganando?

MIMÍ

El chal. ¡Qué tonto eres! Figúrate que una princesa de allá, del otro mundo, se volviese loca por ti, y que te regalase perlas y diamantes, y un palacio con negros... ¡Cómo nos íbamos á divertir! Iríamos al campo montados en un elefante; tú me darías todas las joyas, yo te daría tantos, tantos besos... y no tendría celos de seguro.

RODOLFO

¡Calla, calla!

MIMÍ

¿Qué te pasa?

RODOLFO

¿Pero es que tú no tienes sentido moral?

MIMÍ

¡Sentido moral! ¿Qué es eso?

RODOLFO

Tienes razón: más vale dejarlo.

MIMÍ

Ofendida é irónica.

¡Ay! No, no: tienes que explicarte. ¡Sentido moral...! Debe ser una cosa muy superfina, de duquesas reinantes ó poco menos... ¡Por el aire con que lo has dicho!

Pausa.

¡Pobre Mimí!

Pausa larga. Mimí se queda pensativa en un lado de la habitación; Rodolfo la mira; de pronto ella parece sacudir la preocupación con un lindo ademán.

¿Y se quiere más cuando se tiene ese sentido nuevo que tú dices?

RODOLFO

Se quiere mejor.

MIMÍ

¿Es decir, que se dan más abrazos, y que se tiene más alegría, y que vengan las penas que vengan basta para ser muy feliz con mirarse uno

en los ojos de otro y verlos contentos...? Entonces... también á ti te falta.

RODOLFO

No, Mimí: el sentido moral en amor consiste en ponerle tan alto que no pueda sufrirse ni aun la idea de mancharle con una infamia.

MIMÍ

Con una infamia... ¿Robar, por ejemplo?

RODOLFO

¿Serías tú capaz de robar?

MIMÍ

Por mi, no: por ti... puede. Pero ahora no se trata de eso.

RODOLFO

Sí, Mimí; porque lo que tú haces es como un robo: yo no tengo mas que tu cariño; si me le quitas, si les das por ahí...

MIMÍ

Mi cariño no se le doy á nadie.

RODOLFO

Es lo mismo: yo te quiero toda: corazón, pensamiento, cuerpo y alma.

MIMÍ

Pero si no tenemos que comer...

RODOLFO

Tristemente.

Tienes razón, sí, tú eres la que tienes razón: yo no puedo exigir lo imposible: hasta ahora hemos tenido lo poco estrictamente necesario; hoy hasta eso nos falta... Tú estás enferma...

MIMÍ

¡Oh! Eso no importa.

RODOLFO

Sí, Mimí, sí: perdóname, he sido un egoísta... vete... yo me quedaré solo, pero alegre, sí, dices bien, alegre, sabiendo que tú al menos...

MIMÍ

No me iré.

RODOLFO

De todos modos es necesario: nos echan de la casa: hoy es un día negro, pero inevitable. Nuestro amor se ha muerto de hambre y de frío.

MIMÍ

¿Y por eso estás triste? No te apures: yo puedo ayudarte.

RODOLFO

En una exaltación de furia, de ira celosa, saltando sobre ella.

¿Tú... tú puedes ayudarme? ¿Es decir, que tienes dinero?

MIMÍ

¡Ay¡ No, no...

RODOLFO

¿Quién te ha dado dinero?

MIMÍ

Nadie.

RODOLFO

Responde: ¿quién te ha dado dinero, y por qué?

MIMÍ

No, no...

RODOLFO

Responde.

MIMÍ

¡Ay! suelta... que me haces daño... suéltame.

RODOLFO

Separándose de ella.

Vete, vete... recoge tus trapos y vete. Estás loca.

MIMÍ

Y tú también.

RODOLFO

Sí, yo también; yo que he puesto cariño en una mujer...

MIMÍ

Como yo... lo estaba esperando... Una mujer como yo.

RODOLFO

Yo no te he dicho eso.

MIMÍ

Pero lo has pensado. ¿Qué más?

RODOLFO

Nada más: te pedía la vida... y no has sabido dármela.

MIMÍ

La vida, la vida... ¡Pero los hombres os volvéis locos á fuerza de egoísmo! ¡Mi vida! ¿Es que tú pensaste darme la tuya? Ya sé lo que me espera: mientras sois pobres, somos vuestro tesoro; mientras lucháis, somos vuestra alegría. ¿Y luego? Cuando vuestro arte es gloria y vuestro trabajo riqueza, otras... las otras, las que no son mujeres... como yo, gozan el fruto de la inspiración que habéis bebido en nuestros besos. ¿Acaso es justo? No nos quejamos; pero ¿qué más queréis de nosotras? Dejadnos siquiera que pasemos cantando estos pocos años que son nuestra única riqueza. Ya iremos á morirnos al hospital cuando vosotros seáis la honra de la patria.

Con ironía amarga.

RODOLFO

¡Mimí!

MIMÍ

Mimí: ésta es tu alegría, éste es tu camino... Recoge tus trapos y márchate. Me iré, ya lo

creo, me iré, y me llamarán cuando ya sea tarde, me llamarán y no querré venir; y tendré sedas y coches y criados y alguien á mis pies que pagará sufriendo lo que aquí me han hecho padecer; y me vendré á reir á tu puerta, á reirme de ti y de mí misma *Casi llorando.* por lo necia que he sido no marchándome antes.

RODOLFO

Que ha cesado en su exaltación y habla hasta el fin de la escena con enorme amargura.

¿Lloras?

MIMÍ

No: riendo entré en tu casa y riendo quiero salir de ella. Era invierno y no tenías lumbre; pero no me importó, por eso... porque toda mi vida he sido loca. Y he pasado contigo tantos días amargos, y me he reído siempre para que no te acordases de llorar, ¡y he cantado con hambre! Pero tú no me quieres... no me quieres.

RODOLFO

Sí te quiero, Mimí: demasiado para desgracia tuya y mía. Y por lo mismo no podemos seguir como hasta ahora: tú no lo entiendes, acaso no lo entenderás nunca. Mira, yo te agradezco... de rodillas todo lo que has hecho por mí, todo el cariño, toda la alegría...

MIMÍ

Pero no me quieres.

RODOLFO

Te quiero: mi cariño me ha llevado á cosas indignas: he sospechado, y por no perderte no he querido saber: ahora que lo sé, ahora que me lo has dicho tú misma...

MIMÍ

Con ira.

¡Necia de mí!

RODOLFO

Es imposible: ó para mí solo, ó para quien tú quieras... sin mí.

MIMÍ

¿Así me dices: vete?

RODOLFO

Contigo se me va lo mejor de la vida... pero...

MIMÍ

¿Pero...?

RODOLFO

No tengo derecho á tenerte á mi lado por fuerza. Separémonos como buenos amigos.

MIMÍ

Eso nunca. Y si yo te dijera...

RODOLFO

Adiós, Mimí.

MIMÍ

¿Te vas?

RODOLFO

¿Qué quieres que haga?

MIMÍ

Rodolfo.

RODOLFO

¿Qué?

MIMÍ

No... nada.

Mimí le mira salir y luego rompe á llorar.

ESCENA IX

MIMÍ y MUSETTE

Musette llama suavemente á la puerta.

MIMÍ

¿Quién? ¡Ah, tú!

MUSETTE

¿Estás llorando?

MIMÍ

No, no...

MUSETTE

Sí, sí: me he encontrado á Rodolo en la escalera: no me ha visto: iba hablando en monólogo.

MIMÍ

Vete, Musette, vete: déjame sola.

MUSETTE

¿Te vas á suicidar?

MIMÍ

Rodolfo me ha insultado...

Haciendo esfuerzos para no llorar.

Me ha dicho que ¡que no tengo sentido moral!

Llora como una chiquilla.

MUSETTE

¡Ja, ja, ja!

MIMÍ

¿De qué te ríes?

MUSETTE

De los hombres, mujer: siempre pidiendo novedades raras... ¡Sentido moral! ¿Tienen ellos sentido común?

MIMÍ

Me ha dicho que me marche.

MUSETTE

¡Vaya un conflicto! Vete.

MIMÍ

No puede ser.

MUSETTE

Yo también me voy.

MIMÍ

¿Tú?

MUSETTE

Precisamente subía á despedirme de ti. Nos han echado de la casa.

MIMÍ

A nosotros también.

MUSETTE

Razón de más.

MIMÍ

¿Y Marcelo qué dice?

MUSETTE

No sabe nada: anda por ahí buscando qué almorzar: le he escrito una carta y se la dejaré encima de la mesa. Mírala.

MIMÍ

Lee.

«Querido: No estés con cuidado por mí: vuelvo en seguida. He ido á dar un paseo para entrar en calor; en casa está helando y el carbonero no se aviene á razones. He quemado los dos últimos palos de la silla, pero no ha durado el calor ni el tiempo preciso para hacer un huevo pasado por agua. Además, el viento entra como en su casa por el cristal roto y me sopla un montón de malos consejos, que te darían mucha pena si yo me parase á escucharlos. Prefiero salir un ratito á ver los escaparates. Vol-

veré á comer.» Lo cual quiere decir: No me esperes.

MUSETTE

Naturalmente.

MIMÍ

¡Pobre muchacho!

MUSETTE

Así es el mundo.

Poniéndose en pie.

¿Te decides?

MIMÍ

No puedo; no le puedo dejar porque...

MUSETTE

¿Por qué?

MIMÍ

En voz baja, como avergonzándose.

Porque le quiero.

MUSETTE

¡Vaya una razón! También yo á Marcelo.

MIMÍ

¿Estás segura?

MUSETTE

Creo que sí: por lo menos es el único hombre que me ha hecho llorar. Sí, me parece que me dejaría matar por él... pero no de hambre. Bueno, me marcho, que es tarde y tengo que comprarme un sombrero antes de comer.

MIMÍ

No me dejes así.

Msette se acerca á ella.

Vete, sí, vete... tú que no tienes corazón.

MUSETTE

Poniéndose seria y un poco conmovida.

¡Ay! Mimí: ¿te figuras que á mí no me da pena marcharme? Pero no hay remedio. ¿Qué hacemos aquí? Donde no hay dinero el mal humor es inevitable, y por cada comida que falta, nace una riña. Tú estás enferma: ¿crees que Rodolfo no sufre viéndote padecer? Te aseguro que si hubiese siquiera un pedazo de pan y un tronco de leña en la lumbre, me quedaría y te aconsejaría que te quedases.

MIMÍ

¡Pobre Rodolfo!

MUSETTE

Créeme, sufrirán un poco, pero al cabo nos agradecerán que les dejemos el camino libre. Acaso dos puedan vivir, donde cuatro se morirían de hambre.

MIMÍ

Tienes razón: vamos.

Se pone el sombrero.

MUSETTE

Toma.

Le da el chal.

MIMÍ

No, no...

MUSETTE

Mujer...

MIMÍ

Adiós, adiós. ¡No... no puedo marcharme!

Se deja caer en una silla.

MUSETTE

Mirándola con compasión.

¡Yo no puedo quedarme!

Muy bajo.

Adiós.

Mira en rededor y suspira.

¡Pobre Marcelo!

Sale silenciosamente.

MIMÍ

¡No puedo marcharme!... ¡Pero tampoco puedo ser mas que como soy!

Creyendo que habla con Musette.

Tienes razón.

Se levanta y se encuentra sola.

¿Dónde estás, Musette? ¿Te has marchado?... ¡Sola!... ¿Quedarme sola?... ¡No!... Espera... ¡Voy contigo!

Sale.

TELÓN

ACTO TERCERO

Uno de los boulevares del centro en París; á la derecha la terraza de un café; sillas, mesitas, toldo de lona soste nido por barras de metal; á la izquierda otro café más modesto, con mesitas también; una fila de árboles á cada lado; al fondo, la calle que se prolonga.

ESCENA PRIMERA

MIMÍ y MARCELO

Mimí, elegantísimamente vestida, está sentada á una de las mesitas de la derecha y pasa el tiempo haciendo juegos de naipes. Marcelo entra y se sienta en una de las mesas del café de la izquierda. Se miran; él hace gestos de sorpresa y acaba por levantarse, cruzar la calle y acercarse á ella.

MARCELO

Acercándose.

¡Qué veo!... ¡Mimí! Perdón... señora vizcondesa...

MIMÍ

¡Marcelo! ¿Tú?

MARCELO

En cuerpo y alma.

MIMÍ

Tú con guantes, con bastón, con el pelo rizado... ¡Es imposible!

MARCELO

Pero es verdad.

MIMÍ

¿Estás seguro?

MARCELO

Segurísimo.

Poniéndose el monocle la mira con insistencia.

MIMÍ

¿Qué miras?

MARCELO

Te admiro... ¡Oh, plumas arrogantes! ¡Oh, sedas! ¡Oh, encajes!

MIMÍ

Te burlas, ¿eh?

MARCELO

¿Burlarme?... señora vizcondesa... Acaso mañana, señora duquesa... ¿Burlarme yo?

MIMÍ

Calla y siéntate.

MARCELO

La puerta de tus sueños se ha abierto para ti de par en par: entras por ella victoriosa y triunfante.

MIMÍ

Tanto te sorprende.

MARCELO

¿A mí?... Una noche ú otra tenía que suceder... Tus manos blancas estaban hechas para la ociosidad y pedían á gritos hace mucho tiempo el anillo de una alianza aristocrática; por fin, has logrado un blasón...

MIMÍ

Si te parece que hablemos de otra cosa...

MARCELO

Permíteme añadir

Mimí hace un gesto de impaciencia.

seré breve, que nosotros, tus buenos amigos, preferiremos á todos tus blasones el que la juventud da á tu belleza: ojos azules sobre mejillas pálidas.

MIMÍ

Estás muy elocuente.

MARCELO

Y tú muy guapa.

MIMÍ

Bueno: explícame el secreto de tu elegancia.

MARCELO

Ahora soy yo el que digo: ¿Tanto te sorprende?

MIMÍ

Y yo, más sincera que tú, respondo: Tanto.

MARCELO

¡Vea usted lo que son las mujeres! No encuentran natural mas que su propio encumbramiento. ¿Y nuestros méritos, señorita Mimí? ¿Acaso el genio no merece tanto como la belleza? Acaso el ideal...

MIMÍ

Interrumpiéndole.

¿De modo que sois ricos?

MARCELO

¡Tú lo dices!

MIMÍ

¿Para mucho tiempo?

MARCELO

Ese es el enigma: en cuanto ¡crueles! nos abandonasteis, la fortuna se entró por nuestras puertas; acaso se marche en cuanto volváis.

MIMÍ

Entonces fortuna tenéis para rato...

MARCELO

¿En esas estamos?

MIMÍ

En esas.

MARCELO

¿Tan felices sois?

MIMÍ

Lo que es yo, felicísima.

MARCELO

¡Pero si tu vizconde parece un ídolo chino!

MIMÍ

Pues es muy buen muchacho.

MARCELO

Sí, ¿eh?

MIMÍ

El único defecto que tiene es ser un poco sentimental.

MARCELO

Tú le irás corrigiendo.

MIMÍ

Es probable.

MARCELO

¡Ay, Mimí, Mimí!

MIMÍ

¿Qué te ocurre?

MARCELO

Una duda. ¿Ese corazón... tan feliz... no siente, así de cuando en cuando, un poquito de remordimiento?

MIMÍ

¿Mi corazón? Desde que gasto corsés de ochenta francos no le oigo hacer demasiado ruido.

MARCELO

Naturalmente; le dejarías olvidado en un cajón de la cómoda de...

MIMÍ

Interrumpiéndole.

¡No hablemos de Rodolfo!

MARCELO

Tú le has nombrado la primera.

MIMÍ

Porque estaba viendo dónde ibas á parar... y, mira, me alegro que haya salido la conversación.

MARCELO

¿En qué quedamos?

MIMÍ

Habla muy deprisa, como queriendo convencerse á sí misma. Marcelo intenta interrumpirla, pero no lo consigue.

Sí, porque me figuro que él andará diciendo horrores de mí, y quiero que sepas que si me marché de su casa él se tuvo la culpa. Tú no le conoces; mal genio, celoso... me iba matando á pedacitos. Me quería, claro que me quería... ¡pero qué quince meses me hizo pasar!... Sufrí muchísimo, bien lo sabes tú... y no te vayas á

figurar que me marché por miedo á la miseria; en primer lugar ya estaba acostumbrada... y luego él fué quien me dijo que me fuese. En fin, lo hecho hecho está, y no me arrepiento. ¡Claro! Ahora que no me tiene y que sabe que soy feliz con otro, Rodolfo está desesperado...

MARCELO

¡Oh! No tanto.

MIMÍ

Yo sé de una persona que le ha visto en la calle y dice que llevaba los ojos encarnados de tanto llorar...

MARCELO

¿De veras?

MIMÍ

No me extraña: estaba segura de que no podría vivir sin mí; pero puedes decirle de mi parte que pierde el tiempo y que hemos acabado de una vez y para siempre.

Cambiando de tono bruscamente.

¿Hace mucho tiempo que no le has visto? ¿Está muy cambiado?

MARCELO

Mucho, sí... bastante cambiado.

MIMÍ

¡Qué le voy á hacer yo! El lo ha querido, peor para él. De un modo ó de otro teníamos que acabar. Consuélale tú.

MARCELO

No te apures: ya está casi completamente consolado...

MIMÍ

No puede consolarse tan pronto. ¡Qué golpe debió ser para él volver á casa y no encontrarme!

MARCELO

Volvimos juntos; al coger la llave, la portera le dijo: la señorita Mimí se ha marchado...

MIMÍ

¿Y qué contestó él?

MARCELO

Me lo figuraba—y subió á su cuarto, donde yo le seguí, temiendo una crisis, pero...

MIMÍ

¿Pero?

MARCELO

No pasó nada: —Hoy es ya muy tarde para ir á alquilar otra habitación—dijo—, iremos mañana y viviremos juntos. Vamos á cenar—. Cenamos muy tranquilamente...

MIMÍ

¡Comedia!

MARCELO

Volvimos á casa, le dejé en su cuarto, entré en el mío... pero no dormí...

MIMÍ

Sí, ya lo sé... Musette...

MARCELO

¡Justo... Musette... cada uno tiene sus penas... en fin!... A las tres de la madrugada me pareció oir ruido en el cuarto de Rodolfo: entré; dormía como un bendito...

MIMÍ

Acercándose.

Ya no te falta mas que decirme que quiere á otra.

MARCELO

Nunca me hubiese atrevido á tanto... pero puesto que tú lo indicas...

MIMÍ

¿A otra?

Marcelo hace un gesto de asentimiento.

¿Morena?

MARCELO

Rubia.

MIMÍ

No lo creo.

Pausa. Vuelve á sentarse.

¿Y le besa las manos tan á menudo como á mí?

MARCELO

Tan á menudo. Y además le besa los cabellos uno á uno, y han convenido en no separarse hasta llegar al último...

MIMÍ

Pasándose las manos por el pelo.

¡Ay! Me alegro que no se le ocurriese hacer otro tanto conmigo, porque hubiésemos tenido que pasarnos toda la vida juntos.

Pausa.

¿De modo que tú crees que de veras, de veras, se ha olvidado de mí?

MARCELO

¿Te acuerdas tú de él?

MIMÍ

Yo no le he querido en mi vida...

MARCELO

Sí, Mimí: le has querido en esas horas en que el corazón de las mujeres cambia de sitio: le has querido y no tienes para qué negarlo, porque esa es tu única justificación.

MIMÍ

¡Bah! ¡Ahora se le ocurre enamorarse de otra! Ya veremos dentro de unos días en qué paran todas estas historias...

Aparecen por el fondo Musette, Julieta, Francina, el vizconde Pablo, el vizconde Alex y otros dos caballeros.

¡Mis gentes!

MARCELO

Entonces, señora vicondesa, permita usted

que me retire; también nosotros celebramos hoy una fiestecita... dos pasos más allá,

Señala al restaurant de enfrente.

un restaurant modesto, pero honrado. ¡Si quieres hacernos una visita á los postres! ¡Señora vizcondesa!

Le besa la mano y se retira; entra en el café de la izquierda.

ESCENA II

MIMÍ, MUSETTE, JULIETA, FRANCINA, PABLO, ALEX y DOS CABALLEROS

Todos saludan á Mimí.

MIMÍ

Un poco displicente.

Creí que no llegábais nunca.

ALEX

¡Mozo! ¡Ocho vermouths!

PABLO

Perdón, Mimí, nos hemos retrasado...

ALEX

Musette ha tenido la culpa: ha tardado hora y media en vestirse; ¡una enormidad!

MUSETTE

¡Enormidad! Qué sabéis vosotros de la reverencia con que debe tratarse un traje nuevo.

Da vueltas para lucir el traje.

[illegible]

Es verdad: estás muy elegante.

ALEX

¡Encantadora!

PABLO

Confidencialmente, á Mimí.

¿Te has aburrido mucho? ¿Me has echado de menos?

MIMÍ

No; he encontrado á un amigo. Y hemos estado hablando de tiempos viejos.

PABLO

¡Un amigo! ¿Quién?

MIMÍ

No le conoces; un pintor, Marcelo.

MUSETTE

Con interés.

¡Marcelo!

ALEX

Con voz terrible.

¡Marcelo!

MUSETTE

¿Te quieres callar? ¿Dónde le has visto?

MIMÍ

Están por ahí; no sé dónde, iba muy elegante.

JULIETA

Sí, ahora tiene dinero. El otro, el poeta, hace el amor á una amiga mía, y dicen que le ha comprado un traje precioso; él va vestido como un príncipe.

ALEX

¿No les parece á ustedes que es hora de pasar al comedor?

MUSETTE

Espera un poco; aquí estamos bien; corre un vientecito muy agradable.

ALEX

Y tú quieres lucir el traje.

MUSETTE

¡Qué penetración! Naturalmente, ¿ó es que te figuras que me he vestido sólo para ti?...

ALEX

¡Ja, ja, ja! Se me ocurre un chiste.

MUSETTE

¡Pues cállatele!

ALEX

¡Encantadora!

Mimí ha cogido una revista.

PABLO

¿Qué lees, Mimí?

MIMÍ

Nada.

PABLO

Mirando al periódico.

¿Versos?

MIMÍ

Sí; Rodolfo no se ha cansado todavía de hablar mal de mí en los periódicos.

PABLO

Meloso.

¡Y á ti qué te importa!

MIMÍ

Sin responderle lee los versos.

A Mimí

En mi guardilla entró la luna...
Entraste tú en mi corazón...
Te entregué toda mi fortuna:
¡mi juventud y una canción!

¡Oh, Mimí, cómo la cantabas!
—¿La has olvidado ya, Mimí?—
... ¡cuando decías que me amabas!
¡Ahora la canto yo sin ti!

Mas le he cambiado el consonante
y la canto en tono menor,
porque Mimí tiene otro amante
y se ha olvidado del amor...

¡Tiene otro amante y tendrá ciento!
¿Nobles? ¿Plebeyos?... ¡Qué más da!
¡En el capricho del momento,
quien más la pague la tendrá!

¡Llora canción, su mala estrella!
Hoy ha pasado junto á mí...
Era la misma y no era ella...
¡porque Mimí ya no es Mimí!

ALEX

Muy lindos. Un soneto, ¿no?

MUSETTE

No; un madrigal.

ALEX

Con admiración.

¿En qué lo has conocido?

MUSETTE

En el acento.

ALEX

¡Encantadora!

PABLO

A Mimí.

¿Y por eso estás triste?

MIMÍ

¿Triste yo?

PABLO

No te apures. Te compraré unos pendientes.

MIMÍ

Es verdad; tú tienes dinero.

PABLO

Y un sombrero de paja de Italia.

MIMÍ

Gracias. Si quieres darme gusto cómprame este periódico.

PABLO

Muy digno.

¡Ah, eso no!

MIMÍ

¡Como quieras!; le compraré yo, con dinero que gane. Así como así prefiero que no sea con el tuyo. ¿Entramos á comer?

Todos se levantan. Musette, que durante la conversación ha estado mirando á un lado y á otro para ver si aparece Marcelo, se queda la última fingiendo que se arregla algo en la falda.

ALEX

Ofreciéndole el brazo.

¿Vienes?

MUSETTE

Entra, hombre, entra, que no me pierdo.

Alex entra en el café. Musette mira por última vez. Marcelo sale del café de enfrente.

ESCENA III

MUSETTE y MARCELO

Los dos fingen no haberse conocido.

MARCELO

Admirativamente.

¡Diablo! Bonito pie; de buena gana le ofrecería el brazo.

Acercándose.

Dispense usted, señora; ¿ha encontrado usted por casualidad un pañuelo que acaba de perdérseme?

MUSETTE

Dándole su pañuelo.

Sí, caballero, aquí le tiene usted.

MARCELO

Fingiendo sorpresa.

¡Musette!

MUSETTE

Fingiendo sorpresa.

¡Marcelo!

Los dos se ríen.

MUSETTE

¡Muy bien! En busca de aventuras; ¿qué te parece ésta que has encontrado?

MARCELO

Regular nada más.

MUSETTE

Dónde vas á estas horas?

MARCELO

Al teatro.

MUSETTE

¿Por amor al arte?

MARCELO

Por amor á Laura.

MUSETTE

¡Ah! ¿Y quién es Laura?

MARCELO

Una quimera á quien adoro y que representa los papeles de ingenua.

MUSETTE

Estás muy gracioso esta tarde.

MARCELO

Y tú muy curiosa.

MUSETTE

No hables tan alto, que nos están oyendo y nos van á tomar por dos enamorados que disputan.

MARCELO

No sería la primera vez.

MUSETTE

Y acaso no será la última, ¿eh?

MARCELO

¡Cielos azules! Vosotros sois testigos de que yo no he lanzado la primera piedra.

MUSETTE

Dime de veras adónde ibas.

MARCELO

Ya te lo he dicho; á ver á Laura.

MUSETTE

¿Es bonita?

MARCELO

Su boca es un nido de sonrisas.

MUSETTE

Ya, ya...

MARCELO

Tiene los ojos llenos de risa, las mejillas de rosa, los cabellos de ébano...

MUSETTE

... ¿Morena? No te gusta.

MARCELO

¡Cuando te aseguro que estoy loco por ella!

MUSETTE

¿Canta mejor que yo?

MARCELO

No canta. ¡Declama! Y tú, ¿dónde ibas?

MUSETTE

He venido á comer con Alex...

MARCELO

¡Valiente tipo!

MUSETTE

¡Ay, hijo!

Remedando á Alex.

¡Encantador! Veinte años, buen mozo, elegante, generoso, ¡está loco por mí!

MARCELO

¿Y tú?

MUSETTE

Temo que le voy á adorar un día de estos.

Pausa; le mira.

¡Qué elegante vas! Ya me han dicho por ahí que sois ricos.

MARCELO

Tenemos en caja sumas enormes.

MUSETTE

¡¡Tú!!

MARCELO

He vendido un cuadro: Rodolfo es director de «La Banda de Iris», periódico de modas... y cobra... Colline da lecciones de árabe á un

príncipe indio; una apoplegía fulminante de riqueza.

MUSETTE

¡Eso hay que ir á verlo!

MARCELO

Sí, Musette; ven á pasar un rato con nosotros; hoy vamos á cenar aquí á dos pasos; estoy esperando á Rodolfo, á Colline y á Shaunard; cantarás tus canciones á los postres, Rodolfo te hará madrigales y beberemos toda clase de líquidos á la salud de nuestros amores difuntos... sin perjuicio de resucitarlos... ¡Ah, si el invierno pasado no hubiese hecho tanto frío...!

MUSETTE

Es tan terrible que á una se le pongan las manos coloradas...

MARCELO

Hiciste bien... y te perdono... esta vez como todas.

ESCENA IV

DICHOS: RODOLFO y COLLINE

Que entran por el fondo.

MUSETTE

¡Ay, Rodolfo, Colline!

RODOLFO

¡Musette!

COLLINE

¡Señora!

MARCELO

Musette me ha prometido venir á cenar hoy con nosotros.

COLLINE

¡Magnífico!

RODOLFO

¡Precisamente ahora estamos en fondos y podemos pagar una cena... orgiástica!

COLLINE

Y hasta encender lumbre como buenos burgueses.

MUSETTE

¡Pero si estamos en Agosto!

COLLINE

Sentencioso.

¡Como para Diciembre ya se nos habrá acabado el dinero!

MUSETTE

Esperadme un momento; voy á despedirme de mis gentes y vuelvo en seguida.

A Rodolfo.

¿Quieres algo para Mimí?

RODOLFO

¡Mimí!

MUSETTE

Sí, Mimí; ha venido conmigo... por cierto que la tienes muy enfadada.

RODOLFO

¿Yo?

MUSETTE

Tú.

RODOLFO

¡Pobre de mí! ¿Y por qué?

MUSETTE

Ha enviado dos veces á pedirte unos trapos que se dejó olvidados en tu casa, y tú no has querido devolvérselos.

RODOLFO

Hasta que vaya ella á buscarlos.

MUSETTE

Eres un hombre indigno; eso es una infamia.

RODOLFO

Dile que si quiere hacer á su vizconde una infidelidad de cinco minutos, y salir aquí á hablar conmigo, se los devuelvo.

MUSETTE

No saldrá; la conozco.

RODOLFO

Tú díselo, y veremos.

MUSETTE

Te advierto que el vizconde Pablo tiene dos años de sala de armas.

RODOLFO

¡Puede dormir tranquilo! No pienso cortar en flor la vida de un apacible joven que aún tiene la suerte de estarse amamantando con leche de ilusiones.

VOCES DENTRO

¡Musette, Musette!

MUSETTE

Ya voy... Hasta luego.

MARCELO

No te arrepientas en el camino.

MUSETTE

No tengas miedo; de cuando en cuando necesito venir á respirar el aire de vuestra bohemia. Mi vida loca es como una canción; cada uno de mis amores es una copla; pero tú *Apretando la mano de Marcelo.* tú eres el estribillo.

Entra en el café precipitadamente.

ESCENA V

RODOLFO, MARCELO, COLLINE, luego MUSETTE

MARCELO

Mirándola marchar.

¡Ay!

COLLINE

El corazón de las mujeres y de las gatas es un enigma que ni los hombres ni los gatos podrán entender jamás.

MARCELO

Mimí va á salir; retirémonos discretamente.

COLLINE

Sí; por lo visto hoy está el día de reconciliaciones; enhorabuena.

RODOLFO

¡Oh, yo no pienso reconciliarme...!

MARCELO

Entonces, ¿para qué la llamas?

RODOLFO

Pura curiosidad: quiero ver los estragos que ha hecho en su corazón la gramática del señor vizconde.

MARCELO

No hay burlas con el amor.

RODOLFO

¡Oh el amor!, el mío está bien muerto.

MARCELO

¿Estás seguro?

RODOLFO

Creo que ya le llevan á enterrar como á Mambrú.

COLLINE

Lo siento. Mimí tenía una distinción extraordinaria para preparar el café, ese nectar de los espíritus profundos.

MARCELO

Te advierto que ella no está dispuesta á creer que la hayas olvidado tan pronto.

RODOLFO

También á mí me extraña; pero es así; cuando se fué, creí que se llevaba toda mi juventud, toda la pasión que yo era capaz de sentir... lloré sinceramente en los funerales de mi corazón... pero me había equivocado; casi de repente he sentido la pólvora que creí para siempre apagada en lágrimas calentarse, encenderse, estallar á la primer mirada de juventud de una mujer bonita; he oído el clarineo de una alegría joven; tengo delante ojos que se ríen, labios que besan, y suavemente me dejo arras-

trar por la pendiente del capricho que acaso me lleve de nuevo al amor. ¡Amor de amar!

MARCELO

Todo eso es muy bonito... como *estilo;* pero ¿estás seguro de que lo sientes tan bien como lo dices?

RODOLFO

Segurísimo: ha sido una invasión de olvido, que no me ha dado tiempo ni de pedir socorro... parece un milagro, pero...

COLLINE

¡Qué milagro ni qué calabazas! Eso os pasa á todos los que tenéis la suerte de querer por las nubes. Para ideal lo mismo da una mujer que otra.

MARCELO

¡Tú no tienes derecho á hablar de amor!

COLLINE

¡Ah! ¿no? ¿Creeis que no tengo yo mis pasiones como cada quisque porque no las clarineo como vosotros á son de elegia, porque no voy pidiendo por esas literaturas de Dios, limosna de compasión admirativa con las llagas del corazón al aire, como mendigo de puerta de iglesia?

MARCELO

Perdón; según eso, amas en silencio.

COLLINE

Amo en Montmartre.

MARCELO

En fin... despejemos; Rodolfo se consume de impaciencia.

RODOLFO

Estoy muy tranquilo; además, no saldrá.

COLLINE

Ya está ahí.

RODOLFO

Emocionadísimo.

¡Mimí!

COLLINE

No; Musette.

Marcelo se ríe.

MUSETTE

Aquí me tenéis. Creo que cumplo mi palabra.

MARCELO

¿Qué ha dicho tu vizconde?

MUSETTE

¡Pobrecillo! Le ha parecido un poco violento... pero hay que educar á la juventud... Figúrate que viendo que no podía detenerme quería venirse conmigo...

COLLINE

Pues se iba á divertir.

MUSETTE

Eso le he dicho yo: te advierto que le he prometido volver en acabando de cenar.

MARCELO

Pues espera tiene para rato; porque ya que estamos en vena, pensamos pasarnos ocho días sentados á la mesa.

MUSETTE

Cogiendo el brazo de Marcelo.

En marcha. Vamos á preparar el menú.

MARCELO

A Rodolfo.

Que te esperamos, ¿eh?

MUSETTE

¡Ah, sí! Mimí me ha dicho que sale en seguida.

Entran en el café Marcelo, Musette y Colline.

ESCENA VI

MIMÍ y RODOLFO

Es preciso que el actor y la actriz pongan en esta escena un matiz de emoción sutilísimo; en realidad, como los dos están enamorados, los dos se emocionan por momentos, pero en cuanto se dan cuenta de ello reaccionan violentamente, ella con ironía, él con un poco de arrebato... todo á media voz, naturalmente, puesto que la escena es enmedio de la calle.

Mimí sale del café y se acerca á Rodolfo.

MIMÍ

Buenas tardes, Rodolfo.

RODOLFO

Que apenas puede hablar.

¡Mimí!

MIMÍ

Aquí me tienes, ¿qué me querías?

RODOLFO

¡Mimí!

MIMÍ

Ya lo he oído. ¿Nada más?

RODOLFO

¿Qué te voy á decir?

MIMÍ

Eso mismo estaba yo pensando; ¿qué me querrá decir cuando me llama? De seguro que á mí no se me hubiese ocurrido llamarte.

RODOLFO

¿Tan mal me quieres?

MIMÍ

Ni mal ni bien. Me has querido un poco, me has hecho sufrir mucho; yo procuro olvidarme de una cosa y de otra.

RODOLFO

¿Y lo consigues?

MIMÍ

Claro que sí.

RODOLFO

¡Con qué seguridad lo dices!

MIMÍ

Afortunadamente, nuestros amores... al menos por mi parte... nunca llegaron á pasión: un capricho de noche de luna, unos cuantos besos y unos cuantos versos...

RODOLFO

Es que unos cuantos besos y unos cuantos versos pueden ser una vida.

MIMÍ

¿Para ti?

RODOLFO

¿Y si lo fuesen?

MIMÍ

Lo sentiría mucho... por ti. Me habían dicho que ya estabas curado por completo... que ya no te acordabas de mí, que querías á otra.

RODOLFO

¿Y si la quisiese?

MIMÍ

Con suavidad cruelísima.

Eso es cuenta tuya.

RODOLFO

¡Mimí!

MIMÍ

¿Te enfadas? Haces mal. Ya ves yo qué tranquila.

RODOLFO

¡Es que tú no tienes corazón!

MIMÍ

¿Aún no se te ha olvidado el estribillo?

RODOLFO

Con violencia.

No me recuerdes...

MIMÍ

Suavísimamente.

Tú eres el que te empeñas en recordar vejeces... ¡Corazón, corazón!... qué bien suena, y de qué poco sirve...

RODOLFO

Mucho has aprendido en poco tiempo.

MIMÍ

Es que me he dado prisa á estudiar... y que he tenido muy buenos maestros.

RODOLFO

Sí; ya sé que tu vizconde quiere traerte á la virtud por el camino de la ortografía.

MIMÍ

Desde muy alto.

Eso, en primer lugar, no te interesa.

RODOLFO

Perdón: tienes una susceptibilidad verdaderamente aristocrática: por algo se empieza.

MIMÍ

Cuando tú lo dices.

Pausa.

¿Te parece que hablemos de otra cosa?

RODOLFO

Creo que no tenemos nada de qué hablar.

MIMÍ

Entonces... buenas noches.

Va á salir.

RODOLFO

Espera... Cumplo mi palabra; cuando quieras, puedes mandar á recoger...

MIMÍ

¡Mis trapos! gracias: ahora no me hacen falta.

RODOLFO

Es verdad. ¡Mimí tiene sedas! ¡Mimí tiene plumas!...

MIMÍ

¿Te pesa?

RODOLFO

Pero ya no es Mimí; sobre su frente se ajarán muchas flores; muchas veces cambiará de blasón; el lema de su vida será *Incostancia*, y, según el capricho ó la necesidad, sabrá hacer felices uno á uno... ó todos á un tiempo, á los adoradores de sus ojos azules... ¡pero ya no es Mimí!

MIMÍ

Tristemente.

¿Por qué me dices eso?

RODOLFO

Sigue adelante, con el alma vacía de recuerdos y llena de ambiciones; ¡ojalá que el camino sea mucho tiempo fácil para ti, y ojalá sobre todo las sedas de tus trajes no se conviertan demasiado pronto en sudario de tu alegría!...

MIMÍ

Ofendida.

Mi alegría ha nacido conmigo, y mientras viva yo, vivirá ella.

RODOLFO

¿Cantas ahora muchas veces, Mimí?

MIMÍ

Como siempre; cuando me levanto y cuando me acuesto y á mediodía, para cambiar de tono; si tengo alegrías, para despertarlas, y si tengo penas, para dormirlas.

RODOLFO

Conmovido.

Penas, ¡tienes penas!

MIMÍ

Aunque las tuviera, ¿á ti qué te importa?... pero no las tengo, puedes dormir tranquilo. ¿Y tú?

RODOLFO

Yo tuve una muy grande cuando tú te fuiste.

MIMÍ

¿De veras? No me han contado eso.

RODOLFO

Es que yo no se la he contado á nadie.

MIMÍ

¿Y por qué me la cuentas á mí?

RODOLFO

Para decirte que se me pasó pronto.

MIMÍ

¿Dices que fué muy grande?

RODOLFO

Como el cariño que te tenía.

MIMÍ

¿Y que se pasó pronto?

RODOLFO

Así va el mundo.

MIMÍ

Cogiendo de la mesita el periódico donde están los versos y tirándoselе.

Entonces... tú dirás lo que significan esos versos:

RODOLFO

Lee.

A Mimí... tú lo has dicho antes; los versos no tienen que ver con la vida...

MIMÍ

Pero tú has dicho lo contrario.

RODOLFO

Confieso que estaba en un error.

MIMÍ

¿De modo que?...

Lee la línea más cariñosa de la composición.

Te entregué toda mi fortuna:
¡mi juventud y una canción!

RODOLFO

Poesía pura.

MIMÍ

Un día me dijiste: toda mi poesía eres tú.

RODOLFO

¡Qué le vamos á hacer, si no quisiste seguirlo siendo!

MIMÍ

¡Con qué calma lo dices!

RODOLFO

¿Querrías que llorase?

MIMÍ

¡No, no! Aborrezco las lágrimas; las pocas que han llorado por mí, me pesan como un remordimiento, y las pocas que he llorado yo me duelen... como una estupidez. ¡Alegría, alegría! Como tú dices, camino adelante, el que tropiece, que aprenda á andar firme, y el que se caiga de una vez, que se quite del paso, y no amargue la vida de los que tienen gana de reirse...

RODOLFO

¿Quién te ha enseñado tanta crueldad?

MIMÍ

¡Crueldad! Tiene gracia. A querer ser feliz le llamas ser cruel...

RODOLFO

No nos entendemos.

MIMÍ

Eso ya lo sabíamos de antiguo.

RODOLFO

Tienes razón... adiós.

MIMÍ

Con la voz rota.

Adiós... ¿Así te vas?

RODOLFO

Acercándose.

Mimí... ¿lloras?

MIMÍ

¡Llorar yo!, ¡yo! ¿Y por ti?

RODOLFO

No sé por qué; pero estabas llorando.

MIMÍ

¡Ja, ja, ja! ¡Llorando! ¡Cuando te digo que soy feliz de veras; feliz como no había soñado nunca serlo! ¿No tengo todo lo que puedo querer?

RODOLFO

Todo lo tienes, todo... menos alegría.

MIMÍ

Estás loco. ¡Alegría!

Se ríe.

¡Alegría! para dar y tomar; para toda mi vida... y la tuya si quisiera dártela; pero no quiero, no, y no.

RODOLFO

Adiós, Mimí.

Sale. Ella, cuando él ha desaparecido, rompe á llorar.

ESCENA VII

MIMÍ y PABLO

PABLO

Saliendo del café.

¿Dónde estás, Mimí?

MIMÍ

Aquí, ¿qué quieres?

PABLO

Te estamos esperando. ¿Qué hacías?

MIMÍ

Nada.

PABLO

¿Llorar?

MIMÍ

Llorar ó reir; á ti no tengo que darte cuentas.

PABLO

¿Te has vuelto loca? ¡Ah! vamos: ¿Has visto á ese poeta melenudo?

MIMÍ

A ese poeta... ¿sabes tú quién es ese poeta?

PABLO

Tú me lo has dicho; un infeliz que matándote de hambre, tenía el mal gusto de morirse de celos.

MIMÍ

¿Yo he dicho eso?

PABLO

Muchas veces.

MIMÍ

¿Qué más?

PABLO

Un desdichado que quiere vengarse con malos versos de que otro haya tenido más suerte que él: un bohemio.

MIMÍ

¡Un bohemio! sí, un bohemio; es decir, un pobre, pero un privilegiado, ¿sabes? Un hombre que tiene lo que toda tu riqueza no puede comprar, y todos tus pergaminos no saben merecer.

PABLO

¡Ya! el genio. ¡Con los pies descalzos camino de la gloria!...

MIMÍ

¡O del hospital! pero á la gloria ó al hospital, con la frente alta, con los ojos alegres, con la boca florida de risas y el corazón de versos; acaso sin pan, pero con el valor, que es la virtud de los jóvenes, y la esperanza, que es el millón de los pobres.

PABLO

¿También tú eres poeta?

MIMÍ

No sé lo que soy; sé que ellos ¡los bohemios! me desprecian y tienen razón; porque me he vendido miserablemente ¡á ti! es decir, al tedio, á las horas monótonas, á los días sin esperanza... porque he pisoteado la alegría de mis veinte años, y el derecho al amor, no por un pedazo de pan... sino por un montón de trapos.

PABLO

Mucho los desprecias ahora que los tienes.

MIMÍ

¡Es que no los quiero tener!

PABLO

Cuando te enfadas te pones guapísima; sigue: te compraré un collar de perlas para aumentar la amargura de tus remordimientos.

MIMÍ

¿Pero es que te figuras que estoy representando una comedia?

PABLO

Naturalmente. ¡Si tan deliciosa era esa vida de pobreza romántica, cómo la dejaste!

MIMÍ

Porque fuí cobarde... porque no tuve, como ellos, el valor de esperar... porque ¡te merecía!

PABLO

Y me encontraste.

MIMÍ

Para mi castigo...

PABLO

Afortunadamente, ellos te deben estar esperando con los brazos abiertos.

MIMÍ

Pero no iré...

PABLO

Me lo figuro.

MIMÍ

No iré... viviré sola; ganaré mi vida como la ganan ellos; ¡trabajaré!

PABLO

¡Ay, Mimí! tus manos blancas sólo sirven para recibir besos.

Le quiere coger las manos.

MIMÍ

Retirándolas

¡Pero no tuyos!

PABLO

Como quieras. Me contento con tus labios tan rojos, con tu frente tan pálida.

Se acerca como para besarla.

MIMÍ

¡No, no!

PABLO

¿Es en serio?

MIMÍ

¡Cómo te he de decir que me odio á mí misma por haberte vendido mi alegría! ¡Vete; déjame! ¡déjame que me vaya!

Casi llorando.

PABLO

¿Dónde?

MIMÍ

No sé.

PABLO

Haces mal.

MIMÍ

Hago bien; mi vida es mía y no tengo que responder á nadie de lo que hago con ella. ¡Adiós!

PABLO

Adiós; pronto te pesará lo que haces; el mundo es pequeño; ya me lo dirás cualquiera de estos días cuando volvamos á encontrarnos.

Sale.

MIMÍ

¡Encontrarnos!

Se ríe con desprecio; luego se sienta á la mesita y, cogiendo el periódico, lee la línea más insultante para ello de los versos.

¡En el capricho del momento,
quien más la pague la tendrá!

El mundo es pequeño... pero no ha de faltar un rincón donde irte á morir sola.

Sale muy despacio por el fondo; se oye dentro del café cantar á Musette.

TELÓN

ACTO CUARTO

La habitación de Rodolfo y Marcelo. Es modesta, pero más decorosa que la de los dos primeros actos. Los muebles son viejos. Mesa, cuatro sillas, dos sillones, un armario, un caballete y otros enseres de pintor. Chimenea con lumbre no muy abundante. Una puerta á la izquierda y otra en el fondo, que da á la escalera. A la derecha una ventana grande.

ESCENA PRIMERA

RODOLFO y MARCELO

MARCELO

¿Trabajas? ¿Qué haces? ¿Versos?

RODOLFO

Sí: hace cuatro horas que estoy trabajando: he vuelto á encontrar la vena de otro tiempo... he visto á Mimí hace unos días.

MARCELO

¡Ah! ¿Y en qué estáis?

RODOLFO

No tengas miedo: no hicimos más que saludarnos de lejos.

MARCELO

¿De veras?

RODOLFO

De veras: todo ha terminado entre nosotros, estoy seguro; pero si su recuerdo me hace trabajar, todo se lo perdono.

MARCELO

Si habéis terminado tan definitivamente como dices, ¿por qué le haces versos?

RODOLFO

Cojo la poesía donde la encuentro.

MARCELO

No valía la pena de separarte de ella, si vas á vivir eternamente con su sombra.

Pausa.

Después de todo, en vez de predicar á los demás, bien haría en predicarme á mí mismo, porque todavía tengo el corazón lleno de Musette. En fin, día llegará en que no seamos jóvenes ni estemos chiflados por esas criaturas del demonio.

RODOLFO

¡Ay! no es necesario decir á la juventud: Vete.

MARCELO

Es verdad; pero hay días en que te aseguro que me alegraría de ser viejo, académico y desengañado de todas las Musette de este mundo. ¿Y tú? ¿Te gustaría tener sesenta años?

RODOLFO

Hoy me gustaría más tener sesenta francos.

MARCELO

Hoy es Noche Buena.

RODOLFO

¿Te acuerdas dónde la celebramos hace un año?

MARCELO

Sí. Nunca hubiese creído que una mujer tan delicada como Felicia fuese capaz de comer tanto salchichón. ¡Ay! Los años se siguen y no se parecen. Pero de todos modos podríamos cenar.

RODOLFO

¿Con quién?

MARCELO

Conmigo: aún nos deben quedar provisiones.

Va al armario y saca platos, vasos, una botella.

Justo: jamón, pan, vino, carne fría; podemos hacer una cena magnífica. ¿No comes?

RODOLFO

No tengo gana de comer.

MARCELO

Vaya, vaya; eso no es lo tratado.

RODOLFO

¿Qué quieres decir?

MARCELO

¿Vas á fingir conmigo? Estás pensando en lo que hemos decidido olvidar: y yo también ¿á qué negarlo?

RODOLFO

¿Entonces...?

MARCELO

Entonces, que sea la última vez. Al diablo los recuerdos que amargan el vino y nos ponen tristes mientras que todo el mundo se divierte. Oye cómo se ríen los vecinos y qué ruido sube de la calle. Pensemos en otra cosa y que esto no vuelva á ocurrir.

RODOLFO

Siempre decimos lo mismo, y sin embargo...

MARCELO

Y, sin embargo, reincidimos todos los días; el mal consiste en que en vez de buscar francamente el olvido, aprovechamos las cosas más

fútiles como pretextos para resucitar el recuerdo.

RODOLFO

¿Dónde vas á parar con todas esas filosofías?

MARCELO

De sobra me entiendes: hace un instante, lo mismo que yo, te he visto absorto en recuerdos que te hacían echar de menos el tiempo pasado; estabas pensando en Mimí, como yo en Musette; hubieras querido, como yo, tenerla á tu lado... pero te aseguro que ni uno ni otro debemos pensar en ellas: nuestro corazón tiene grietas y suena á cascado; no se quiere impunemente dos años seguidos á una Musette ó á una Mimí. Se acabó. Yo, para divorciarme por completo de su recuerdo, voy á echar á la lumbre unas cuantas cosillas que ha ido dejando en casa en sus diferentes visitas, y que me obligan á recordarla siempre que tropiezo con ellas. Vamos, imítame.

RODOLFO

Sea: tienes razón. Yo también quiero acabar de una vez para siempre con esa infeliz de manos pálidas.

MARCELO

Viene bien. Con eso animaremos la lumbre, que se está apagando.

RODOLFO

Efectivamente; reina aquí una temperatura capaz de hacer brotar ósos blancos.

MARCELO

A la una, á las dos... quememos á dúo.

Pausa.

La prosa de Musette arde como un ponche. ¡Cuánto le gustaba el ponche! Atención.

Pausa.

¡Pobre Musette!

Van quemando cartas.

RODOLFO

¡Pobre Mimí!

Va á arrojar á la lumbre un ramito de flores secas y se detiene.

¡Qué bonita era y cuánto me quería, á pesar de todo! ¿Verdad? ¿Su corazón no te lo dijo el día en que llevó tus flores prendidas al pecho? Parece que me pides misericordia... sí, te guardaré... pero con una condición: ¡no me has de hablar de ella nunca, nunca...!

Guarda el ramo.

MARCELO

Ha encontrado un lazo y lo guarda.

¡Qué remedio! hago una trampa, pero...

RODOLFO

¡Vamos! eres tan cobarde como yo.

ESCENA II

DICHOS y MIMÍ

Llaman á la puerta.

MARCELO

¿Quién puede venir hoy?

Abre. Aparece Mimí; está muy pálida y demacrada, y tiene aire de cansancio y de enfermedad. Al verla los dos hacen una exclamación de asombro. Rodolfo cae sentado sobre una silla cuando la oye hablar. Marcelo se acerca á Mimí y le coge la mano.

MIMÍ

Buenas noches.

MARCELO

¿Cómo vienes á estas horas?

MIMÍ

Tengo mucho frío: pasaba por la calle, he visto luz... y he subido.

Marcelo la hace sentar junto á la chimenea.

¡Qué bien se está aquí!

Calentándose las manos. Aunque habla con Marcelo, mira continuamente á Rodolfo, pero no se atreve á dirigirse á él.

He venido á ver si podéis pedir al casero que me deje una habitación en esta casa. Me han echado del hotel donde estaba porque debo un mes justo, y no sé dónde ir.

MARCELO

El casero no nos tiene en gran estima y nuestra recomendación sería inútil.

MIMÍ

¿Qué voy á hacer entonces?

MARCELO

¡Cómo! ¿Ya no eres vizcondesa?

MIMÍ

¡Ay, no!

MARCELO

¿Desde cuándo?

MIMÍ

Desde hace cuatro meses.

MARCELO

Ya: Le jugaste una mala pasada al señor vizconde...

MIMÍ

No

Mirando de reojo á Rodolfo, que sigue en el rincón más oscuro del cuarto.

me hizo una escena por unos versos que habían escrito sobre mí, nos peleamos y le mandé á paseo. Era un tacaño insoportable.

MARCELO

Pues te llevaba muy bien vestida.

MIMÍ

Sí; figúrate que al separarnos se ha quedado con todos mis trapos y los ha vendido en subasta pública en la mesa redonda de un hotel donde íbamos á comer muchos días. No puedes figurarte lo que me he aburrido con él.

MARCELO

¿Y sabe cómo estás ahora?

MIMÍ

No he vuelto á verle ni quiero: sólo de pensar en él me dan nauseas.

MARCELO

¿Y has vivido sola desde que reñisteis?

MIMÍ

Sí, sí, te lo aseguro: me he puesto á trabajar para ganar la vida; primero fuí á un taller de florista; pero daba tan poco, que busqué otro oficio; ahora soy modelo de pintor; si tienes trabajo que darme...

Rodolfo hace un movimiento.

Te advierto que sólo para cabezas y manos. Tengo mucho que hacer y me deben dinero en dos ó tres sitios; me pagarán dentro de dos días; en cuanto cobre volveré á mi hotel, pero hasta entonces necesito buscar dónde quedarme.

Mirando á la mesa.

¿Ibais á cenar?

MARCELO

No; no tenemos gana.

MIMÍ

¡Dichosos vosotros!

Rodolfo, extremeciéndose, hace una señal á Marcelo.

MARCELO

Puesto que has venido, cena tú también. Queríamos celebrar la Noche Buena, pero luego nos hemos retrasado pensando en otra cosa.

MIMÍ

Entonces, llego á tiempo.

Lanzando una mirada casi hambrienta á la mesa. Muy bajo á Marcelo para que no la oiga Rodolfo, que muerde el pañuelo para no romper en sollozos.

Hoy no he comido.

MARCELO

Acércate, Rodolfo: vamos á cenar.

RODOLFO

Sin moverse.

Cenad vosotros.

MIMÍ

¿Te disgusta que haya venido? ¿Dónde querías que fuese?

RODOLFO

No, Mimí: es que me da pena volverte á ver así.

MIMÍ

Yo me tengo la culpa; pero no me quejo; lo pasado, pasado; no pienses en ello. ¿No vamos á poder ser amigos porque hayamos sido otra cosa? ¿Sí, verdad? No pongas mala cara y ven á sentarte á la mesa con nosotros.

Se levanta para cogerle la mano, pero está tan débil que no puede dar un paso y vuelve á caer en su silla.

Me ha entumecido el calor: no puedo sostenerme.

MARCELO

Vamos, hombre; ven á hacernos compañía.

Rodolfo se acerca á la mesa.

MIMÍ

Con cariño.

¡Qué bien se está aquí! ¡Y qué gana tenía de veros! ¿Dónde están Schaunard y Colline? ¿Seguís tan amigos? Un día os vi pasar á los cuatro; estábamos de gran banquete en Aulnay... ¡me puse más triste! Por qué cosas tan raras se pone una triste ¿verdad? y otras veces alegre sin motivo... como yo antes, siempre que hacía sol.

Se detiene fatigada.

MARCELO

No hables tanto; come.

MIMÍ

¡Si no me canso! Me gusta hablar... hablar...

¡Tenía tanto frío, y ahora parece que me han encendido una hoguera aquí dentro.

A Marcelo, que le sirve vino.

¡Cómo alegra este vino ¿verdad? Colline tiene razón: el champagne es horchata epiléptica... ¡Colline! Qué bueno era... y cómo nos hacía reir: me acuerdo de una vez que tuvisteis mucho, mucho dinero, y nos comprasteis trajes, y nosotras nos pasamos la noche cosiéndolos para ir al otro día á Fontenay!

Con esfuerzo.

¡Cuánto nos divertimos! Ibamos todos tan contentos, y Schaunard tocaba una marcha en una trompeta, y Colline llevaba nuestras sombrillas, y todos los vecinos se asomaban á vernos salir... ¡Y Felicia que quería ir de campo al boulevard para lucir el traje! ¡Ja, ja, ja!

Deteniéndose.

¡Qué raro! hace mil años que no me reía, y ahora, al oir mi risa, me parece que es otra la que se ríe... otra que está muy lejos y muy alegre...

RODOLFO

Creo que se apaga la lumbre.

Marcelo se levanta á atizarla.

MIMÍ

Tenéis ahora un cuarto muy bonito. ¿Aquí trabajáis?

MARCELO

Señala la puerta de la derecha.

Rodolfo, sí; yo tengo ahí un estudio estupendo... lunas de Venecia, colgaduras, arañas ... pintadas al fresco... pero deslumbrantes.

MIMÍ

¡Ja, ja, ja!

Marcelo quiere darle más vino.

No, nada más: no quiero emborracharme, porque luego me da por llorar... ¡Las nueve ya!

Intenta levantarse.

MARCELO

¿Dónde vas? Acaba de comer.

MIMÍ

Ya no tengo gana: siempre me pasa igual; tanta hambre, tanta hambre... me pongo á comer, y no puedo atravesar bocado.

RODOLFO

Siéntate.

MIMÍ

Me tengo que marchar... dices que no podéis pedir un cuarto para mí...

MARCELO

Pero te puedes quedar en éste.

MIMÍ

No, no. *Muy confusa.*

MARCELO

¿Por qué?

MIMÍ

¿Y vosotros?

MARCELO

Nosotros dormiremos en el estudio. No sería la primera vez ¿eh, Rodolfo?

RODOLFO

Sin mirar á Mimí y hablando como de muy lejos

Mimí sabe de sobra que el último rincón que tengamos será siempre suyo.

MIMÍ

¿De veras quieres que me quede aquí? ¡De veras no me dices que me vaya!

Casi llorando.

Gracias, gracias... Sólo dos días... hasta que me paguen... Tengo frío.

MARCELO

Sosteniéndola.

Acércate á la lumbre.

MIMÍ

Arrebujándose en el sillón.

Sí, á la lumbre... en la calle está helando... ¡Qué bien se está aquí, sin acordarse de cosas tristes! Cenad vosotros... ¡Cómo suena el aire y qué pena da! Es raro; tengo sueño... me parece que me voy á dormir... ¡qué tonta! ¡No

te enfades, Rodolfo... si me voy en seguida, en seguida...

Se duerme.

MARCELO

Se ha dormido.

RODOLFO

Acercándose á ella.

¡No es Mimí; es su espectro!

MARCELO

¡Sí; está muy mal! Pobrecilla.

RODOLFO

¿Y qué hacemos ahora?

MARCELO

Antes que nada, buscar dinero; tú quédate aquí: yo voy á ver si encuentro en el café á Schaunard y á Colline... y entre todos... mala noche es, pero... algo encontraremos... mañana llamaremos á un médico y Dios dirá.

Sale. Rodolfo se sienta lejos de Mimí, que duerme, y la mira con pena. Pausa. Pueden oirse en la calle algunos ruidos de la Nochebuena.

ESCENA III

MIMÍ y RODOLFO

MIMÍ

Despertándose un poco asustada.

No, no ¡ay!

RODOLFO

Sin moverse, pero suavemente.

¡Mimí!

MIMÍ

¿Quién? ¡Ah, Rodolfo! Pues no me he dormido; yo que tenía tantas ganas de hablar. ¿Dóde está Marcelo?

RODOLFO

Ha salido.

MIMÍ

A buscar dinero, ¿verdad?... Por mí. ¡Qué buenos sois! ¿En qué estás pensando? ¿No quieres acercarte?

RODOLFO

Sí.

Se acerca un poco y se vuelve á sentar.

MIMÍ

¿Por qué me miras con esos ojos? Estoy muy mala ¿verdad?

Con terror.

¡No, no!

Pausa.

¡Si vieras qué cosas venía pensando por la calle! pero no te las digo... Hoy no hay luna, y hace dos años, sí. ¿Te acuerdas? Me dijiste: ¿Le gusta á usted la luna, Mimí? Usted y Mimí... qué raro. ¿Verdad que cuando empieza uno á quererse le parece que siempre desde siempre se ha llamado de tú?

Pausa.

¿No me contestas? ¿Es que todavía estás enfadado conmigo? ¿No me quieres mirar? Ya lo sé; me desprecias.

RODOLFO

No, Mimí.

MIMÍ

Me desprecias, y tienes razón. Perdóname que haya venido... perdóname...

RODOLFO

No tengo nada que perdonarte.

MIMÍ

Todo lo que te he hecho sufrir.

RODOLFO

Los dos tuvimos culpa.

MIMÍ

No, no. Hice mal... pero es que no sabía... ¡Qué cosa tan triste es tener que aprender el cariño haciendo sufrir y sufriendo!...

RODOLFO

Triste; pero es así... no te atormentes. Tú por mí, yo por ti, los dos hemos sufrido, los dos hemos gozado; váyanse las penas por las alegrías. Hoy que volvemos á encontrarnos, agradezcámonos mutuamente los minutos feli-

ces, y olvidemos las horas amargas... para darnos la mano sin rencor...

MIMÍ

Tristemente.

¿Nada más?

RODOLFO

¿Qué otra cosa podemos hacer?

Pausa.

Tienes razón.

Amargamente.

RODOLFO

¡Mimí!

Quiere cogerle la mano.

MIMÍ

Déjame.

RODOLFO

¿Te has ofendido? Yo quería decirte...

MIMÍ

No me digas nada; ya lo sé; eres muy bueno... no debías haberme recibido, y me recibes... y me perdonas: yo debo agradecerlo,

Excitadísima.

morirme contenta ¡pero no puede ser, no quiero, no quiero que sea!

RODOLFO

¿Qué dices?

MIMÍ

Yo venía pensando por la calle: ya no te

querrá; ya te habrá olvidado... vas á encontrar allí á otra mujer...

RODOLFO

¡Mimí!

MIMÍ

... No subas, no subas; te aborrece, te echará de su casa...

RODOLFO

Ya lo ves... has subido...

MIMÍ

Desesperadamente.

¡Y no hay otra mujer! pero á mí no me quieres; no me aborreces... pero ya no me quieres, no me quieres...

RODOLFO

¿Y tú á mí?

MIMÍ

Apasionadamente.

¿Yo á ti? ¡No ves que vengo á morirme á tu lado!

Llora.

RODOLFO

No llores, Mimí...

MIMÍ

¡Haber tenido la dicha tan cerca y no conocerla hasta que se ha ido!

RODOLFO

No llores.

Le besa las manos.

Yo también te quiero.

MIMÍ

Con arrebato.

¿De veras?

RODOLFO

Con toda mi alma.

MIMÍ

¿Como antes? ¿Como siempre?

RODOLFO

Te quiero todo lo que puedo querer.

MIMÍ

Pero estás triste; mírame: te lo veo en los ojos: estás pensando; más valdría que no hubiésemos vuelto á vernos nunca.

RODOLFO

No era posible... yo no podía vivir sin ti, y tú... ya lo ves, has venido á buscarme...

MIMÍ

Pronto me iré.

RODOLFO

Eso no.

MIMÍ

Me iré para siempre; mira qué brazos; qué cuello... No puedo engañarme, aunque bien lo quisiera.

RODOLFO

¡Mimí!

MIMÍ

No me conoces ¿verdad? Esta no es tu Mimí.

RODOLFO

¿Qué tienes? *Alarmadísimo.*

MIMÍ

Estoy muy mal: se me acaban las fuerzas... he tardado más de una hora en subir la escalera.

Se queda con la cabeza entre las manos un momento; luego apasionadamente.

Y quiero vivir, para hacerte olvidar todo el mal que te he hecho...

RODOLFO

En voz muy baja, como si rezase.

Tú has sido como mi juventud, has sido mi alegría, el sol de mis veinte años... y estarás siempre en toda mi vida... y todos mis versos, siempre que digan una palabra buena, querrán decir: ¡Mimí!...

MIMÍ

Rodolfo. *Muy bajito.*

RODOLFO

Gracias por tu cariño, y por las canciones con que has alegrado mi pobreza, y por los sueños que he soñado por ti, y por tus besos, y por tus ojos tan negros, y por tus manos...

Le besa las manos.

MIMÍ

¡Mis manos! lo único que me queda. Todavía son bonitas ¿verdad? y te han querido siempre y siempre han sido sólo para ti...

Con un ligero desvarío.

... Con las manos juntas se entiende uno mejor. ¿Te acuerdas? Me dijiste: ¿qué hace usted cuando quiere?... Querer y reirme... no, querer y llorar. ¡Siempre loca!

Coge entre sus manos la cabeza de Rodolfo y llora, apoyándose en ella.

Morirse ahora...

RODOLFO

No pienses en eso... Alégrate.

MIMÍ

¿Verdad? Tienes razón. ¡Cuánto tarda Marcelo! Se me ocurre una cosa: voy á echar las cartas para que nos digan si va á encontrar dinero... ¡Estoy contenta... voy á dormir más esta noche!... y mañana almorzaremos todos juntos como otras veces; no me hará daño, ¿verdad? ¡Ay, tengo fuego en el pecho! Mira, mira.

Corta la baraja.

Espadas.

Con terror.

¡Muerte!

Vuelve á cortar precipitadamente.

¡Bastos!

Palmotea con alegría

¡Seremos ricos!

ESCENA IV

DICHOS: MARCELO, SHAUNARD y COLLINE

MARCELO

Desde fuera.

¿Se puede entrar?

MIMÍ

Separándose de Rodolfo.

¡No les digas que me voy á morir!

Entran Marcelo, Schannard y Colline.

COLLINE

Buenas noches.

MIMÍ

¡Ah, Colline!

Le coge la mano.

SCHAUNARD

¡Mimí!

MIMÍ

Dándole la otra mano.

Shaunard ¡qué alegría!

RODOLFO

¿Qué hay?

SCHAUNARD

Echando unos cuartos sobre la mesa.

Mi paletot, antigüedad respetable, incomparable prenda, acaso construída por los romanos, dentro de la cual pensaba pasar el quinto invierno... cuatro francos...

Bajo, á Rodolfo.

Se está muriendo...

COLLINE

Mi colección completa de filósofos... valía diez escudos; pero no pesaba más que tres francos.

Los echa sobre la mesa.

La festividad de la noche ha encerrado en la vida privada á todos los libreros de viejo... y Platón á estas horas envuelve salchichones en la carnicería de la esquina.

RODOLFO

Gracias, Gracias.

COLLINE

Hubiéramos vendido un brazo ó una pierna...

SCHAUNARD

Pero no han querido comprárnoslo.

MIMÍ

Conmovida.

¡Qué buenos sois todos!

MARCELO

Sí: tenemos esa desgracia.

COLLINE

Pero no es culpa nuestra.

MIMÍ

Y cuánto os agradezco que hayáis venido.

¡No me tengáis rencor: ya no soy mala; he cambiado tanto en tan poco tiempo! ¿No ós reis?

TODOS

Sí, sí...

MIMÍ

Es porque estáis pensando: ¡Qué mal está la pobre!

COLLINE

¡Qué idea!

MIMÍ

Si no me importa... porque como quiero curarme, me curaré... ya lo creo. ¡Se me ocurre una cosa! Esta noche estamos todos juntos tan contentos... y mañana me lleváis al hospital.

RODOLFO

¡Mimí!

MIMÍ

¡Ja, ja, ja! ¡Qué cara se le ha puesto á Rodolfo! Si se está allí muy bien ¿verdad, Shaunard? ¡Dan gallina y encienden una lumbre! Yo estuve una vez de pequeñita... y me curaron, y eso que entonces no te conocía y no me importaba morirme; figúrate ahora con las ganas que tengo de vivir... Ya está decidido. ¿Por qué no habláis? Colline, cuéntame un cuento de tu príncipe árabe.

COLLINE

Mi príncipe árabe se ha vuelto á su tierra...

MIMÍ

¡Qué lástima! Y tú, Shaunard, ¿qué haces?

SCHAUNARD

Estoy poniendo en música las *Mil y una noches.*

MIMÍ

Siempre tan trabajador, ¿eh?

SCHAUNARD

El trabajo es el más santo de los deberes.

Queriendo hacer broma.

COLLINE

Y el caballo el más noble de los animales...

MIMÍ

¡Ja, ja, ja! Qué gusto da reirse. ¡Ay!

TODOS

¡Qué! ¡Qué te pasa!

MIMÍ

Nada... no. ¡Si estoy bien!

Desvariando un poco.

Tu príncipe árabe ¡qué feo es! tiene la cara azul y las manos negras...

RODOLFO

Oye, Mimí.

MIMÍ

¿Le gusta á usted la luna, Mimí? ¡Ja, ja!... este príncipe se ha vuelto loco... No quiero plumas... se entran por la garganta y dan tos.

RODOLFO

¡Señor, Señor!

MIMÍ

¿Quién llora? ¿Eres tú, Rodolfo? ¿Por qué te vas, Marcelo?

MARCELO

Acercándose.

Estoy aquí.

MIMÍ

Cerca: todos cerca. ¿Quién canta?

Pausa.

¡Es Musette! ¡Qué frío está el champagne! Señores...

RODOLFO

¡Mírame, Mimí!

MIMÍ

Brindemos por... si, si... la llave se ha perdido... ¡Viva la bohemia!

Muere

TELÓN

OBRAS DE G. MARTINEZ SIERRA

VIDA Y DULZURA.—Comedia en tres actos. En colaboración con Santiago Rusiñol. (Teatro de la Comedia).
JUVENTUD, DIVINO TESORO...—Comedia en dos actos. (Teatro Lara).
LA SOMBRA DEL PADRE.—Comedia en dos actos. (Teatro Lara).
HECHIZO DE AMOR.—Comedia de polichinelas en un acto y dos cuadros. (Teatro Cervantes).
EL AMA DE LA CASA.—Comedia en dos actos. (Teatro Lara).
CANCION DE CUNA.—Comedia en dos actos. (Teatro Lara).
PRIMAVERA EN OTOÑO.—Comedia en tres actos. (Teatro de la Princesa).
EL PALACIO TRISTE.—Cuento fantástico en un acto. (Teatro de la Princesa).
LA SUERTE DE ISABELITA.—Comedia lírica en un acto y cinco cuadros, música de los maestros Giménez y Calleja. (Teatro de Apolo).
LIRIO ENTRE ESPINAS.—Comedia en un acto. (Teatro de Apolo)).
LA FAMILIA REAL.—Comedia lírica en dos actos y cinco cuadros, música de los maestros Giménez y Calleja. (Teatro de Apolo).
EL POBRECITO JUAN.—Comedia en un acto. (Teatro Lara).
MADAME PEPITA.—Comedia en tres actos. (Teatro de la Comedia).
LA TIRANA.—Comedia lírica en dos actos, música del maestro Lleó. (Teatro Eslava).
MAMA.—Comedia en tres actos. (Teatro de la Princesa).
SOLO PARA MUJERES.—Conferencia contra el amor, pronunciada poı una de sus víctimas. (Teatro de la Princesa).
MADRIGAL.—Comedia en dos actos. (Teatro Lara).
EL ENAMORADO.—Paso de comedia. (Teatro de la Comedia).
LOS PASTORES.—Comedia en dos actos. (Teatro Lara).

LAS GOLONDRINAS.—Drama lírico en tres actos, música de José María Usandizaga. (Teatro Price).

LA MUJER DEL HEROE.—Sainete en dos actos. (Teatro Lara).

MARGOT.—Comedia lírica en tres actos. Música de Joaquín Turina. (Teatro de la Zarzuela.)

LA PASION.—Comedia en dos actos. (Teatro Lara.)

TRADUCCIONES Y ARREGLOS

EL ENFERMO CRONICO.—Comedia en un acto de Santiago Rusiñol. (Teatro Lara).

BUENA GENTE.—Comedia en cuatro actos de S. Rusiñol. (Teatro de la Comedia).

LA MENTIRA PIADOSA.—Comedia en tres actos de Francis de Croisset. (Teatro de la Comedia)

LOS ABEJORROS.—Comedia en tres actos de Brieux. (Teatro de la Comedia).

TRIPLEPATTE.—Comedia en cinco actos de Tristán Bernard. (Teatro de la Comedia).

EL ARREGLO DE LA CASA.—Comedia en un acto de G. Courteline. (Teatro de la Comedia).

LA MADRE.—Comedia en cuatro actos de S. Rusiñol. (Teatro de la Princesa).

EL HERMANO.—Comedia en un acto de A. Daudet. (Teatro Príncipe Alfonso).

CIGARRAS Y HORMIGAS.—Poema en un acto de Santiago Rusiñol (Teatro Príncipe Alfonso).

LA SUERTE DEL MARIDO.—Comedia en un acto de Flers y Caillavet. (Teatro de la Comedia).

ALIVIO DE LUTO.—Comedia en un acto de S. Rusiñol. (Teatra Lara).

EL REDENTOR.—Comedia en tres actos de S. Rusiñol. (Teatro Español).

CABEZA DE ZANAHORIA.—Comedia en un acto de Jules Renard. (Teatro Lara).

EL BUEN POLICIA.—Sainete en un acto y tres cuadros de S. Rusiñol. (Teatro Cervantes).

LA VIRGEN DEL MAR.—Cuadro poemático en un acto de S. Rusiñol. (Teatro de la Princesa).

EL PATIO AZUL.—Drama en dos actos de S. Rusiñol. (Teatro de la Princesa).



